

MARIEL RUGGIERI

PAULINA,  
CUERPO Y *Alma*

*Nacho*

De la  
autora de  
CUIDARTE EL  
ALMA y  
TATUADA EN  
MI ALMA

1 Colección+  
1800 1000



ISBN-13: 978-1508812746

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Si necesita contactarla, puede hacerlo a través del siguiente mail: [sds2609@gmail.com](mailto:sds2609@gmail.com)

Diseño de cubierta: H.Kramer

Imagen de portada: *Sensual seduction*  
*II*, de Christopher Stanczyk  
Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri  
Montevideo, Uruguay  
Año 2015  
©Todos los derechos reservados



**PAULINA,  
CUERPO Y  
ALMA**

# **Maribel Ruggieri**



*A mis lectoras insaciables  
que  
siempre piden más...*

*Con amor,  
Mariel*



# PRIMERA PARTE

*Como despertar en la distancia  
sin tu piel junto a la mía  
amando tu fotografía  
Podemos mandar besos con el  
viento,*

*mirar la luna al mismo tiempo,  
contar un día más  
Con sólo tenerte aquí  
no sabes lo que me faltas ...*

*Cuidarte el alma*  
Chayanne



\*\*\*\*\*

—¿Qué hacés acá? ¡Andate! ¡No quiero que te acerques a mí nunca más!

—Pau, por favor, te lo suplico...

—¡No quiero verte, Nacho! ¡Ya te

dije que no quiero que estés acá!

Él estaba desesperado. Con el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre intentaba tomarle la mano y no perder el contacto visual con ella.

—¡No me toques! —gritó Paulina, llorando. —Andate, por favor...

—¡No me voy a ir! Te amo, y no me voy a ir... —replicó él, pero la voz le temblaba. De todas formas ella no se dio cuenta porque no lo miraba y no podía escucharlo.

—No tenés nada que hacer en este lugar. ¡Les dije a todos que no quería que entraras! —se lamentó.

—Sí que tengo... Vos sos mi mujer... Por favor, cosa hermosa... Mirame. Soy yo, mi amor. Soy yo... —

murmuró llorando también.

Pero el corazón de Paulina era de hielo. No logró conmoverla ni siquiera con esa forma que tenía de referirse a ella, y que siempre la había hecho derretir. “Cosa hermosa...” No. Ya no. Ya no lo sería nunca más.

No sería ni su “cosa hermosa” ni su amor. No sería su mujer tampoco, ni su mocosa impertinente. Su nombre no estaría más tatuado en su pecho, porque hasta eso podía eliminarse dejando nada más que una tenue cicatriz.

Y sobre todo no sería la madre de sus hijos, como venían planeando desde hacía mucho tiempo.

Ni de los suyos, ni de los de nadie.

—Ya no soy tu mujer. No vuelvas a referirte a mí de esa forma, ni de ninguna otra. Entre vos y yo no hay más nada, Nacho —le dijo con voz fría, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—No me digas eso, Pau... —murmuró él, cayendo de rodillas al lado de la cama. —No me digas eso porque me muero...

Pero ella era implacable.

—No te vas a morir por esto. Y yo tampoco... Simplemente todo se terminó entre nosotros. Me trajiste a este hospital, pero afuera están mamá y Andrés para cuidarme... Te podés ir ya —le dijo sin dejar de mirarlo.

—¡No! ¿Vos crees que voy a

renunciar a vos algún día? ¡Nunca lo voy a hacer! Estás acá por mi culpa, y por mi culpa también es que...

—Precisamente también por eso te quiero lejos —lo interrumpió Paulina. —¿Pensás que puedo volver contigo con la duda de si estamos juntos gracias a tus sentimientos de culpa? ¡No podría soportarlo! —le gritó. O por lo menos lo intentó, pero lo cierto es que la parte externa del implante coclear se había hecho pedazos en el accidente, y no podía oír ni siquiera su propia voz. —Y tampoco puedo perdonarte que me hayas traicionado.

Nacho sintió sus palabras como un golpe en el estómago, pero no desistió.

—Lo que yo no podría soportar es perderte, mi amor. Tenemos que hablar, porque lo que viste no es... ¡Ah, Pau! Eso no fue nada, no pienses en eso porque no tiene sentido. Lo que importa ahora es que estás bien y te prometo que nunca más nos vamos a separar —le dijo Nacho, angustiado.

—¿Que estoy bien? ¡Perdí a mi bebé y no voy a poder embarazarme otra vez! ¡Dejame en paz! —exclamó ella, y luego cerró los ojos. No quería leer sus labios, no quería saber más nada. Lo único que necesitaba en ese momento era el amor de su madre y volver a llorar en sus brazos hasta caer rendida.

Pero Ignacio no iba a renunciar a ella tan fácil.

—Era nuestro bebé... —replicó, pero ella ni se enteró.

Y luego se incorporó y la besó en la boca. La sorprendió con eso, y por un par de segundos Paulina no atinó a hacer nada, pero después reaccionó y lo empujó con fuerza.

—No me toques —siseó. —¡No me toques! ¡Andate con esa mina que tenés en la Universidad!

—No, Pau, eso no es así... Yo jamás haría algo así...

—Andate, andate, andate... —repitió con los dientes apretados, llena de rabia, mientras lo miraba agarrarse la cabeza con ambas manos, y retroceder varios pasos hasta pegar su espalda a la pared. —¡Andate ya! —le gritó con

todas sus fuerzas.

Una enfermera entró y obligó a Nacho a salir de inmediato. Era tan grande su sufrimiento que no pudo siquiera protestar. Se retiró temblando y más desesperado de lo que entró.

Paulina se moría de dolor también, pero necesitaba con urgencia alejar a Nacho de ella, porque estaba segura de que tarde o temprano terminaría claudicando, y no podía. No quería ni podía.

Estaba convencida que lo que los había unido en el pasado, ya no existía. Nacho se había encargado de destruirlo primero con su desconfianza y su egoísmo, y luego siéndole infiel con esa mujer... Porque seguramente la escena

que presenció era solo una muestra de lo que pasaba entre ellos.

Sintió lástima de sí misma. Se vio arribando a Buenos Aires el día anterior, con toda la ilusión, deseando verlo para contarle que estaba embarazada. Se vio llegando de sorpresa a la universidad dónde él daba clases. Entrando en el aula corriendo, feliz, ansiosa por ver la reacción de él al saber que eso que tanto habían deseado sería una realidad. Se vio también paralizada y confusa observando cómo esa mujer abrazaba a Nacho desde atrás y él volvía la cabeza sonriendo. En su cabeza aún retumbaba el grito que no pudo contener cuando los vio así.

Y luego esa imparable carrera buscando salir de ahí lo antes posible, y detrás a Nacho llamándola, gritándole que se detuviera. La lluvia, los autos... Esos faros frente a ella, demasiado cerca. El golpe.

Y luego la nada.

Despertó horas después, sumida en un mundo de silencio. Le dijeron que el dispositivo externo del implante se había perdido en el accidente. Que el interno estaba intacto. Que sus padres estaban volando hacia Buenos Aires con el otro que habían adquirido para emergencias, y pronto volvería a "oír".

Ella miraba los labios moverse, y comprendía todo, pero no le decían lo que necesitaba saber. Le tuvieron que

dar la noticia sin más dilaciones, porque ella fue terminante en la búsqueda de la verdad desnuda, aunque fuese brutal: ya no había bebé, y el útero había sufrido una perforación grave. Lo habían suturado para detener la hemorragia. Estuvieron a punto de sacárselo... No le dijeron lo peor, pero ella lo intuyó.

Con la franqueza que la caracterizaba lo preguntó a boca de jarro.

—¿Esto quiere decir que no voy a tener hijos, doctor?

No le quitó los ojos a la boca del médico. Lo vio titubear... Lo vio mirarse las manos.

—Es muy pronto para hablar de...  
—comenzó a decir pero ella lo

interrumpió.

—Dígame la verdad por favor —  
insistió.

Él la miró unos segundos, y se dio cuenta de que estaba ante una guerrera. A esta chica nada podría destruirla, así que se lo dijo.

—Estuvimos a punto de hacerte una histerectomía. Conservamos los órganos porque sos muy joven, pero te ligamos las trompas porque no conviene que quedes embarazada... Tu útero no está en condiciones de... No podemos arriesgarnos.

Paulina desvió la mirada a la pared de inmediato. El médico esperó pacientemente, pero ella continuó así por largos segundos. Al final, le agarró

la cara para obligarla a mirarlo.

—Era eso o la histerectomía. Tu esposo lo autorizó, y está como loco por entrar.

Ella tragó saliva.

—No estoy casada —replicó fulminándolo con la mirada. Era cierto... Con Nacho habían soñado hacerlo cuando sus hijos fuesen lo suficientemente grandes como para disfrutar de la fiesta. Querían dos, una nena y un varón. Y deseaban que ellos vieran la felicidad de sus padres ese día, y guardaran el momento en su corazón.

Pero nada de eso sería posible ahora. No habría hijos, no habría esposo. Nacho la había traicionado, y no

podría olvidarlo jamás. ¿Cómo era posible que su vida perfecta se arruinara en un instante? No lo sabía, pero así era.

—Perdón, creí que... ¿Hago pasar al doctor Otero ahora o...? —preguntó el médico incómodo.

—No quiero ver al doctor Otero. No quiero ver a nadie hasta que llegue mi mamá.

Y luego su mirada regresó a la pared y no volvió a salir de allí, hasta que Gaby entró llorando a la habitación. Andrés iba detrás, con el rostro ceniciento...

Y recostada en el pecho de su madre, Paulina dejó salir su dolor... Le habló de lo que había perdido, y lo que

ya nunca tendría.

Cuando terminó, se secó las lágrimas. Gaby le besó la frente una y otra vez.

—Ya pasó todo, mi amor —le dijo. —Estás a salvo...

—Estoy a salvo... ¡Perdí a mi bebé, y no voy a volver a quedar embarazada jamás! ¿Eso es estar a salvo, mamá? —gritó desesperada. No podía escucharse, pero su voz sonó desgarradora y a Gaby le dolió en el alma.

—Pau, por favor no te pongas así... Tenés a Nacho, él está afuera, destrozado... ¿Por qué no lo dejan entrar? —preguntó confundida.

Paulina miró a su madre, y luego a

Andrés que al otro lado de la cama le oprimía la mano.

—No tengo a Nacho y ya no lo voy a tener. ¡Por su culpa estoy así! Ese que está afuera es el doctor Otero, que me hizo lastimó mucho y no quiero verlo más —dijo, terminante.

Andrés dio un respingo.

—¿Qué te hizo? —preguntó. Era lo primero que decía desde que entró. —¿Qué te hizo Nacho, Pau? —insistió al verla vacilar.

Entonces ella no pudo contenerse más. Sabía que eso marcaría un antes y un después en esa familia, y que probablemente lo que dijera abriría una brecha entre padre e hijo que jamás podría cerrarse, pero necesitaba hacerlo

para terminar de convencerse de que no debía perdonarlo nunca y tampoco olvidar.

—Me traicionó.

Andrés no necesitó más. Tampoco hizo más preguntas. Con los puños apretados se inclinó, le besó la frente y luego salió de la habitación.

Segundos después se escuchaban gritos y golpes. Paulina no los podía oír, pero Gaby sí y salió como loca de allí. En el pasillo estaba Nacho tendido en el suelo. Tenía sangre en el labio...

Andrés continuaba con el puño cerrado, mirando a su hijo con una extraña expresión.

—¡Andrés! ¡Qué hiciste! —gritó ella. Pero él parecía ciego y sordo.

Tenía fuego en la mirada y parecía a punto de explotar.

—Te dije que si le hacías algo a Paulina te ibas a arrepentir —murmuró apretando los dientes.

—Papá...

—Salí de acá antes de que te mate —lo amenazó. Nacho se puso de pie y lo miró a los ojos.

El personal del hospital se acercó previendo que allí ocurriría una catástrofe.

—Empezá ahora porque no me pienso ir —replicó, firme.

Gabriela entendió que era necesario intervenir antes de que eso se transformara en algo irremediable.

—Basta los dos —les ordenó.

Y luego, se acercó a Nacho.

—No sé qué pasó entre ustedes, pero no puedo aceptar que todo termine así. Se deben al menos una conversación. Pasá, Nacho —le dijo.

Andrés se puso como loco.

—¡No! ¡Ella no quiere verlo más! ¿No escuchaste lo que dijo? —le gritó.

Pero Gaby lo fulminó con la mirada, literalmente lo calcinó.

—Callate.

Su marido se quedó paralizado. Jamás Gabriela le había hablado de esa forma... ¿De parte de quién estaba, por Dios? ¡Era su hija la que estaba sufriendo tirada en una cama por culpa de Nacho! No podía creerlo.

—Entrá, Nacho —insistió. —Y

vos, Andrés, mejor andá a dar una vuelta por ahí a ver si te das cuenta que le partiste la boca de una piña a la persona que más debés amar en este mundo, haga lo que haga, incluso lastimar a mi hija.

Después de eso, se dio media vuelta y comenzó a caminar.

Y mientras Nacho entraba temblando a la habitación de Paulina, Andrés se derrumbaba en una banqueta en la sala de espera, agarrándose la cabeza con las dos manos. Finalmente había pasado lo que tanto temía...

Había comenzado la destrucción de su familia.

\*\*\*\*\*

La destrucción. Había llegado el temido momento, y el dolor era el protagonista. Pero no siempre fue así...

Hubo un tiempo en que todo fue maravilloso. El comienzo del amor...

*“SUPUESTO DIARIO DE PAULINA LENS”*

*Domingo*

*Esta tarde vimos con mamá una peli sobre una chica judía que llevaba un diario en la época de la segunda guerra mundial y me decidí a hacer lo mismo por si muero joven como ella. Además, por fin tengo algo interesante para contar... Mi mamá tiene novio. Se llama Andrés, y es muy lindo. Fuimos a una fiesta que daban sus padres. Chyanne habló en la tele y conocí al*

*hijo de Andrés que se llama Nacho.*

*Al principio me pareció odioso pero luego todo cambió, y ahora creo que es buena gente. Y también es lindo, como su papá, aunque tienen los ojos distintos porque Andrés los tiene castaños y su hijo los tiene verdes. ¿O serán grises? Y su cabello es más claro que el mío. Bueno, como sea es lindo y además me regaló un cepillo de dientes nuevo. Es el primer regalo que recibo de un chico, así que me esforcé y hablé.*

*Sólo le dije “gracias” y casi me muero cuando me dijo que hablaba bien y que lo hiciera más seguido. Le respondí que sí, pero no lo voy a hacer porque sé que lo hago mal. Me lo dijeron muchas veces, así que sólo*

*escribo y hago señas, y prefiero seguir de esa forma.*

*Mientras veíamos la peli de la chica judía en su casa, lo miré mucho mucho. Creo que se dio cuenta pero no le pareció mal porque sonrió.*

*La verdad es que Nacho me cae muy bien y espero que mamá siga de novia con Andrés para que él y yo podamos ser amigos mucho tiempo.*

*Y cuando volvíamos a casa vi caer una estrella, así que aproveché y pedí un deseo: poder escuchar su voz algún día.*

*¿Será que se me cumplirá?*

*Pau*

\*\*\*\*\*

Entraron al departamento, dejaron las valijas y se miraron sonriendo. Y luego emprendieron una carrera desenfrenada hasta el dormitorio, y se

lanzaron juntos a la cama, riendo a carcajadas.

—¡Al fin en casa! —exclamó ella, feliz.

Nacho la miró... Qué hermosa era, y cuando estaba exultante lo era aún más.

—Al fin en nuestra cama... —murmuró con una sugerente mirada mientras se incorporaba apoyado en un codo para observarla mejor.

—¿Tenés la idea fija, nene?

—Eso es culpa tuya, cosa hermosa.

—Callate, payaso.

Nacho respondió a la provocación subiéndosele encima.

—¿Qué tenés para decir ahora?

—Payaso de cien kilos —comentó Paulina riendo.

—Me estás buscando, *sis* — replicó subiéndole los brazos por encima de la cabeza y mordiéndole el cuello.

—Ni se te ocurra...

—¿Por qué no? Recordemos viejos tiempos, Pau... ¿Te acordás lo bien que la pasamos en este departamento?

—Y también en el de enfrente — dijo ella sonriendo. —Pero vamos a dejarlo para la noche porque ahora tenemos que ir a la granja a buscar a Christian.

—¿Qué?

—Les dije que iría a buscarlo ni

bien llegara, Nacho.

—¿Después de dos años vas a ir a buscar al pato, Pau? Pensalo bien... Christian debe ser muy feliz en esa granja —le dijo. Y aunque se sentía como un tonto, para convencerla agregó: —Debe haber hecho amigos... Los va a extrañar si lo separamos de ellos.

—No me dores la píldora porque no me vas a convencer. Hablando de eso, me faltan tres días para terminar este ciclo, y ya no más píldora... ¿verdad?

—No es lo que hablamos —replicó él mirándola a los ojos, serio.

—Dijimos que cuando volviéramos de Brasil, lo íbamos a intentar ¿o no?

—Lo que dijimos fue que ibas a terminar tu carrera y luego...

—Puedo hacer ambas cosas a la vez, Nacho —intentó argumentar Paulina, pero él no la dejó.

—No, Pau, no. Primero terminá la Facu ¡te queda este año nada más! Además, sólo tenés veinticuatro...

—Mi amor, no quiero ser una mamá vieja...

—Creeme, hay tiempo. Vamos a hacer todo lo que nos propusimos: estudiar, casarnos, tener dos chicos...

—comenzó a decir Nacho pero esta vez fue Pau quien interrumpió.

—Pero no es necesario que sea en ese orden... Mejor tenemos nuestros hijos y luego nos casamos así ellos

pueden disfrutar de la fiesta —le dijo haciéndole una guiñada.

Nacho la miró y luego puso los ojos en blanco.

—Loca...Estás loca, cosa hermosa —murmuró sobre su boca. — Mirá, yo prefiero que te gradúes, y que después venga todo lo demás en el orden que sea...

“Cosa hermosa...”. Cuando le decía así, ella se derretía.

—Nacho...

—Decime.

—Que esperemos un poco para quedar embarazados no quiere decir que no practiquemos ¿verdad? —inquirió. —Vos sabés que la práctica hace al maestro...

—Nos estamos entendiendo —  
respondió él mordiéndole el mentón. —  
Esta noche nos vamos a diplomar de  
tanto practicar...

—¿Esta noche? ¿Y si empezamos  
ahora?

Nacho la miró alzando las cejas.

—¿Ahora? ¿Y el pato? —  
preguntó, asombrado.

Paulina sonrió pícaro, mientras le  
agarraba una nalga en cada mano y lo  
apretaba contra ella.

—Que espere... —fue lo último  
que dijo antes de que él le comiera la  
boca. La besó una y otra vez, y los  
movimientos del cuerpo de Pau le  
mostraron a Nacho que el pato podría  
esperar, pero ella no.

Él no se hizo rogar. Se arrodilló entre sus piernas y se abrió el jean. Los ojos de ella se pegaron a cada botón que él desprendía, pero Nacho suspendió el espectáculo para levantarle la falda, y en una fracción de segundo sus dedos se perdieron dentro de su mujer.

—Comprobando lubricación antes de comenzar la primera clase... — murmuró Nacho con los ojos brillantes. —Ah, perfecto como siempre...

Paulina se retorció contra su mano, para que él entendiera que quería más.

Y él se lo hubiese dado, sin dudas, si no hubiese sonado el timbre con tanta insistencia.

—La putísima madre...

Ambos saltaron de la cama y se acomodaron la ropa como si el tiempo no hubiese pasado y volvieran a ser dos adolescentes portándose mal.

Paulina abrió la puerta con las mejillas ardiendo.

—Andrés...

—Hola, Pau. Están prontas las pizzas...

—¿Pizzas?

—Con mozzarella, palmitos, aceitunas. Las hice yo... Dale, vamos — insistió tomándola de la mano y arrastrándola al departamento de enfrente de dónde salía un aroma exquisito.

Nacho los siguió de mala gana.

—Papá... No podemos ahora...

Tenemos que ir a buscar al pato... — intentó argumentar para volver a la cama a seguir con la placentera tarea interrumpida.

Andrés lo miró con suspicacia.

—El pato esperó dos años, no creo que se traume por esperar un poco más... Además, no tiene por qué enterarse ¿verdad, Pau?

La aludida asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Es que las pizzas de Andrés eran irresistibles...



\*\*\*\*\*

*Viernes*

*Hoy fue un día feliz. Mucho,  
mucho, mucho...*

*Ni bien salí del cole, tía Aurora me dijo que tenía una sorpresa. Paró un taxi y cuando le dijo la dirección comencé a sospechar. Rambla no sé qué... ¿Eso no era cerca de lo de Andrés? ¡Sí! ¡Íbamos a lo de Andrés!*

*Mamá estaba con él, y tenía una mancha de harina en la nariz. Parecía que habían estado jugando en la cocina...*

*Andrés estaba preparando masa de pizza y me preguntó si quería amasar con él. Estaba a punto de decirle que sí cuando apareció Nacho. ¡Si seré boba! Me puse colorada como un tomate, y lo sé porque sentí que se me prendían fuego las mejillas.*

*“Hola Paulina” me dijo. Y luego*

*me puso un joystick en la mano. “Sabés jugar al FIFA, ¿no?”*

*Me quedé paralizada, pestañeando una y otra vez. Seguramente pensó que además de sorda estaba mal de la cabeza. Miré a mi alrededor... Mami, la tía y Andrés conversaban lejos de nosotros. Volví a mirar la boca de Nacho sin saber qué hacer.*

*“Espero que no estés enojada porque el otro día no quise usar tu iPhone” me dijo. “¿Sabés jugar o no?”*

*Le dije que sí con la cabeza y nos fuimos al sillón.*

*Fue grandioso jugar con él... Nunca lo había hecho pero aprendí rápido y enseguida estábamos los dos*

*como locos intentando meter un gol. Y en el entretiempro no podía dejar de mirarlo... Nunca tuve un amigo tan grande. Si las chicas me vieran con él se morirían, seguro.*

*Además es tan... lindo. O sea, no es como Justin Bieber pero es lindo...*

*Y cuando le metí un gol salté de la alegría.*

*“Sos muy buena jugando al FIFA. Jamás hubiese creído que una mujer pudiese jugar tan bien...” me dijo.*

*Uy, qué emoción. Me dijo “mujer” y me dijo que jugaba bien... Pero después me hizo una pregunta de esas que no me gusta que me hagan: me preguntó por qué no hablaba.*

*Le escribí en mi iPhone la*

*verdad, que hablo feo y las chicas se ríen de mí. ¿Y él qué me respondió? Es para morirse: “No les hagas caso a esas pelotudas. El otro día hablaste y yo te entendí perfecto. Tu voz es agradable...”*

*¡Él es agradable! Muy... Me encantó cada una de sus palabras.*

*Pero igual no quería hablar porque sé que lo hago mal. Por un rato pareció conformarse pero luego me dijo algo que me molestó un poquito: que no parecía de sexto de liceo... Eso fue una fea indirecta para decirme “enana”, la verdad. Le escribí “tonto” y él aprovechó eso para volver a la carga... ¡de veras quiere que hable!*

*Al final, le di el gusto y lo*

*intenté. Puse la mano en su cuello para sentir la palabra y luego la dejé salir.*

*Parece que lo hice bien porque él sonrió y me invitó a jugar a la Xbox... ¡en su habitación! No podía creerlo.*

*Nacho es genial.*

*Y pensar que cuando lo conocí me pareció antipático. ¡Cómo me equivoqué! Me prestó la Play y la Xbox, me dijo que jugaba bien, que hablaba bien... Él las llamó pelotudas porque se rieron de mí. Me enseñó a decir “pelotudas de mierda” y “cerrá el pico, cara de pedo”.*

*Me dijo que no le contara a mamá... Nacho es mi mejor amigo ahora, así que nunca más le voy a ganar a la Play. Lo voy a dejar ganar a*

él...

*Como puse antes, hoy fue un día feliz. Para mí, para mamá, para la tía y hasta para Alejo que vino después.*

*¡Ojalá lo hagamos otra vez!  
¿Será que Andrés nos vuelve a invitar?*

*Pau*



\*\*\*\*\*

—Hola cosa hermosa... —susurró Ignacio tomándola por la cintura desde atrás.

—¡Carajo! —fue la respuesta de Pau.

Él la hizo volverse.

—Boca sucia... ¿Estás desconectada?

—Estoy. Esperá... —indicó ella al tiempo que activaba el dispositivo. — Ahora sí... ¡No vuelvas a asustarme de esa forma o te voy a dar una paliza! —lo amenazó.

—¿Ah, sí? ¿Vos y cuántos más? — se burló él.

—Me basto sola. En serio, Nacho. Vos sabés que cuando estoy sola lo apago porque el zumbido me vuelve loca.

—Ojalá las próximas versiones pudieran mejorar eso, Pau. ¿Me perdonás el susto? ¿Qué puedo hacer para compensarte? Tal vez ponerme a

cortar la verdura para... ¿Qué estás preparando?

—Estoy haciendo una salsa de espinaca. Y difícilmente puedas compensarme cocinando, Otero. Una cosa más que no heredaste de tu padre.

—Pero heredé otras cosas...

—¿Cómo qué?

—Como la devoción por mujeres hermosas...que posean... este... *ADN*...

—y entre pausa y pausa la besaba en la boca, en el cuello, en los hombros.

—Nacho...

—Decime.

—Todo mi *ADN*... necesita de vos —susurró ella suspirando.

Él sonrió. Y antes de que ella pudiese hacer algún movimiento ya la

estaba desnudando.

De rodillas en el suelo, disfrutó como tantas veces de la hermosa visión de su nombre tatuado bajo el ombligo de Paulina. Se sentía de ella y también la sentía suya, cada vez que lo contemplaba. Se acercó y pasó la lengua por el símbolo de “infinito” que acompañaba el tatuaje. Las manos de ella se aferraron a su cabello y entonces Nacho se dejó de preliminares, le bajó la ropa interior y le llenó el pubis de pequeños besos hasta que Pau separó las piernas en una clara invitación a ir más allá.

Nacho elevó la mirada y por un instante quedó prendido a la de ella. Y luego le abrió el sexo con ambos

pulgares y buscó el punto más sensible...Lo miró y sonrió; ahí estaba, palpitante, húmedo, anhelante. Sopló levemente y la escuchó gemir, así que arremetió con todo. Deslizó la lengua una y otra vez y sintió como crecía en su boca.

Y junto con él también crecía su excitación, así que le pidió con voz ronca:

—Tocate.

Pau le acarició el rostro sin decidirse a hacer lo que le indicaba, pero él la apremió bajándose el cierre y liberando su pene completamente erecto. Cerró el puño sobre él y movió la mano al tiempo que repetía.

—Tocate. Hacete una paja que te

quiero ver.

Eso, simplemente, y ella se transformó en fuego. Se acarició más con la finalidad de excitarlo que de excitarse pero terminó masturbándose con desesperación mientras él hacía lo mismo de rodillas, con la mirada fija en su sexo y también en la mano que se movía cada vez más rápido.

Acabó antes que Nacho, de pie, recostada en la mesada de la cocina, y sólo porque él se contuvo.

Pero cuando la vio explotar, dejó de tocarse y se puso de pie. La hizo dar vuelta y la penetró desde atrás, y casi de inmediato bombeó una catarata de semen dentro de su vagina. Ella lo sintió contraerse tres veces y retrocedió para

mostrarle que no estaba ni remotamente lista para que eso terminara allí, y él entendió el mensaje, por supuesto.

Aferrado a sus caderas la embistió con tanta fuerza que la hizo gritar. Mas eso no lo amedrentó. Le tomó ambas manos y la obligó a estirarlas para agarrarse al borde opuesto de la isla donde momentos antes Paulina cocinaba.

Cada movimiento era fatal para el manojo de espinaca que había estado cortando Pau, pero no les importaba nada...

La tabla cayó al suelo, pero ellos se mantuvieron firmes sobre el mármol, en ese vaivén descontrolado que precedía al orgasmo.

Lo alcanzaron juntos entre gemidos y palabras ardientes. Y cuando ella comenzó a sentirse desbordada por la doble eyaculación, él la dejó ir.

Con el jean desprendido y el pene aún rígido Nacho se arrodilló para observar los daños.

—Pau...

—¿Qué? —preguntó ella sin aliento.

—Hoy definitivamente no vamos a comer salsa de espinaca... ¿Tenés alguna otra cosa?

—Crema de leche —respondió sonriendo mientras se miraba la mano que había estado conteniendo lo que él le había dejado adentro.

—Payasa.

Paulina rio y se arrodilló frente a él, y antes de que pudiese siquiera reaccionar le puso la mano en la boca obligándolo a probar su propio semen.

—¡No! —protestó Nacho pero ya era tarde porque ella le lamía los labios, la mejilla y luego sus dedos empapados. —No puedo creer lo que acabás de hacer, Paulina...

—Es rico —afirmó divertida.

—Es asqueroso —replicó él.

—A mí me gusta...

La revolcó por el suelo y se la comió a besos entre las espinacas. Eran como un revoltijo de verduras, saliva, semen y transpiración. Y lo estaban gozando tanto...

Horas después, luego de haber

cenado, Nacho se dispuso a levantar sus mails. Uno en especial le llamó la atención y lo abrió...

—¡Pau!

—¡Ahora voy! Tengo que poner a Christian en la bañera. Y no me grites que me...

—¡Vení ya, por favor!

La voz de él era bastante apremiante así que acudió de inmediato. Nacho le indicó con un gesto que se sentara en sus rodillas.

—Leé —le ordenó.

Cuando ella terminó tenía la boca abierta.

—Tenés que aceptar, no hay duda. ¿Podés arreglar en el hospital?

—Seguro que sí. Además ahí dice

que tendría que permanecer en Buenos Aires desde el lunes hasta el jueves al mediodía, así que puedo seguir la consulta acá... ¿Vos viste lo que me van a pagar, Pau?

—Es mucho... Bueno, tendré que dejar mi graduación para el año que viene, y Andrés tendrá que buscarse a alguien para el restaurante...

—Esperá. No vas a dejar otra vez tu carrera y menos en el último año. Pau, mirá... Desde el jueves a la tarde hasta el domingo por la noche vamos a estar juntos. Son sólo seis meses nada más... —le dijo.

—Pero yo no quiero que nos separemos —replicó ella mirándolo a los ojos.

Nacho no lo dudó ni un segundo.

—Entonces no voy.

—¿Estás loco? El doctor Silva Preto te convoca para dar clases en Buenos Aires de lo que aprendiste en su instituto en San Pablo, y vos no podés darte el lujo de decirle que no... —le dijo, muy segura de sí. —Además ese dinero va a servir para comprarnos la casa que soñamos, mi amor.

—No voy a discutirlo. Si lo mío te hace dejar los estudios por segunda vez, no se hace y listo—afirmó. Nacho también sonaba bastante firme en su negativa.

Paulina suspiró.

—Tenés que ir, de eso no hay duda.

—Vos tenés la última palabra. Te prometo que cada jueves me vas a tener acá, deseándote como un perro... —murmuró acariciándole el pelo.

Ella asintió y lo besó.

—Estoy tan pero tan orgullosa de vos. Sos un gran médico, y vas a ayudar a mucha gente —le dijo con ternura.

—Vos lo hiciste posible. Decidí que iba a ser Otorrino y Fonoaudiólogo al ver tu cara cuando al fin pudiste percibir un sonido... Era algo... —no pudo terminar, pues la emoción no lo dejó.

Era imposible olvidar ese momento, y los que le siguieron...



\*\*\*\*\*

*Lunes*

*Ha sido un año difícil, la verdad.  
Y es por eso que no he escrito casi*

nada... ¡Estaba más ocupada en hablar! No he hecho otra cosa desde julio, cuando me activaron el implante en San Pablo. Muchas cosas pasaron luego de eso...

Por ejemplo, nos eliminaron del mundial y nos tuvimos que volver antes. Cumplí doce y ya voy para trece. Nos mudamos, ahora vivimos en un departamento mamá, tía Aurora y yo, porque Alejo se fue a vivir solo hace unos días.

Y lo mejor de todo... aprendí a hablar. Bueno, estoy aprendiendo y me parece que no lo hago mal.

No, lo mejor de todo no es eso, sino nuestros vecinos de enfrente. Me gusta vivir cerca de Andrés y de Nacho.

*Mamá está feliz, Alejo y yo también, y hasta la tía Aurora está súper contenta. Y así no extraño tanto a mi papá...*

*Mi mamá duerme casi todas las noches enfrente. Creo que tienen sexo a diario con Andrés... Es un asco que anden besuqueándose en el restaurante, pero peor es que se pase a la casa del vecino de madrugada, creyendo que no me doy cuenta.*

*Pobre Nacho, que seguro tendrá que taparse los oídos para no escuchar lo que hacen.*

*El otro día se lo pregunté. Hacía bastante que no nos veíamos ya que ahora sale con sus amigos y no me hace nada de caso. Me regaló la Play pero no tengo con quien jugar...*

Bueno, la cuestión es que me animé y se lo pregunté por escrito: “¿Vos escuchás lo que hacen mi mamá y tu papá por las noches?”

Me miró como si estuviese loca y negó con la cabeza. Creo que lo avergoncé un poco, la verdad. Y supongo que lo hice adrede...

¡Es que ya no sé cómo llamar su atención! Hace unos días comencé a notar que Nacho ni me mira, y estoy sufriendo mucho. Intento decir palabras nuevas, hablo todo lo que puedo, pero eso ya no lo impresiona. Va a bailar cada sábado, y escucha música todo el tiempo... Yo no puedo hacerlo. No me gustan los ruidos fuertes, ni la música, ni los ringtones. Siento algo

*feo... El doctor dice que es un eco y un zumbido, a causa del imán que mantiene adherido el dispositivo externo al interno, a través del cráneo, y que ya me voy a acostumbrar pero lo cierto es que apago el aparato cuando nadie me ve y disfruto de mi mundo silencioso como antes.*

*El mundo con sonidos no sería gran cosa, si no le hubiese escuchado la voz a él... En serio, lo más lindo de escuchar fue oír la voz de Nacho. Y también el gol de Suárez, claro. Si luego no hubiese mordido al italiano, tal vez ahora seríamos los campeones del mundo... O no.*

*En ese entonces Nacho y yo aún éramos amigos, los mejores amigos del*

*mundo, y lo vi llorar cuando toqué el xilofón. Intentó disimularlo, pero se le notaba de lejos que estaba muy emocionado. Lo primero que me dijo fue: “Suarez hizo un gol para vos” y yo fui tan tonta que le creí y luego le conté a todo el colegio esa tontería.*

*En fin, ya pasó un año de eso, y las chicas no se ríen más de mí, y hasta me ayudan con las palabras difíciles, así que estoy hablando bastante....*

*Lo único que me falta es el Nacho de antes. El año que viene va a graduarse del secundario, y luego se irá, como Alejo. Y yo me quedaré tan sola...*

*Si no fuese por Andrés enloquecería. Gracias Dios, por*

*ponerlo en mi vida, aunque le haga cosas sucias a mi mamá.*

*Y gracias también por poner a Nacho en mi camino, aun cuando ya no me quiera.*

*Lo que es yo, lo voy a querer siempre. Siempre...*

*Pau*



\*\*\*\*\*

El teléfono sonó por tercera vez y ella lo miró con fastidio. Si no fuese porque estaba esperando un mensaje de Nacho hubiese desconectado el

implante, pero necesitaba escuchar la notificación.

Apenas era lunes y ya lo estaba extrañando. Habían sido dos meses muy difíciles con él en Buenos Aires la mitad de la semana, pero tenía que aguantar.

El teléfono volvió a sonar, y ella conectó la contestadora. “Esta es la casa del doctor Ignacio Otero. Él no se encuentra en la ciudad ahora. Si es por una emergencia, envíe un *sms* al 099853543 que lo derivarán a otro profesional”

Lo había grabado Nacho antes de irse, porque daba por sentado que si llamaban al de línea era por asuntos profesionales. Toda la familia sabía que Pau no hablaba por teléfono, así que le

escribían si necesitaban decirle algo.

La notificación llegó y ella sonrió. Pero no era Nacho... Era el del teléfono.

*“No es una emergencia médica, pero necesito hablar con usted con urgencia, doctor Otero. Es por mi hija. Le pido que me contacte a este número ni bien pueda. Estoy seguro de que podrá ayudar a Eva. Juan Bautista Ledesma”.*

Paulina lo leyó y se quedó preocupada... Una chica, tal vez una niña necesitaba de Nacho y él no regresaría hasta el jueves. No lo pensó dos veces y le respondió.

*“Hola, soy Paulina. El doctor Otero no está en la ciudad. ¿Necesita el*

*teléfono de otro profesional? Si es así yo puedo dárselo”.*

Notificación.

*“No, lo necesito a él. Ojalá que regrese a tiempo. Disculpe... Es que mi hija es sorda y sólo el doctor Otero puede ayudarla”.*

Paulina tragó saliva. La hija de ese hombre era sorda... Lo que no entendía era por qué el factor tiempo era tan importante. Se lo preguntó. La respuesta llegó de inmediato.

*“Es largo de contar. Además no sé con quién estoy hablando. Quiero decir, sé que usted se llama Paulina pero no sé quién es. ¿Puedo llamarla y me lo dice?”*

Ay, carajo. No, no podía hacerlo.

*“No. Yo también soy sorda... Soy la novia del doctor Otero y de verdad me gustaría saber qué le pasa a su hija. Para adelantarle a él algo, por supuesto”.*

Pasaron dos minutos y nada. Finalmente respondió.

*“Que su novia no pueda escuchar no es muy alentador que digamos, pero si lee los labios me gustaría explicarle. Dígame cómo hacemos, por favor”*

Y de esa simple forma, fue que conoció a Juan y también a Eva.

Se encontraron en un parque, cerca del restaurante. Paulina no se había dado cuenta de que tenía una mancha de harina en la cara y lo primero

que hizo Juan al verla fue sonreír e indicarle con un gesto que tenía sucia la mejilla.

Pau se limpió con la manga, sin apartar la mirada de Eva, que dormía en su cochecito. Era una bebé hermosa... No parecía tener más de un año...

Juan le tocó el brazo para que ella lo mirara.

—Tiene dieciocho meses —le dijo vocalizando exageradamente como lo hacen casi todos los que hablan con personas sordas.

—No es necesario que haga eso. Puedo escucharlo —le aclaró y luego sonrió ante su cara de asombro.

Tenía los ojos claros y el pelo largo. Y era muy alto...

—¿Puede escucharme?

—Tengo un implante que decodifica los sonidos y los envía directo a mi cerebro. Tiene sus limitaciones, pues no puedo hablar por teléfono, ni...

—Ni escuchar música. Le molestan los sonidos agudos y los ruidos fuertes. Odia los gritos, y el bullicio. El sonido del piano le causa un eco insoportable —completó Juan, y ahora la asombrada resultó ser Paulina.

—Parece que... Parece estar empapado en el tema —le dijo y luego se sintió una tonta. Era lógico, si su hija era sorda.

—Así es. Y por eso necesito contactar a su novio.

—¿Quiere que él le coloque un implante? Porque le aviso que él se especializa en la rehabilitación logopédica más que nada. La colocación del implante la realiza un neurocirujano, y él lo asiste en lo que corresponde a su especialidad —le aclaró.

Juan la observó un momento. Qué suerte tenía el doctor Otero... Su novia era hermosa, y muy inteligente, eso saltaba a la vista.

—Quiero otra cosa de él, antes que eso. Necesito que me ayude a diseñar un dispositivo que no prive a mi hija de la música —le dijo.

Paulina pestañeó varias veces, intentando asimilar lo que él le decía.

—Quiere que Ignacio... Vaya, qué

sorpresa. La verdad no me esperaba algo así.

—Lo imagino. Sé que él puede hacerlo... Es joven y por lo tanto abierto a nuevas ideas, y está preparado en el exterior. Yo soy ingeniero, y creo que nos complementaremos muy bien.

La bebé se revolvió inquieta y él movió el cochecito hacia adelante y hacia atrás.

—Bueno... —comenzó a decir ella, pero luego se interrumpió y preguntó: —¿Y la mamá de la nena dónde está?

El rostro de Juan se ensombreció. Bajó la vista y respondió:

—Ella falleció.

Paulina se llevó la mano al pecho,

impresionada.

—Lo siento mucho.

Juan se repuso con rapidez.

—Ahora lo único que importa es Eva. Se acaba el tiempo para colocarle el implante y yo quisiera que tuviese uno que le permitiese escuchar música. —le dijo. Y luego agregó: —Es muy importante para mí que pueda hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó aunque sabía que no debía ser tan indiscreta.

—Porque la música es mi vida —respondió él de inmediato. —Y lo era también de su madre...

Ella tragó saliva, conmovida.

—Le quedan... otros dieciocho meses para colocarle el implante y que ella adquiera el habla de forma natural y

sin esfuerzo...

—Así es. ¿A usted se lo pusieron antes de los tres años?

—No, mucho después. Era de última generación, pero me costó bastante aprender a hablar —le confió. —Creo que aún no lo hago bien...

—Lo hace perfectamente. Y tiene una hermosa voz... Muy...musical —comentó Juan sonriendo.

Paulina sonrió y en ese momento Eva despertó y la miró. Fue amor a primera vista... La carita se le iluminó de pronto y le tendió los brazos. La joven miró a su padre, y al verlo asentir, la sacó del cochecito.

—Qué linda es...

Le tomó la manito y la besó. La

na se rio a carcajadas.

—Es perfecta —murmuró Paulina, fascinada. —Sos perfecta en tu mundo de silencio, Eva. Yo sé lo que se siente habitar ahí...

—Pero la música es más bella que el silencio —replicó Juan de pronto. Paulina lo miró.

—Si usted lo dice...

—Se lo aseguro. A eso dedico mi vida. Compongo, doy clases, toco en una orquesta...

—¿Qué toca?

—Piano.

—¿Y no era ingeniero?

—Diplomado, sí. Pero no ejerzo... Fue para complacer a la familia, pero espero que me sea útil

ahora y logre lo que deseo: el implante perfecto que le permita a Eva disfrutar de la música.

Se lo veía muy seguro de sí y de lo que quería lograr.

—Espero que... Ignacio, lo pueda ayudar, Juan. Se lo diré el jueves ni bien lo vea.

—El jueves...

—Sí, él está dando clases en Buenos Aires desde el lunes al jueves. Cuando regrese le hablaré de usted y de Eva, y le daré su número de teléfono.

—O sea que usted estaba cocinando algo rico y no era para él — le dijo sonriendo.

Paulina rio también.

—Acertó. Pero creo que Eva

podrá dar cuenta del festín. ¿Me acompañan? Trabajo en un restaurante aquí cerca y me gustaría invitarlos a merendar.

Aceptó, por supuesto. A esa mujer era imposible decirle que no a nada, pensó mientras la acompañaba.

Y en eso mismo estaba pensando Nacho en ese instante, al otro lado del Río de la Plata.



\*\*\*\*\*

*Sábado*

*Hoy pasó algo raro. Hacía mucho que Nacho no cruzaba a nuestro*

*departamento, pero mamá hizo plantillas y el olor lo atrajo como un imán.*

*Apenas me miró cuando llegó, y se puso a comer como un muerto de hambre, mientras yo lo miraba disgustada. “¿Qué mirás?” me dijo el muy antipático, pero sus ojos sonreían.*

*Le respondí en lenguaje de señas, cosa que a él no le gustaba nada. “¿Qué te importa?”*

*Y creo que entendió porque me respondió que tenía razón, y que no le importaba lo que pensaba de él una mocosa impertinente como yo.*

*Estaba insufrible, así que no le hice más caso y me puse a mirar las fotos del mundial que mamá estaba*

*poniendo al fin en el álbum.*

*Me dieron ganas de llorar cuando recordé lo lindo que fue Nacho conmigo en ese entonces...*

*Él también miró las fotos, y comentó con mamá lo de la mordida de Suárez al italiano. Se reían, pero me acuerdo que en ese momento se querían matar porque eso nos sacó del mundial.*

*Los dejé mirando las fotos, y me fui a la heladera a buscar un jugo. Y mientras lo tomaba levanté la vista y lo pesqué mirándome las lolas.*

*¡Me miraba las lolas! ¡Chan!*

*No lo podía creer...Era tan evidente la dirección de su mirada, que hasta yo bajé la vista y las miré. Y ahí casi me desmayo: no llevaba sostén, y*

*se me estaban marcando los pezones.  
Mierda, mierda, mierda.*

*No sé si lo notó, porque su mirada me estaba radiografiando en ese momento. Más que radiografiando, eso era una tomografía computada de arriba a abajo...*

*Me puse como un tomate, lo sé. Me quemaban las mejillas, las lolas y el culo, todos los sitios por donde su mirada pasó.*

*Lo miré... Vi como su nuez subió y bajó... ¿Tragaba saliva? ¡Carajo!*

*Y ahí me di cuenta. Tenía el poder...*

*Me acerqué y le dije, igual que él lo hizo conmigo antes, pero en lengua de señas: “¿Qué mirás, nene?”*

*No me respondió, pero en ese momento supe que tenía lo que había que tener para volver locos a los chicos y por fin iba a lograr que nunca ninguno, me dijera que no.*

*Pau*



\*\*\*\*\*

—¿Qué edad tenés, Paulina? —le preguntó Juan pasándole el mate recién cebado. —No es mi intención ser indiscreto pero yo tengo treinta y dos y

vos no parecés tener más de veinte, así que me resulta medio raro que nos tratemos de usted...

Ella rio.

—Tengo veinticuatro. Y me parece bien que nos tuteemos — respondió. —¿Le puedo dar a Eva una plantilla con dulce de leche?

Juan se encogió de hombros.

—Creo que sí... No estoy muy seguro si al año y medio puede comer dulce de leche.

—Mi sobrino Renzo tiene la misma edad y el médico le permite comerlas.

—Entonces sí...

Paulina le tendió la plantilla y la nena se la llevó de inmediato a la boca.

—Uy, qué enchastre estamos haciendo. ¿Me pasás mi cartera? —le pidió a Juan, y cuando él lo hizo, sacó de allí un paquete de pañuelos perfumados y limpió a la nena. Mientras lo hacía, no pudo evitar acordarse de Nacho y aquel encuentro en la azotea años atrás. Se había limpiado con un pañuelo como ese y más tarde habían tenido una caliente sesión de sexo por *webcam* que jamás podrían olvidar. Ah, cómo lo extrañaba... Tal vez esa noche podrían hacer lo mismo. No necesitaba ningún pañuelo con sus fluidos para olerlo e incentivarse. Le bastaba con los recuerdos, nada más...

—¿...que trabajás acá?

—¿Perdón? —estaba tan metida

en su fantasía que se olvidó de Juan y ni siquiera escuchó la primera parte de la pregunta.

—Si hace mucho que trabajás en este restaurante.

—Ah, sí. Bastante... Es de mi mamá y de mi...—y ahí se quedó con la duda. No sabía si decirle “suegro” o “padrastro”. La verdad es que no lo sentía ni de una forma ni de otra. Para ella era simplemente Andrés. —De mi mamá y de Andrés, su esposo. Todavía no llegaron porque ahora sólo abrimos de noche.

—Es un restaurante con show ¿verdad? Y de los más caros —acotó Juan.

—Bueno, sí. El fuerte es el show

de tango y la comida regional. Yo ayudo en la cocina por la tarde... Eso estaba haciendo hasta hace un rato.

—Y nosotros estamos interfiriendo en tu trabajo... Perdón — se excusó él apesadumbrado.

—Nada que ver. Me encanta que estén aquí... Tu hija es un encanto.

—Ella parece pensar lo mismo de vos...—murmuró él. —Y la verdad es que yo comparto su opinión.

Paulina sonrió.

—Ojalá Ignacio pueda ayudarla, Juan. Sería genial que logran un dispositivo que le permita a ella y a otros disfrutar de la música.

—Tengo esa esperanza, Paulina. No hago otra cosa que pensar en eso

desde que... —y ahí se interrumpió un segundo. —Desde que Sofía, mi mujer, falleció —dijo finalmente.

La curiosidad de Paulina la impulsó a seguir indagando. Le interesaba todo lo referente a Eva.

—¿Cuánto hace de eso?

Juan miró por la ventana, pensativo.

—Fue hace un año. Eva tenía seis meses... Le acababan de diagnosticar hipoacusia y regresábamos a casa, en Minas, cuando la caja de un camión golpeó nuestra camioneta. Sofía conducía y murió en el acto. Eva y yo íbamos atrás y resultamos ilesos.

Cuando se volvió a mirar a Paulina, la joven tenía los ojos llenos de

lágrimas.

—Qué horrible —murmuró. —Lo siento tanto...

El rostro de Juan era una máscara.

—Yo también. No sabés cuánto... Se suponía que el que iba a morir sería yo, y ya ves...

—¿Vos? ¿Por qué decís eso?

Juan tragó saliva. No sabía por qué, pero tenía muchas ganas de contarle a Paulina su vida.

—Porque hace casi tres años me diagnosticaron cáncer. Un tumor en el cerebro... Éramos tan felices Sofía y yo, y esto lo arruinó todo... —confesó dolido. —Por fin teníamos la vida que deseábamos fuera de la ciudad. Una ignota vida de maestros de música en un

remoto lugar... Habíamos logrado escapar al mandato familiar de ser exitosos en nuestras carreras impuestas, y ese maldito tumor llegó para truncar nuestros sueños...

No pudo terminar porque se le hizo un nudo en la garganta. Paulina esperó pacientemente sin dejar de mirarlo.

—Nada es perfecto, no existe la felicidad completa —dijo él amargamente. —Tuvimos que volver a Montevideo para hacer el tratamiento de quimio, pero antes... Yo quería preservar mi... esperma, pero Sofía tenía otra idea más “natural”. Se quedó embarazada...

Pau sonrió, conmovida.

—Eso fue una gran bendición, sin duda.

Él le correspondió en la sonrisa.

—Sin duda...—asintió. —Mi tratamiento terminó cuando Eva nació. Parecía estar todo en orden, y que por fin íbamos a poder disfrutar de la vida. Seis meses duró la felicidad... El diagnóstico de la sordera de Eva no fue nada comparado con el dolor de perder a Sofi...

—Me lo imagino. Y ahora entiendo el porqué de tu interés por mejorar la calidad de vida a tu hija, más allá de lo que la ciencia nos puede dar hoy —murmuró Paulina, mientras le ponía una mano sobre la de él.

Juan miró hacia abajo y sus dedos

se crisparon un momento, así que ella la retiró de prisa.

—Perdón.

—No es nada.

Se miraron incómodos un instante, pero por suerte Eva comenzó a moverse en un claro intento de bajar del coche, y Paulina la ayudó.

—Uy... creo que esta niñita tiene una sorpresa en sus pañales —dijo riendo.

—¡Perdón! —exclamó Juan cambiando de talante de inmediato. — Ya lo soluciono...

—No, yo lo hago. ¡En serio! Sé cómo porque mi sobrino parece esperar a que yo esté presente para hacerlo —explicó. —Seguime, tengo una oficina

acá...

En un santiamén, Eva quedó hecha una rosa.

—Gracias, Paulina.

—No hay de qué. Es un placer...

Con una niña tan divina hasta esto es un placer —murmuró acariciándola.

—Te gustan mucho los niños ¿verdad?

Ella sonrió.

—Esta niña me gusta mucho. Me siento identificada. Tenemos algo en común...

—Ser hermosas, por ejemplo —acotó él sin poder contenerse.

Paulina se mordió el labio para contener la risa.

—Nuestra infancia en silencio es

lo que tenemos en común —replicó. —Y ojalá que cuando le coloquen el implante, la música no sea una pesadilla para ella.

—Eso es lo que más deseo. Nos corre el tiempo, así que me urge hablar con su...novio. Con el doctor Otero.

Con la niña calzada en la cadera Paulina se acercó y lo miró a los ojos.

—Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para hacerlo posible, Juan. Por ella y por la memoria de tu mujer —afirmó.

—Mi mujer... —dijo él y su mirada se ensombreció. —La extraño tanto... Fue la única. Nos enamoramos en el secundario... Desde el primer beso supe que éramos tal para cual.

—A mí me pasó igual —confesó Pau. —Desde el primer beso...

Bueno, desde el primer beso con Nacho, porque el que le dio Lucas no podía siquiera considerarlo a la luz de todo lo que pasó después.

Sonrió al recordar lo sucedido diez años atrás...



\*\*\*\*\*

*Lunes*

*Algo que toda chica debe registrar en su diario es el día en que*

*recibió su primer beso. El mío fue en el campamento de verano. Estaba decidida a probar, e hice todo para lograrlo. Y cuando Lucas me besó, me dio un poco de asquito. No fue desagradable pero tampoco fue como me lo imaginaba. Como le dije a Belén, besarse puede ser bastante peligroso sobre todo si tu chico tiene ortodoncia...*

*Lo más extraño de todo es que mientras me besaba, yo no hacía otra cosa que pensar en Nacho.*

*Creo que le gusto...*

*No deja de mirarme... ¡Me mira las lolas! Y yo también lo miro pero cuando él no me ve. Nacho recién parece descubrirme pero yo hace*

*mucho que me di cuenta de que cuando lo tengo cerca me mareo.*

*Si tuviese ya los quince, hubiese intentado lo del beso con él. Pero con sólo catorce no me animé... ¿Y si me rechazaba? ¿Si le contaba a mi mamá?*

*Su comportamiento me desconcierta. No sé qué hacer. Me vigila y me huye. Me mira, y me ignora. Parece inmune a mis intentos por llamar su atención... A veces lo veo celoso y me pongo feliz, hasta que caigo en la cuenta de que se está tomando en serio el rol de hermano mayor. Otras veces me trata con tal indiferencia que me desespera el pensar que estoy tejiendo fantasías tontas en torno a él, y que no le gusto*

*nada... He llegado a pensar que me odia.*

*Me siento rara. Me comporto como una niña de a ratos y hago cosas boludas como sacarle la lengua. Y de pronto me siento tan mujer...Trato de que me mire, que sus ojos no se despeguen de mi cuerpo.*

*A veces lo logro, a veces no. ¡Me desespero de todas formas! Si no me mira me fastidio, si lo hace me agarra una inquietud tan fuerte que creo que voy a enloquecer.*

*No me gusto, no me entiendo, no sé ni lo que quiero... O sí lo sé.*

*Lo quiero a él...*

*Pau*

\*\*\*\*\*

Esa noche, Paulina y Nacho chatearon durante una hora. Ella intentó contarle de su encuentro con Juan Ledesma y su hija, pero él parecía

demasiado interesado en tener sexo virtual... El deseo ganó la partida y se masturbaron juntos a través de la *cam*.

*“Sos lo más caliente que hay, sis”* le escribió cuando terminaron. *“Me volvés loco aún a la distancia”*

Paulina sonrió, pero en el fondo de su alma había una tristeza que no podía soslayar.

Se despidió de Nacho y antes de acostarse, le mandó un mensaje a Juan.

*“¿Cómo está Eva?”*

*“Duerme. ¿Hablaste con tu novio?”*

*“Algo. El jueves le voy a contar todo en detalle”* mintió.

*“La nena la pasó muy bien esta tarde. Me encanta verla así de feliz...”*

*¿Podrás venir al parque mañana? A la hora que vos digas... ”*

Paulina dudó. Tenía clase e iba a faltar al restaurante. Pero esta vez lo que pudo más fue la ternura y las ganas de besar carita de muñeca de Eva.

*“Claro. A la misma hora”*

*“Ok, gracias”*

*“Ok”*

Y al otro día, mientras hamacaba a Eva se puso a soñar con que ella y Nacho tenían una nenita como ella. Un pequeño sol en su vida...

Algún día eso sería una realidad.

Sus ensoñaciones se interrumpieron cuando apareció un perro bastante amigable y la niña quiso bajar a tocarlo.

—Le encantan los animales...  
Allá en Minas tenemos varios, un cerdo,  
una cabra, aves de corral...

—¿Aves de corral? A mí me  
encantan. Yo tengo un pato que se llama  
Christian.

—¿Un pato? ¿En el jardín?

—Vivo en un departamento.  
Ahora él está en una granja, pero vivió  
mucho tiempo con nosotros, en el  
departamento.

—¿Con ustedes?

—Sí, con Nacho y conmigo. Lo  
domesticamos como si fuese un  
perrito...

Pero la sorpresa de Juan iba más  
allá del pato y tenía que ver con el  
hecho de que Paulina y el doctor Otero

ya estuviesen viviendo juntos.

Intentó disimular su desencanto, dirigiendo la atención al ave.

—¿Así que ahora vive en una granja?

—Sí, lo devolvimos hace poco. No queríamos que extrañara a sus amigos.

Juan no pudo evitar reírse. Desde el día anterior no hacía otra cosa, luego del amargo momento recordando el pasado. Y esa sonrisa iba siempre asociada al rostro, la voz, la figura, el encanto de Paulina.

La tarde pasó volando entre risas y travesuras de la pequeña Eva.

Antes de despedirse, Paulina le preguntó:

—Juan... Tu enfermedad... Te veo muy bien ahora, así que supongo que todo eso quedó atrás ¿verdad?

El dudó, pero sólo un instante.

—Seguro. Ya todo eso quedó atrás...

Ella sonrió, feliz. No quería que nada pudiese hacerle daño a Eva nunca más.

Estaba creando lazos con la nena, demasiado fuertes y demasiado rápido. Tanto así que cuando al día siguiente Juan la invitó al Parque Rodó para que ella anduviese a caballo por primera vez, no pudo negarse.

Pasearon juntos todo el día y sacaron muchas fotos. Paulina le dio de comer, y luego Eva se durmió en sus

brazos.

Le besó la cabeza una y otra vez ante la atenta mirada de Juan, que por dentro se derretía.

Es que Paulina Lens había logrado despertarle sentimientos increíblemente intensos en muy poco tiempo. Empezó admirando al doctor Otero, pero con el correr de las horas terminó envidiándolo. Y en un momento, cuando Paulina se inclinó para darle algodón de azúcar a Eva, y vio su largo cabello acariciar el suelo, sintió que podía llegar a odiar al dueño del amor de esa mujer.

Se agachó junto a ellas y la miró a los ojos.

—Vas a ser una excelente madre

algún día —fue todo lo que pudo decirle porque la emoción no le permitió continuar.

Y a la tarde siguiente, cuando recibió el *sms* de Paulina diciendo: “*Vení con Eva. Rambla República de Chipre y Santa Marta. Edificio Neptuno. Piso once*”, ni siquiera se dio tiempo a considerarlo: agarró a la nena, al bolso con los pañales y fue adónde ella le indicaba.

—Hola, mi vida...—fue lo primero que dijo Paulina al abrir la puerta.

Él sabía que se dirigía a su hija, pero fantaseó con la idea de que fuera con él.

—Qué bueno que vinieron. Nacho

viene en un rato, y quiero que se conozcan y vos mismo le cuentes qué necesitás de él —le explicó.

—¿Te parece que es buena idea esperarlo acá? ¿No hubiese sido mejor hacer una cita?

—Creo que conocer a Eva va a definir su respuesta, Juan.

La nena corría por toda la sala y tocaba cuanto adorno encontraba. Paulina reía y la dejaba hacer lo que quisiera, ante la angustia de su padre que temía que rompiese algo.

Finalmente comenzó a dar cabezaditas en la alfombra, y Juan la tomó en brazos.

—Vení, vamos a acostarla en mi cama —indicó Paulina. Lo guio hasta su

habitación y él la acostó. La taparon con una manta y cuando estaban saliendo se encontraron cara a cara con Nacho.

—¿Qué es esto? —preguntó éste con los dientes apretados y la furia pintada en el rostro.

Paulina frunció el ceño y lo abrazó. Él no correspondió a su gesto de afecto. Permaneció rígido con los ojos clavados en Juan.

—Mi amor, él es Juan Ledesma. Te adelanté algo por chat... Su hija Eva es sorda y...

—¿Qué carajo hacías con este tipo en nuestra habitación, Paulina?

Las mejillas de la joven se encendieron. Se sentía avergonzada como nunca.

—Nacho...

—Te hice una pregunta.

—Doctor Otero...—comenzó a decir Juan, pero Nacho lo fulminó con la mirada.

—Estoy hablando con mi mujer —dijo, terminante.

Y ahí Paulina no aguantó más. Su fuerte temperamento salió a flote y sin poder contenerse le dijo:

—Basta. Te estás comportando como un verdadero estúpido.

—¿Ah, sí? Vuelvo a casa luego de cuatro días, me encuentro a mi mujer saliendo de nuestra habitación con un tipo, y pretendés que sonría... ¿Qué mierda hacían ahí? —le gritó.

—¡Andá y mirá! ¡Entrá y date

cuenta qué era lo que estábamos haciendo!

Nacho pasó por delante de ellos como una tromba y se frenó de golpe cuando vio a la nena dormida en su cama.

Paulina le había hablado por chat de un tipo que tenía una bebé sorda a la que quería someter a una intervención para un implante coclear. Lo que nunca se imaginó fue que ese tipo iba a ir a su casa, e iba a entrar a su habitación.

Lo miró de reojo. Era un hombre alto, atractivo. Se sentía estúpidamente celoso, y también avergonzado por eso. Tal vez su reacción había sido exagerada, pero lo vio todo rojo al verlos salir de su habitación. Nadie

debería entrar ahí salvo él...

Y en lugar de pedir disculpas, terminó de estropearlo todo al decir:

—Voy a ir a saludar a Gaby y al viejo, y cuando vuelva no quiero a nadie en mi cama.

Antes de salir, miró a Juan con frialdad, pero a Paulina no se atrevió. Pasó por delante de ella y al escucharla respirar agitadamente por la ira que seguramente sentía, se arrepintió de lo que acababa de hacer, pero era tarde para volver atrás.

“¿No quiere a nadie en su cama? Debería cumplirle el deseo e irme a la mierda. Qué hijo de puta...”, pensó ella ofuscada.

No era la primera vez que Nacho

le decía algo así...



\*\*\*\*\*

*Sábado*

*Me encanta provocarlo. Es tan alto. Sus ojos son hermosos, y también su pelo y su boca... Su cuerpo es*

*simplemente perfecto, y quisiera volverlo loco. Gracias al cielo que ahora tengo tetas y culo, porque quiero sus ojos puestos en mí, sólo en mí. Y ahora creo que lo estoy logrando.*

*Sé que algo le pasa conmigo; hoy me di cuenta y casi muero de la felicidad.*

*Es que él me gusta, me encanta. Estoy en mi cama recordando el momento, y un calor extraño me quema entre las piernas.*

*Una pared nos separa nada más. La acaricio... Acaricio la pared porque sé que Nacho está en su cama, al otro lado. ¿Estará pensando en mí? ¿Se tocará mientras me imagina desnuda? Porque yo sí me toco pensando en él,*

*en sus ojos, en su boca...*

*Hace unos días no estaba segura de nada, e hice algo bastante vergonzoso. Era su noche de graduación y se iba a ir a Bariloche en la madrugada. Odiaba que terminara el secundario y odiaba el maldito viaje de egresados. Y por supuesto, odiaba la fiesta más que nada en el mundo. Sólo por imaginar que iba a besar a alguna de sus amigas me desesperaba.*

*Son todas lindas. Más altas, más elegantes que yo. ¡Son todas unas putas de mierda! Estaba tan desesperada que crucé y me instalé en su cama. Si esa no era una forma de llamar su atención, no sé qué podría serlo.*

*Entró descalzo, con los*

*pantalones nuevos y la camisa desprendida. Tenía el pelo húmedo y aun a un metro de distancia olía divino...*

*Me miró como si yo fuese el demonio. “¿Qué hacés acá?”, preguntó enojado.*

*“Vos me dijiste que podía venir a jugar a la Xbox cuando quisiera”, le respondí haciéndome la tonta.*

*“Eso fue hace mucho tiempo. Fuera de mi cama.”*

*Casi muero cuando me dijo eso, pero él no pareció notarlo. Se dio vuelta y comenzó a arreglarse el pelo en el espejo.*

*Me paré frente a él y lo miré.*

*“¿Qué pasa?” me dijo con cara*

*de malo.*

*“Nada. Te ves... bien” le contesté y mis mejillas se prendieron fuego.*

*Me miró con furia... Y con algo más que no supe definir. Y luego salió de la habitación.*

*Casi me pongo a llorar.*

*Pero hoy volvió de su viaje, y me lo encontré en el ascensor. Al principio se hizo el desentendido, pero luego todo cambió.*

*Estaba desesperada por llamar su atención y le empecé a decir cualquier cosa: que me iba a poner un piercing en la lengua, que me iba a hacer un tatuaje y no sé qué otra locura más pero él permanecía*

*indiferente, hasta que de tanto buscarlo lo encontré.*

*“Si querés llamar tanto la atención... ¿por qué no te ponés a estudiar y te sacás doce en todas las materias?” me dijo, pero en sus ojos había algo...*

*Ahí me di cuenta. Y me jugué mi única carta.*

*“Yo te gusto” afirmé, y mientras lo decía me daba cuenta de que eso era una verdad grande como una casa.*

*Y después me dio tanta vergüenza que salí corriendo del ascensor.*

*No sé qué va a pasar ahora entre nosotros, pero lo bueno es que ya están las cartas sobre la mesa. Él me gusta, yo le gusto...*

*El destino dirá.*

*Pau*



\*\*\*\*\*

Acompañó a Juan hasta la calle y lo ayudó a subir al taxi.

Al regresar, se topó con Nacho ni bien se abrieron las puertas del

ascensor. Apoyaba una mano en el marco así que ella hubo de pasar por debajo de su brazo para poder salir.

El corazón le latía de forma desenfrenada pero no estaba dispuesta a demostrarle lo que él provocaba en su cuerpo con su sola presencia... Le tenía que mostrar otra cosa: su furia por el incómodo momento que le hizo pasar delante de Juan.

Se metió al departamento y Nacho fue detrás.

—Pau...

—Andate a la mierda —le dijo sin mirarlo mientras se metía en la habitación y abría el armario.

—¿Qué hacés?

—Busco mi pijama porque no voy

a dormir acá contigo.

—¿Vas a dormir en el sofá? — preguntó él nervioso. No le gustaba nada discutir con ella, y no soportaba la idea de que durmieran separados.

—Me voy a lo de mamá — respondió Paulina, furiosa.

—¡No! Pau, escuchame...

Pero ella lo miró a los ojos, y apagó el audífono, desafiante. Y después le dijo algo obsceno en lengua de señas.

Nacho estuvo tentado a reírse pero se contuvo.

—Cosa hermosa...No me digas eso. Es muy feo...

—Te lo merecés.

—Seguramente, pero te pido perdón... No sé qué me pasó; me volví

loco cuando te vi salir de nuestra habitación con ese hombre —confesó, sincero.

—¡Te había hablado de él, Nacho!

—Perdón, Pau. No te presté atención... Estaba más interesado en... otra cosa. Mi amor, en serio, perdóname. Te juro que mañana llamo al tipo y veo qué puedo hacer por su hija...

Paulina se calmó. Pensar en Eva le transformaba el estado de ánimo por completo.

—¿Me lo prometés?

—Sólo si vos dormís conmigo acá en nuestra cama... Por favor, te necesito...

Y las ganas de tenerla tomaron el mando. Le agarró la cara con las dos

manos y la besó. Paulina no se resistió... Sentía que sus piernas no la sostenían. Respondió al beso con la misma pasión que él y su cuerpo traicionero se pegó al de Nacho buscando más.

Era tan grande la pasión por él, que lograba doblegar su férrea voluntad, y muy a su pesar se encontró olvidándose del mundo entre sus brazos.

—Te amo, Pau... Te adoro, cosa hermosa. No volvamos a pelear —le dijo Nacho mirándola a los ojos. Ella no dejaba de mirarle la boca...

La sonrisa de Nacho la volvía loca.

—Te merecés que te pegue —le respondió al tiempo que encendía el

dispositivo. —Fuiste odioso, Ignacio. Y si no fuese porque te deseo como una enferma en este momento no estaría acá —admitió.

—¿Me deseás a pesar de todo?

—Te lo dije, estoy enferma...

—Dejame curarte. Soy médico —  
improvisó Nacho mordiéndose el labio para no reír. —Te voy a examinar...

Y eso hizo.

La desnudó lentamente para hacerla desear, y luego la recorrió entera con sus manos y con su boca. Besó y lamió cada centímetro de su cuerpo y luego Paulina hizo lo mismo con el de él, hasta que los suspiros se transformaron en jadeos y luego en gemidos.

Más tarde, ella se recostó sobre el pecho de Ignacio y él le acarició el pelo hasta que se quedó dormida.

Despertó justo antes del alba. Una exquisita penumbra naranja los envolvía, y de pronto Paulina se encontró recordando aquella madrugada en la que se amaron una y otra vez en la casita del árbol. Su primer verano juntos fue inolvidable... El secreto que Andrés no podía siquiera adivinar, era en verdad un secreto a voces, y algunos no podían comprender cómo los que creían "hermanitos inseparables" se andaban comiendo la boca por los rincones... además de otras cosas. Su amor tenía sabor a pecado, y eso los enardecía aún más. Eso y los celos.

En aquella ocasión fue Paulina la que sufrió la cruel mordida de los celos, cuando se enteró de que Nacho había tenido su debut sexual con una compañera de clase en el viaje de egresados del secundario.

Sin embargo, él logró darle la seguridad que necesitaba: que ella era la única mujer a la que había amado, y que lo que sucedió con Macarena Ávalos no fue más que una descarga insensata impulsada por el alcohol y la confusión por lo que Paulina le provocaba.

Ella se revolvió inquieta. ¿Sería capaz de transmitirle a Nacho la misma seguridad?

"No, no es necesario. Entre Juan y yo no ha pasado nada, y jamás pasará"

se dijo suspirando, y cuando se disponía a volver a dormir, una tibia humedad en su sexo hizo que se le erizara la piel.

La lengua de Nacho podía ser muy insistente, y Paulina abrió las piernas y le ofreció el completo acceso que él estaba pidiendo.

—Estás obsesionado... —  
murmuró sin abrir los ojos, y se arrepintió al instante porque él se detuvo.

Cuando se incorporó para mirarlo, su corazón dio un vuelco. Qué hombre tan atractivo... Más que eso, era hermoso por donde se lo mirara. Su pelo revuelto, su boca húmeda, el brillo de sus ojos verde y gris...

—Sí, estoy obsesionado con

esto...— le dijo él, mientras le recorría el sexo con un dedo. —Pero no podés reprocharme que lo esté, ya que esto es mío, Paulina.

Ella le leyó los labios y jadeó.

Nacho trepó por su cuerpo y le colocó el dispositivo que le permitía escuchar, y lo accionó.

—¿Es o no es mío? —le preguntó fuerte y claro, como para que a ella no le quedaran dudas de que esperaba una respuesta.

Paulina tragó saliva. Se sentía incómoda, porque su buen sentido le decía que esa posesividad no era correcta, pero su cuerpo sentía una excitación insana al escucharlo.

—Sí... —respondió finalmente

con voz apenas audible.

—No te escuché. Debo estar quedando sordo...—le dijo él sonriendo.

Ella puso los ojos en blanco, al mejor estilo Anastasia Steele, y repitió.

—Es tuyo, Nacho. Para que vivas tu... obsesión a pleno. Pero tendrías que consultar a un psiquiatra porque ese sentido de la posesión no es...

—¿No es qué? ¿No es normal? Puede ser. Pero si vos vieras lo que yo veo... Si vos te vieras cómo yo te veo, Pau, tal vez entenderías de dónde me sale esta locura por... —Y de pronto se le iluminó el rostro. —Esperá, ya vuelvo...

Paulina frunció el ceño, intrigada, pero no tuvo demasiado tiempo para

hacerse preguntas porque Nacho buscó algo en el baño y en segundos estuvo a su lado.

—A ver, movete.

Se recostó en la cama contra el cabecero, y la hizo situarse entre sus piernas. Luego la obligó a separar las suyas y las retuvo así, abiertas, apresándolas con sus pies.

Cuando ella vio qué se proponía se quedó sin aire. Nacho había desenganchado de su soporte un pequeño espejo redondo que había en el baño, y ella usaba para maquillarse o depilarse las cejas. Tenía dos caras, una de ellas con aumento y era esa precisamente la que él puso frente a su sexo.

—¿Qué hacés?—preguntó con la boca seca.

—Quiero que veas lo que yo veo, a ver si entendés por qué es mi obsesión —respondió él con voz ronca. Y después comenzó a explorarla.

Paulina se sintió incómoda, porque nunca estuvo ante esa clase de doble exposición. Era una situación morbosa e inusual, que la excitaba y a la vez la inquietaba demasiado.

—No se te ocurra cerrar los ojos, cosa hermosa. Te voy a mostrar lo que es mío, y sólo mío —murmuró Nacho. —Mirá...

Paulina observó con la vista nublada el reflejo de su vulva en el espejo, y los dedos de él acariciándola

suavemente.

—Tu piel acá abajo es la más suave... O al menos estos labios son tan suaves como los otros —comenzó a decir él, y ella sintió que se quemaba. —Me encanta que estés completamente depilada. Estos labios están hechos para besarlos también...

Cada palabra la encendía más y más.

—Nacho, por favor...

—Todavía no termino. Mirá esto... —le dijo mientras con el pulgar y el índice le separaba los labios descubriendo su clítoris. —Acá nace tu orgasmo, Pau. Hace un rato estaba dormido y miralo ahora...

Ella sentía el cálido aliento de

Nacho en su oreja, sobre su hombro, y no necesitaba volver la cabeza para saber que ambos veían lo mismo: el pequeño botón rosado crecía segundo a segundo sin que él lo hubiese rozado siquiera.

—No te lo voy a tocar, porque sé lo sensible que se pone cuando estás así de excitada... Sólo resiste mi lengua, y ahora estoy muy ocupado mostrándote de dónde proviene mi locura —murmuró él con malicia, recordándole que ella había propiciado esa situación.

—Ya vi... suficiente. Prefiero la lengua... —susurró ella, pero sin demasiado énfasis. Estaba más que claro que disfrutaba de eso tanto como él.

—¿Ah, sí? La gula y la lujuria te

van a perder, *sis* —dijo él y Pau pudo adivinar su sonrisa contra su cuello. — Falta que veas algo... Agarrá vos el espejo.

Era imposible decirle que no a nada. Sintió que se desmayaba cuando vio que Nacho la abría con las dos manos, dejando completamente expuesta la entrada de la vagina.

—Estás muy mojada...

—Por tu culpa

—No creo que necesites lengua, entonces.

—¿Vos sabés lo que yo necesito?

—se atrevió a preguntar Paulina, audaz.

—Vos necesitás pija, mi amor. Y yo te la voy a dar... Me encanta entrar acá... —le dijo mientras metía y sacaba

su dedo mayor, completamente empapado. —Me quedaría a vivir adentro tuyo...

Y luego fue él quien no pudo soportarlo. Dejó el espejo a un lado y se incorporó para situarse entre las piernas de Paulina, arrodillado.

Sus ojos eran como brasas... Ella lo observó con los labios entreabiertos. Era como un dios... Todo músculos y potencia contenida. El cabello despeinado y la barba crecida lo hacían parecer un salvaje, contrastando con su aspecto habitual de médico respetable y formal.

—Cómo te gusta todo esto... —murmuró Nacho, fuera de sí. Era tan grande su deseo, que se sentía mareado.

—Sos una puta hermosa; sos *mi* puta hermosa...

Ella gimió y levantó las rodillas, ofreciéndole su sexo sin reservas.

—¿Y qué vas a hacer conmigo? —le preguntó, y todos sus reparos sobre lo incorrecto de una posesividad casi insana, se le fueron al carajo.

—Te voy a coger hasta que se me pase la locura —respondió Nacho con los dientes apretados, mientras empuñaba su pene y se lo introducía hasta lo más profundo. —Y no se me va a pasar fácil —le advirtió, moviéndose hacia los lados primero, y luego hacia adentro y afuera.

Paulina se aferró a sus nalgas y se movió con él, hasta que el orgasmo la

sacó de este mundo y la llevó a otro donde sólo había placer.

—Otro más —pidió él, embistiéndola con fuerza.

—Nacho...

—Decime, cosa hermosa.

—Quiero ver lo que vos ves.

—¿De nuevo?

—No —respondió Paulina, mientras tomaba su celular de la mesa de noche. —Quiero que filmes lo que ves cuando...

—¿Cuando te estoy cogiendo, como ahora?

—Sí —respondió ella en un susurro.

—No deberías ser tan confiada. Estás rompiendo la regla número uno

del sexo: no grabarse cogiendo —le dijo Nacho con una sonrisa.

—Creo que puedo fiarme. Además, es mi celu...

Él sonrió, y se retiró de golpe dejándola anhelante y vacía. Si no lo hacía en ese momento, iba a explotar.

—Date vuelta —le ordenó. Paulina se puso boca abajo, pero él la tomó de las caderas y la obligó a apoyarse en las rodillas. —No, te quiero en cuatro patas. Quédete quieta...

Segundos después, la grababa mientras la penetraba lentamente... Entraba y salía primero en embestidas cortas y luego en toda su longitud.

—Querías ver lo que yo veo... Vas a hacerlo... Mi pija entrando... Tu culo

hermoso... —y mientras decía eso, con el pulgar y el índice de la mano libre, le separaba las nalgas y acercaba el celular para filmar más de cerca cada cosa que nombraba.

Eso fue suficiente para hacerla acabar de nuevo. Ya no pudo estarse quieta y disfrutó su segundo orgasmo moviéndose hacia atrás para hacer más profunda la penetración, mientras ahogaba un grito hundiendo la cara en la almohada.

—Ah... Sí, sí, sí... —murmuró deleitada.

Nacho volvió a salir, y de inmediato se apretó la cabeza del pene con dos dedos para contener la eyaculación.

—No te vayas... —protestó ella. Era la segunda vez que la hacía acabar y se la sacaba de golpe provocándole una sensación de vacío que no quería experimentar.

—Es que todavía no grabé lo más excitante, lo que de verdad me enloquece... La mejor parte —explicó Nacho.

—¿Y cuál es? —preguntó Paulina poniéndose boca arriba y mirándolo expectante.

—Tu cara al acabar —respondió él, y la volvió a penetrar.

Bien entrada la mañana miraron el video juntos, y volvieron a hacer el amor. Y cuando terminaron, Nacho lo borró mientras murmuraba:

—Esto fue una excepción. El único que puede ver como entro en vos, y como gozás al acabar soy yo, Paulina. Solamente yo...

Sonó como una advertencia, y eso le dejó un mal sabor de boca pero lo dejó pasar, aturdida por esa ola de placer que había pasado por su cuerpo una y otra vez.

Cuando por fin se levantaron, Pau le recordó que tenía que llamar a Juan.

Nacho suspiró...

—Desde el hospital lo llamo, te lo prometo.

Y lo hizo.

—Soy el doctor Otero. Le pido

disculpas por mi comportamiento de ayer. Estaba exhausto y pensé... No sé en qué pensé. Bien, usted quería hablarme. Lo escucho.

Juan se sorprendió de recibir el llamado, y también se alegró, porque creía que había perdido la oportunidad de lograr lo que deseaba... y también de seguir viendo a Paulina. Le habló de Eva, y de la posibilidad de diseñar un dispositivo externo que no dependiese de un imán para conectarse con el interno.

—No sé... tal vez la parte externa pudiese introducirse en forma subcutánea y quedar sostenida por...

—Eso es un disparate.

—¿Perdón?

—Es un disparate. Mire, Ledesma; yo entiendo que sea importante para usted que su hija disfrute de la música pero eso que propone es una locura. Siga mi consejo, y hágale colocar el implante tradicional a la niña lo antes posible para que pueda adquirir el lenguaje oral de forma natural y...

—No.

—¿Cómo?

—Gracias, pero si usted no puede ayudarme, otro lo hará —le respondió Juan.

Nacho no podía creer que le replicara de esa forma.

—¿La madre opina lo mismo? —preguntó en un tono bastante desafiante.

—La madre está muerta —le dijo Juan luego de un momento, y luego cortó la llamada.

La hostilidad entre ellos era más que evidente, y también lo era el motivo: Paulina.

Juan Ledesma no hacía otra cosa que pensar en ella. Hacía un año que el sexo no estaba en su lista de prioridades, pero cuando la conoció sintió que se despertaban en su cuerpo las pasiones más bajas y en su alma las más sublimes.

Se estaba enamorando rápidamente y no podía ni quería evitarlo, pero también deseaba lograr su objetivo y mejorar la calidad de vida de Eva. ¿Y si pudiese tener ambas cosas?

La relación entre ella y su novio parecía bastante... tirante. Desconfianza había, sin duda, y eso era muy significativo. Tal vez no estuviese todo perdido... Se sorprendió de encontrarse deseando que terminaran. Él no era así.

A Paulina no le cayó nada bien que Nacho fuese tan terminante con eso de que no podía ayudar a Eva.

Sin saber por qué, sintió como que se abría una brecha entre ellos, y eso le hizo mucho daño. Y después todo empeoró.

Le escribió a Juan diciendo que lamentaba no haber logrado lo que tanto deseaban. Él le respondió. Nacho encontró el mensaje y se puso furioso al leerlo.

—“No te preocupes, Pau. Si no puede él, buscaré a otro” ¿Por qué mierda te mensajeás con este tipo? ¿Y por qué te dice “Pau”, si es que se puede saber? —la increpó furioso.

—¿Me revisaste los mensajes? ¡No tenés vergüenza!

—Ni siquiera pudiste esperar al lunes para escribirle... ¿Estás deseando que me vaya, “Pau”? —le dijo irónico.

—Sos un hijo de...

No pudo terminar porque Nacho le partió la boca de un beso. Fue tan impetuoso que ella tuvo que aferrarse a sus hombros para no caer.

La besó una y otra vez, lleno de furia.

—Vos sos mía... Ese hijo de puta

te desea pero vos sos mía—murmuró él, y luego le mordió el labio inferior, el mentón, el cuello. —Mía, mía, mía...

Y una vez más, Paulina no pudo negarse a él. Su posesividad era algo que la subyugaba, muy a su pesar.

Amaba cada una de sus facetas. Así había sido desde que lo conoció.

Le entregó la boca, las manos, los pechos... Se abrió entera para él y disfrutó de sus furiosas embestidas contra la pared, odiándose por ser tan débil.

Lo adoraba, con todos sus defectos incluidos. Lo había idolatrado desde niña, y el descubrirlo humano y víctima de los celos, la volvía loca.

Caliente y entregada, jadeó su

nombre una y otra vez. Y cuando él eyaculó, Paulina le gritó cuánto lo amaba.

Vulnerable, así la hacía sentir. La llenaba de ira y de deseo a la vez.

Como antes, como siempre...



\*\*\*\*\*

*Martes*

*“¿Será normal sentirse tan caliente cuando alguien te gusta?”*

*Porque así me siento sólo por pensar en él. Y ni que hablar cuando lo veo... o me habla... Me estoy volviendo loca y no sé qué hacer. Sólo quiero que me bese, que me acaricie... Y quiero tocarlo yo también. No alcanza con la fantasía... Lo quiero. Lo necesito. Ya no puedo más...*

*Le daría cualquier cosa que me pidiera, cualquier cosa. Me muero de amor... Y no sé por qué, pero no puedo dejar de pelearlo. Quiero que se enoje, quiero que reaccione de alguna forma. Si él se enamora de otra me voy a morir..."*

*Esto comencé a escribirlo ayer, pero me interrumpí y me puse a llorar. No sabía por qué me sentía tan triste...*

*Es que los últimos días Nacho me venía evitando a toda costa. Hice cualquier cosa para lograr que me mirara, pero no lo logré. Busqué pelea, le mostré las piernas y todo lo que pude, pero no reaccionaba. Llegué a pensar que todo había sido una fantasía mía, y que él estaba enamorado de otra.*

*Hoy comprobé que no.*

*Todo empezó con una estupidez de mi parte pero que al final resultó efectiva. Me hice un falso tatuaje de henna con su nombre y fui a su departamento a mostrárselo. Lo provoqué alevosamente tratándolo de “gay” por negarse a mirarlo.*

*Y de repente sucedió.*

*Me besó... Por fin me besó. Esto*

*es completamente distinto a lo de Lucas... Esto es fuego, fuego, fuego. Si mamá no hubiese llegado con la triste noticia de que la tía se iba a morir pronto, hubiese pasado de todo estoy segura... Pero ahora no debo pensar en eso; tengo que contener a mi mamá.*

*Estoy muy mal por lo de tía Aurora, me duele que todo vaya a terminar así, tan rápido y sufriendo. ¡Es tan injusta la vida! Pero cuando pienso en lo que sucedió esta tarde mi corazón se acelera...*

*Y sé que voy a querer más.*

*Pau*

\*\*\*\*\*

Pero Ignacio no se conformó con esa reconciliación apasionada. Estaba decidido a erradicar a Juan Ledesma de la vida de Paulina, así que antes de irse

lo llamó y le dejó en claro que lo quería lejos de su mujer. No usó eufemismo alguno, se lo dijo directamente a través de un mensaje de voz, porque Juan estaba bañando a Eva y no llegó a tiempo para atenderlo.

*“No vuelva a comunicarse con Paulina. Ni ella ni yo podemos ayudarlo, ya lo sabe. Dedíquese a su familia, y deje a la mía en paz”*

Juan entendió.

Si él fuese el Otero, tal vez hubiese hecho lo mismo... Su recreo, su tregua, había terminado. A partir de ese momento no volvió a responderle a Paulina ninguno de sus insistentes mensajes preguntando por Eva.

*“Quisiera verla, Juan. ¿Por qué*

*no la traés hoy al restaurante? Voy a hacer plantillas con dulce de leche”.*

*“¿Por qué no me respondés? Decime al menos si está todo bien, por favor”*

*“Juan, necesito saber si Eva está bien. Además estuve mirando en internet y puedo ponerte en contacto con colegas de Nacho que tal vez puedan ayudarte...”*

Él los leía y los eliminaba. No quería tentarse y responderle.

Así pasaron dos semanas, en las que el único que parecía feliz era Nacho. Por fin se había sacado de encima a ese Juan Ledesma... La única vez que lo vio, no le había gustado nada. Ni él, ni verlo en su casa, ni la forma en

que miró a Paulina. Y el hecho de que fuese viudo y no casado, le gustaba aún menos.

Pero eso había quedado atrás.

Ese fin de semana le hizo el amor cada día, varias veces al día... La veía triste y necesitaba compensarla de alguna forma. No quería pensar que esa tristeza tuviese que ver con Ledesma. No se permitía la duda, así que acalló las voces que le susurraban lo que no quería escuchar, saciándose dentro de su cuerpo, y haciéndola enloquecer de placer.

Una y otra vez lamió cada rincón, posesivo. La escuchó pedirle más... Le dio más. Se la cogió de pie, en cuatro, encima.

La hizo montarlo y observó extasiado su culo perfecto subir y bajar. Le comió el sexo de una forma voraz y apremiante, casi dolorosa...

Enredó su mano en el largo cabello de Pau, mientras ella se lo hacía a él. Hicieron de todo; prefirió sentir antes que saber, dar antes que pedir... No preguntó nada, y tampoco explicó.

Simplemente la amó e intentó olvidar la semilla de la sospecha que buscaba anidar en su alma. Intentó compensar con el cuerpo, lo que aquella necesitaba, y creyó lograrlo.

—Cómo me gusta lo que me hacés —murmuró ella, montada a horcajadas sobre él.

—Yo no te hago nada... vos me lo

hacés a mí... —replicó él jadeando.

—Me das tanto placer...

—Me encanta cogerte, cosa hermosa... Nada me gusta más que estar adentro de vos y sentir como me apretás... igual que ahora...

—Cada día... se me hace más difícil... tenerte lejos... —confesó ella mientras subía y bajaba, cabalgándolo voluptuosamente. —Te extraño tanto... Te deseo más que nunca...

Él ya no podía soportarlo. Se incorporó de golpe y en un solo movimiento la dejó de espaldas en la cama, mientras la penetraba con fuerza. La tenía como clavada al colchón, y le devoraba la boca con desesperación.

—Acabá, Pau... Dámelo...

—No...

—Dale, dame...

—Quiero seguir.

—Dejalo salir, y te prometo que habrá más —afirmó jadeando, aunque tenía dudas de poder aguantarse.

Y casi en seguida, ella le gritó su orgasmo dentro de la boca.

—Nacho... Ay, Dios...

—Me matás... Te juro que me matás... —le dijo él y en un par de movimientos más acabó, presa de un desenfreno que lo volvió un animal salvaje. —Pau...

Le llenó la cara de besos, mientras ella lo obligaba a mantenerse adentro, aferrada a sus nalgas.

—Epa... no toques la mercadería

si no vas a comprar —le dijo él sonriendo al sentir cómo ella le manoseaba el culo con descaro.

Paulina sonrió, seductora.

—Compro —replicó. Y antes de que él pudiese reaccionar, salió de debajo de su cuerpo y lo montó boca abajo. Se fue deslizando lentamente, al tiempo que se inclinaba y le iba dejando besos cálidos y húmedos por toda la espalda.

—Ah... Si esa es una forma de mostrarme que querés más, yo también compro —dijo él de buen humor, porque no se imaginaba hasta dónde se proponía llegar Paulina.

No tardó en saberlo. Cuando llegó a sus nalgas, ella interrumpió su rosario

de besos y se tornó atrevida como nunca. Las separó y con la punta de la lengua presionó...

Nacho dio un respingo.

—¡Carajo!

—¿No te gusta? Antes te encantaba pecar... Gula, lujuria...¿te acordás?

Él gimió.

—Pau...

—Y la frutilla de la torta: “incesto”, *bro* —susurró ella y luego continuó el insistente movimiento de su lengua hasta que logró vencer la resistencia e introducirle la punta.

—Ahhh...Sos demasiado angelical para ser tan perversa...

—Eso mismo me dijiste en mi

fiesta de quince antes de acabarme en la boca —replicó ella sonriendo, y Nacho ya no pudo soportarlo. Recordar ese momento fue demasiado... Se dio vuelta y la obligó a chuparle el pene.

—Repetilo —le ordenó con voz ronca.

Pau obedeció. Lo tenía empapado de su propio semen y la lubricación de ella, y tenía un gusto exquisito.

Acabó en segundos y le desbordó la boca.

—Tomá... —murmuró mientras no dejaba de bombear su placer en la tibia garganta.

Terminaron la noche haciéndolo de nuevo en la ducha, de pie, completamente desenfrenados. Y luego

se durmieron abrazados, con sus cuerpos saciados y sus almas profundamente conectadas.

A medianoche, Paulina despertó sobresaltada. Algo andaba mal...

Bajó de la cama, nerviosa, y se puso el dispositivo sin saber por qué.

—¿Dónde vas, Pau?

—Al baño —musitó. Pero en realidad fue a la sala y tomó su celular.

*“Juan ¿está todo bien? Contestame, por favor. Es que siento que Eva... No sé. Decime que todo está ok, te lo ruego”.*

Estaba segura de que él no respondería, pero para su sorpresa lo hizo.

*“Estoy en la Emergencia del*

*Británico. La nena tiene mucha fiebre”*

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué estás haciendo? —la voz de Nacho a sus espaldas la hizo sobresaltarse.

Se llevó la mano al pecho, asustada.

—Casi me matás.

—¿Con quién estás hablando? — insistió él, con una rara expresión en el rostro.

Y ella se lo dijo. Su inquietud era tal, que se lo tuvo que decir.

—Tengo que ir al Británico. Eva está en la Emergencia... Presentí que no estaba bien y así era, Nacho. Tiene fiebre... Voy a ir —afirmó de pronto.

Él ni siquiera pestañeó.

—¿Me escuchaste? Voy a ir a ver qué le pasa.

Ignacio inspiró profundo.

—Si ya estás decidida no sé qué estás esperando.

—Que me digas que me vas a acompañar.

No se lo dijo, pero se vistió y lo hizo.

Juan casi se muere cuando los vio entrar de la mano a la Emergencia.

—¿Qué le pasa? —preguntó Paulina angustiada.

—No sabemos... Estamos esperando a un especialista para descartar meningitis, y a un otorrino para...

—Nacho, por favor. Revisala —

suplicó ella con lágrimas en los ojos, mientras tomaba en brazos a la bebé que no dejaba de llorar.

El médico le ganó al hombre, y no dudó ni un instante. Tenía consulta en ese hospital, así que le alcanzaron guantes y un bajalengua de inmediato.

—Placas... Las estoy viendo. Tiene llagas en las amígdalas —afirmó. Y luego le examinó el cuerpo buscando marcas, y movió la cabecita para descartar púrpura y meningitis. —Es eso, una bacteria... Le voy a recetar un antibiótico de amplio espectro.

Le entregó la nena al padre, con una mirada significativa.

—Vamos, Pau. La chiquita va a estar bien —afirmó agarrándola de la

mano.

Pero ella sacudió la cabeza.

—No me voy a ir hasta que le baje la fiebre —replicó.

El rostro de Nacho se fue transfigurando de a poco. Juan lo observaba y en un momento hasta sintió miedo. Los segundos pasaban y lo único que se escuchaba era el llanto de Eva que le tendía los brazos a Paulina.

Ella la agarró y se volvió para enfrentar la mirada de Nacho.

—Me quedo. Si querés irte a casa, hazlo. Esperame allá que en cuanto pueda voy.

Él inspiró profundo sin dejar de mirarla.

—Okey —dijo. Y luego se fue,

pero no a esperar a Paulina “en casa”. Tomó sus cosas, llamó a Buquebus y se fue en el ferry del domingo a primera hora, en lugar del de última.

Y cuando ella le envió en la mañana un mensaje diciendo que iba camino al departamento con un desayuno de Mc Donald’s, él le respondió:

*“Cometelo vos, porque yo ya estoy llegando a Buenos Aires”*

El corazón de Pau se paralizó un instante. No podía creerlo... Tenía muchas ganas de llorar y algo más... Náuseas. Violentas nauseas.

—Por favor, deténgase —le rogó al taxista, y devolvió bilis, de rodillas en la calle.

Pensó que se había contagiado la

misma bacteria que tenía la bebé, y entró en la farmacia más cercana para comprar el antibiótico que Nacho le recetó a Eva.

Y mientras esperaba, comenzó a pensar en eso... En la estantería estaban los test de embarazo junto a las toallas higiénicas. “Vaya ironía” se dijo. De pronto cayó en la cuenta... Sacó cuentas... Compró ambas cosas. Toallas y test, en lugar del antibiótico.

Media hora después, sonreía como una boba mirando la pequeña varita. Tomó las toallas y luego rio y las arrojó al cesto, dichosa. “No las voy a necesitar” pensó, mientras abría su notebook y reservaba un boleto en el Buquebus que partía al día siguiente.

Se acostó boca arriba en la cama y se acarició el vientre. “Una de cal, una de arena” reflexionó. Ya le había pasado antes, que un momento de angustia precediera a otro de felicidad total. La luz al final del túnel, las piezas de un rompecabezas que de pronto encajan, la vida que late y se sobrepone al dolor.

No podría olvidarlo mientras viviera...



\*\*\*\*\*

*Jueves*

*Hoy dejé de ser la que era  
porque luego de una tristeza grande,*

*ocurrió lo mejor de mi vida. Le di a Nacho mi primera vez y supe lo que es amar con tanta fuerza que la muerte se fue volando, bien lejos de nosotros. Le di eso nada más, pero para él lo fue todo. Y le daría mi propia vida sólo por verlo sonreír...*

*La tía murió, pero los buenos recuerdos no. Y lo cierto es que yo me siento más viva que nunca.*

*Todo comenzó cuando me trajo a casa. Estábamos solos y yo me sentía tan triste... Jamás habíamos hablado del beso, pues él parecía fingir que no había sucedido, y yo estaba demasiado preocupada por mi mamá.*

*Pero hoy se abrió una puerta que espero que no se cierre más. No sé lo*

*que me pasó ni cómo me atreví a hacerlo; simplemente se lo dije. Le dije la verdad que se me escapaba por la piel así como me salió:*

*“Estoy enamorada de vos... Te deseo...”*

*Y luego sucedió. Fue algo maravilloso y torturado a la vez, pero el amor pudo más y nos olvidamos del dolor, de mis quince recién cumplidos, de las consecuencias, de la familia.*

*El pudor vino y se fue junto con la ropa, que terminó hecha un revoltijo en el suelo.*

*Nos tocamos por todos lados, sabiendo que no estaba bien, pero no podíamos evitarlo.*

*Nos amamos con dudas primero,*

*y con desesperación después. Hice cosas que nunca pensé que haría. Permití que me hiciera algunas que ni sabía que se podían.*

*Ahora sé lo que se siente cuando el verdadero amor entra en tu cuerpo y tu alma a la vez, y logra que el tiempo, el espacio y hasta la muerte desaparezcan.*

*No me voy a olvidar más de su rostro cuando por fin estalló. Y luego, cuando yo lo hice, esta vez a causa de sus manos y no las mías, con él pegado a mi cuerpo y no sólo en mi cabeza, desapareció todo, menos Nacho y yo.*

*Y el placer... Absoluto. Intenso. Total.*

*Hoy me hice mujer en manos del*

*hombre de mi vida.*

*Este diario tuvo sentido mientras fui niña, pero ahora tengo a Nacho para compartir todo lo que llevo dentro de mí. Se cierra un capítulo y se abre otro, el mejor sin duda, porque él es el protagonista.*

*Así que tengo que decirte adiós, querido Diario. A partir de ahora no tendré tiempo para escribir, pues estaré muy ocupada... viviendo.*

*Pau*

*“FINAL DEL SUPUESTO DIARIO DE PAULINA”*



\*\*\*\*\*

¿Cómo era posible que hubiese quedado embarazada? Se hizo la pregunta una y otra vez y llegó a la conclusión que se había equivocado en la toma de la píldora. ¿Error

involuntario o fue su subconsciente el que la impulsó a hacerlo? No lo sabía y tampoco le importaba.

No se comunicó con Nacho porque temía no poder resistirse a la tentación de contárselo, y quería hacerlo personalmente.

Pero con Juan sí se comunicó. Es que necesitaba saber de Eva...

*“¿Ella está bien? ¿Puedo pasar a verla?”*

Él le respondió sin siquiera intentar disimular las ganas que tenía de verla a ella.

*“Por favor vení”*

Juan vivía en una casona heredada de una tía. Su madre también había muerto y con su padre había perdido

contacto desde hacía mucho. Vivía en Suecia con su nueva familia y ni siquiera sabía que tenía una nieta.

Subsistía gracias a sus ahorros y a la pensión que Sofía le dejó a la nena, pero en cuanto le colocaran el implante, regresaría con ella a la granja y a su trabajo como maestro de música, y no volvería a la ciudad. Al menos no lo haría sin una fuerte motivación... Una tan potente como Paulina Lens.

No podía dejar de mirarla mientras ella hacía reír a su hija. Era hermosa, pero eso era solo una parte de su encanto. Tenía algo adentro que se reflejaba en la mirada, en cada gesto, en cada uno de sus movimientos.

¡Cómo para no perder la cabeza

por una mujer así! Entendía al médico por intentar apartarlo de ella de una forma tan terminante y hasta violenta. Pero ella estaba allí ahora... Era domingo y estaba en su casa, no en la de él.

Las cosas se fueron dando, no las planeó. No tenía ni la más mínima intención de hacerle saber lo que sentía, pero no puedo evitarlo.

—Ay Juan, creo que lo peor ya pasó... La veo muy bien —dijo ella, feliz.

—Así es. Ya no tiene fiebre... De todas formas el mejor momento de Eva es cuando vos estás cerca —confesó.

Y ahí Paulina sintió la necesidad de saber.

—¿Por qué no respondiste a mis mensajes? Fui al parque varias veces y tampoco estaban...

Él tragó saliva.

—Tu novio. Él me exigió que no me acercara a vos.

Los ojos de Pau se abrieron como platos.

—¡No lo puedo creer! Es un... Perdón, Juan. No sé lo que le pasa...

—¿No lo sabés? Yo sí. Está celoso porque se dio cuenta de que... — y ahí no supo cómo continuar.

—¿De qué? ¿De que estoy loca por Eva? Es un pelotudo... Va a tener que vencer esos celos porque sino se le va a poner difícil —dijo ella pensando en el bebé que latía en su vientre y que

pronto acapararía toda su atención.

—No. Está celoso de mí.

Un sexto sentido le indicó a ella que no debía seguir por ese camino.

—Una tontería. En fin...

Juan se acercó.

—No es una tontería, Pau.

—Juan... Nacho se pone celoso hasta de un pato.

—No suena muy halagador —dijo él sonriendo. —Pero resulta que yo soy bastante ganso, y la verdad es que me estoy enamorando de vos.

Ese era el punto al que Paulina no quería llegar. Desde la noche anterior sentía que la mirada de Juan era intensa y reveladora.

—Juan, no es...

—Es la verdad. Y quiero que sepas que si lo de... Si lo de ustedes no llega a funcionar, acá estoy. Me siento como un carroñero esperando tener la suerte de que quedes libre para mí... de que te enamores de mí...No puedo evitarlo, Pau.

Entonces ella sintió la necesidad de cortar por lo sano. Era mejor ahora y no después... Le dolía mucho, muchísimo. Tal vez lo que le dijera a Juan determinaría que no volviera a ver a Eva, y no quería eso por nada del mundo, pero tampoco quería que él se hiciera ilusiones sobre algo que jamás sucedería.

—Estoy embarazada.

Juan cerró los ojos, destrozado.

Cuando los abrió, Paulina ya había agarrado su bolso y estaba en la puerta.

—No quiero lastimarte.

—Este daño me lo hice yo mismo.

—Él es mi vida, Juan.

—Espero que te cuide como te merecés.

Ella puso la mano en el pestillo de la puerta.

—¿Existe alguna posibilidad de que yo siga viendo a Eva? —preguntó.

—No lo va a permitir, Pau. No va a dejar que te acerques a nosotros.

Ella se dio cuenta de que así era, y le pareció increíblemente injusto. Ya lo discutiría con Nacho llegado el momento, pero ahora tenía que alejarse para que Juan no sufriera más.

—Cualquier cosa que la nena necesite me avisás, por favor...

Él asintió.

Y Paulina sintió que estaba cerrando un capítulo en su historia, y no le gustó. No deseaba que fuese así, porque Eva se había instalado en su alma y jamás la dejaría ir, pero ahora tenía que concentrarse en su familia, en la que empezaba a formar junto a Nacho. Ya habría tiempo para convencerlo de aceptar que esa nena iba a formar parte de sus vidas como fuera.

Al otro día partió a Buenos Aires bien temprano, y sobre el mediodía arribó a puerto y se tomó un taxi.

Fue directo a la universidad, pues su intención era sorprender a Nacho con

la feliz noticia de su embarazo. Se sentía dichosa... La travesía le había causado unas leves náuseas pero fuera de eso, sentía que estaba comenzando una vida nueva. Ella y Nacho serían padres... ¡Cuando su madre y Andrés lo supieran se volverían locos!

La universidad era enorme, como todo en Buenos Aires.

Fue preguntando aquí y allá hasta que dio con el salón donde Nacho acababa de dar una clase. Se sentía tan orgullosa de él... Tenía sólo veintiocho años y ya dictaba cátedra en sus dos especialidades, Otorrinolaringología y Fono-audiología.

Lo admiraba. Lo amaba. Lo deseaba...

Ignacio no se sentía tan bien como Paulina, porque había pasado una noche de perros, y le dolía la cabeza. Había salido con unos colegas a tomar unas cervezas, pero no pudo disimular en ningún momento su malestar. La doctora Nadia Rossich, también docente en la universidad, lo notó de inmediato e intentó distraerlo pero no lo logró, y cuando lo vio irse con la cabeza baja supo que estaba sufriendo por una mujer.

Una estúpida, seguramente. Ese bombón se merecía absoluta devoción... Cualquier mujer debería estar orgullosa de tenerlo.

Esa mañana, no le pasó desapercibido que el estado de ánimo de Ignacio era similar al de la noche

anterior, así que cuando terminó la clase lo abrazó desde atrás, con más familiaridad de la habitual.

—Seguís mal...

Él se movió visiblemente incómodo, pero Nadia no lo soltó.

—Ya se me va a pasar —comentó, deseando terminar esa conversación e ir a rumiar su malhumor al hotel.

—Si hay algo que pueda hacer...

—No...—murmuró. —Me tengo que ir ya, Nadia.

—Al menos regalame una sonrisa para que no me quede preocupada... —insistió ella, melosa.

Nacho se sentía cada vez más incómodo y con muchas ganas de huir de allí, así que volvió la cabeza y trató de

sonreír para complacerla y que lo dejara en paz.

Maldita la hora en que lo hizo, porque Paulina entró en ese instante y lo vio.

Ella no podía creerlo... Una joven mujer abrazaba a Nacho, y él la miraba sonriendo.

La de Pau se marchitó en sus labios, y un grito de angustia ocupó su lugar. Ni siquiera esperó a enfrentarlo con la mirada; salió corriendo por los pasillos, ciega de dolor, intentado esquivar a las personas que se le cruzaban. Detrás de ella podía sentir los gritos de Nacho pidiéndole que se detuviera...

Salió a la calle en medio de una

lluvia intensa.

Vio los faros que se le venían encima pero ya era tarde. Pudo frenar, y por eso no la mató, pero el golpe fue lo suficientemente fuerte como para hacerla doblar sobre el capó, inerte.

Nacho lo vio todo y el mundo comenzó a dar vueltas y vueltas a su alrededor. Desde ese momento; desde el instante en que vio a Paulina caer, sintió que su vida se terminaba y en cierta forma no se equivocó, porque allí estaba, más muerto que vivo en la puerta de esa habitación de hospital, mientras la mujer que tanto amaba le gritaba que se fuera porque no quería volver a verlo.

Si eso no era morir, se le parecía

mucho...

# SEGUNDA PARTE

*...Aunque te vuelva a repetir que  
estoy muriendo día a día  
Aunque también estés  
muriendo tú, no me perdonarás  
Aunque sin ti haya llegado al  
límite de la desolación*

*Y mi cuerpo, mi mente y mi  
alma ya no tienen conexión  
Sigo muriéndome...*

*Lo dejaría todo*  
Chayanne



\*\*\*\*\*

—Es inútil lamentarse ahora.

La voz de su padre le llegó desde atrás y lo sobresaltó.

—No tengo ganas de pelear, papá.

Andrés se le puso enfrente y lo miró a los ojos.

—Yo tampoco quiero pelear. Por lo que escuché ella quiere que te vayas y lo único que me importa es preservar a Paulina, cuidarla, alejarla de todo lo que pueda hacerle daño.

—Y yo formo parte de lo que puede hacerle daño ¿no? La querés alejar de mí...

—Por un tiempo... Hasta que se sienta mejor y pueda decidir...

—¡No! No quiero, no me voy a separar de ella, papá. No me pidas eso por favor.

Andrés movió la cabeza, pero no dijo nada.

Sin embargo, alguien habló.

—¿Y si te lo pido yo?

Nacho se volvió y vio a Gaby recostada en la pared. No la había escuchado llegar pero era evidente que había presenciado la conversación.

—Gaby...

—No la había escuchado gritar así jamás, Nacho. Está sufriendo mucho y ya que no lograron... ponerse de acuerdo, creo que lo mejor es que le des un tiempo...

Las lágrimas corrían por el rostro de Nacho y él se las limpió con el dorso de la mano.

—Me estás matando, Gaby. Te juro que me matás.

—Perdoname, pero primero está el bienestar de mi hija.

—Pero estoy seguro de que mañana ella va a querer verme...

—Si eso sucede, Nacho, si ella me pide verte, creeme que voy a salir corriendo a buscarte, estés donde estés...

—Voy a estar muy cerca... No puedo alejarme de ella... Ni bien le den el alta nos volvemos a Montevideo y...

—Quedate acá, por favor. Si podés arreglar en el hospital, quedate en Buenos Aires...

—No... No, por favor...—Le agarró las manos, y le rogó, desesperado. —No quiero perder a Pau, Gaby. La amo, la adoro... No me hagas esto por favor.

—Tengo que cuidarla, Nacho.

Necesito que cure sus heridas, las del alma. Si la querés como decís, vas a entenderlo.

Él se cubrió la cara con ambas manos y se dio vuelta. Estaba destruido por completo. No tenía fuerzas para luchar, no sabía qué hacer.

No tuvo opciones.

Paulina no quiso verlo durante su estadía en el hospital, y regresó a Montevideo junto a su madre y Andrés, sin siquiera dirigirle una mirada.

Nacho tenía el corazón destrozado, y cayó en un pozo depresivo que lo tuvo fuera de combate durante una semana. No salió del hotel; comió lo que tenía en frigobar, y durmió casi todo el día. Por las noches, recordaba, se

torturaba, sufría...

Le mandó decenas de mensajes, pero no sospechaba que ella lo había bloqueado y no recibió ninguno.

Casi enloqueció de dolor, y se obligó a volverse medianamente funcional sólo por la esperanza de poder reconquistarla. Retomó las clases en la universidad, pero sus ojos habían perdido el brillo de siempre.

Mientras tanto, Paulina lo estaba pasando tan mal como él, pero lo disimulaba para no preocupar a su madre.

Cuando se encontró repuesta, volvió al restaurante a trabajar y retomó la Facultad de Psicología para trabajar en su tesis de graduación.

Una tarde salió a caminar y vio a Juan leyendo en la plaza. Eva dormía en su cochecito, a su lado.

Se acercó...

—Con este maravilloso sol esa nena debería estar jugando, no durmiendo...

Juan levantó el rostro y los ojos le brillaron.

—Pau...

—¿Cómo va todo? ¿Lograste encontrar a un médico que pueda ayudarte? —le preguntó sentándose junto a él.

—No. Aún no... Estoy pensando en desistir y hacer que le coloquen el implante tradicional; el que tenés vos —le respondió intentando serenarse, pero

lo cierto es que la presencia de Paulina lo turbaba demasiado.

—Aún hay tiempo... Dejame que te ayude.

—No sé cómo podrías...

—Yo tampoco, pero voy a buscar la forma, Juan. ¿Se curó bien de la infección en la garganta? —preguntó.

—Está perfecta. Mirá, se está despertando...

Cuando Eva vio a Paulina sonrió y le tendió los brazos.

—Hola mi cielo... —murmuró ella mientras la besaba una y otra vez. —Te extrañé tanto pero tanto...

Juan también sonrió.

—Una vez te dije que serías una estupenda mamá, y no me equivoqué.

Paulina se quedó paralizada.

—Sí te equivocaste —replicó, tensa. —Perdí al bebé y no voy a poder embarazarme otra vez.

—¿Qué?

Le contó todo lo que había sucedido, y cuando terminó, Juan la abrazó. No había deseo en su gesto sino una ternura infinita.

—Lo siento tanto, Pau.

Ella se secó las lágrimas y miró a Eva.

—Dios sabe por qué sucede lo que sucede —murmuró.

“Me gustaría creerlo” se dijo Juan. “Me gustaría pensar que todo pasa por algo, pero en este momento no puedo”.

—Pau... La semana que viene tengo que hacerme unos exámenes de rutina. Me los hago cada seis meses y me gustaría saber si quisieras quedarte con Eva ese día. Por supuesto, si estás ocupada no tenés que hacerlo; la dejo con los padres de Sofía que están en Montevideo ahora —le explicó.

—¡Por supuesto que me quedo con ella! Quiero y puedo, Juan. ¿Es complicado lo que te van a hacer?

—No, estoy acostumbrado.

Por un rato se quedaron los tres con la cara vuelta al sol, disfrutando de su cálida caricia. Y luego Paulina abrió los ojos y preguntó.

—¿Alguien quiere plantillas con dulce de leche?

\*\*\*\*\*

Los días fueron pasando, pero el dolor no. Estaba siempre presente, agazapado, esperando para atacar su corazón.

Hacía lo que tenía que hacer como un autómeta. En una ocasión regresó a Montevideo para arreglar cuentas con el hospital, pero no se cruzó con Paulina a pesar de todos sus intentos de que así fuera.

No estaba en el departamento de ambos, y tampoco en el de Gaby.

—¿Cómo está, Mecha? —le preguntó a la empleada sin poder contenerse, aprovechando que estaban solos.

—Está bien. Esperemos que siga así, Nacho. Andate antes de que vuelva...

Era evidente que le habían dado claras instrucciones de qué hacer si él se presentaba.

Volvió a Buenos Aires con el corazón sangrando, y el cuerpo carcomido por las ganas de tenerla. La amaba con desesperación, y la deseaba de forma enfermiza.

Su única certeza era el saber que hiciera lo que hiciera, jamás la olvidaría.

Mientras tanto, Paulina pasaba los días con Eva y Juan, y las noches prendida a su recuerdo. Miles de imágenes pasaban por su mente cuando intentaba dormir... El primer beso... La primera vez... Ellos haciendo el amor en el pequeño departamento de Nacho, en la azotea, en la iglesia... “Infinita tú” en su dormitorio de niña, cantada en lenguaje de señas... Sus nombres

tatutados en sus cuerpos, y también en sus almas...

No podía resistirlo y en más de una ocasión se sintió tentada de enviarle un mensaje pero se contuvo. No podía olvidar la sonrisa de Nacho mientras lo abrazaba aquella mujer.

Pero lo que más la torturaba era el pensar en lo que le había costado esa sonrisa.

Se concentró en Eva, y la ternura que esa nena le despertaba. La disfrutó cada día, y se ocupó de buscar en internet información que pudiese ayudar a Juan a cumplir su sueño.

Juan...

Era un gran amigo, pero Pau era consciente de que estaba enamorado de

ella. Debía andar con cuidado para no alentarle, pero tampoco quería lastimarlo. Tenía la certeza absoluta de que jamás volvería a enamorarse ni de él, ni de nadie.

No era un estúpido sentido de pertenencia; era amor, el amor más grande del mundo, pero no podía concretarse.

Sacudió la cabeza, frustrada. No debía pensar en él... Lo logró porque la puerta se abrió y entró Juan.

Paulina se asustó cuando lo vio. Estaba pálido, y tenía grandes ojeras.

—¿Qué pasó?

Él pasó por delante de ella, y se derrumbó en el sofá con la cabeza entre las manos.

—Volvió. El cáncer. Otra vez.

Paulina se tapó la boca, aterrada. Los pensamientos se sucedían en su mente y no atinaba a nada. Finalmente se acercó a él y lo abrazó.

—Vas a luchar y lo vas a vencer. Y yo voy a estar contigo en todo momento —le dijo.

Juan la miró a los ojos.

—Voy a luchar por Eva. No tengo mucho tiempo y no quiero pasármelo en una cama, debilitado. Lo que voy a hacer, Pau, es estar fuerte para ella, y hacer que le pongan el implante cuanto antes —murmuró.

—¿Estás seguro?

—Sí. No me garantizan que el tratamiento funcione, así que es una

decisión tomada. Nada de quimio esta vez...

—Juan...

—No me queda mucho, Pau. Me duele no haber logrado lo que quería con respecto al implante, pero más me duele tener que dejarla en manos de sus abuelos... Ellos son distintos —se lamentó.

—¿Qué querés decir?

Juan se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Tienen mucha plata. No aprobaban nuestro estilo de vida... No querían que Sofi y yo nos casáramos. Son muy superficiales y odio la idea de que mi hija se críe en su casa —le confesó.

Paulina lo consoló como pudo.

—No pienses en eso. No va a ser necesario...

—Soy realista. Si pudiese optar a quien legarle lo máspreciado que tengo, sabés que serías vos la elegida.

Ella pestañeó rápidamente.

—¿Yo?

—¿No te gustaría?

—Sí, pero...

—Ya sé. La ley los prioriza a ellos, Pau. Vos ni siquiera estás casada como para solicitar su adopción —le dijo, suspirando. —¡Carajo! ¿Por qué tiene que pasar esto, Dios mío?

Paulina no lo sabía, nadie lo sabía. Le parecía tremendamente injusto lo que estaba sucediendo y tenía muchas

ganas de llorar.

Cuando llegó a su casa le contó a Gaby. Volcó todo su dolor en los brazos de su madre, como siempre. Le habló de sus miedos, y de las enormes ganas de ser la mamá de Eva si a Juan le pasaba algo.

Gaby la escuchó, la consoló... Y luego se puso de pie y se acercó a la biblioteca.

—A ver... Aquí está. Es ficción, pero tal vez pueda ayudar...—murmuró mientras tomaba un libro y lo hojeaba.

—¿Qué es? —preguntó Pau intrigada.

—“Entrégate”. Es una novela que leí hace años... El protagonista estaba desahuciado y para que le dieran la

custodia de su hija a su novia, se casó con ella. Bueno, sin saberlo eso también logró que la autorizaran a donarle un riñón, pero...

—¡Mamá! ¿Me estás sugiriendo que me case con Juan? —preguntó asombrada.

—Paulina, es una novela romántica. No tengo ni idea de si esto...

Pero ella ya no la escuchaba. Estaba como loca buscando información en internet.

—¿Cómo es el apellido de tu abogado, mami? Franco no sé qué. Dame su número por favor.

Gaby se lo dio sin dudarlo. Era la primera vez desde el accidente que su hija se veía tan entusiasmada. La

observó escribirle a Ferrero y pensó que a veces la realidad superaba a la ficción.

Increíble... Pero cierto. Tan cierto como que su hermosa hija estaba regresando a la vida.

—¿Entonces si vos y yo nos casamos podrían darte la custodia?

—Me lo confirmó el abogado. La voluntad del padre y el parentesco legal me dan una chance, Juan.

—No puedo creerlo...

—Es así. Entonces ¿nos vamos a casar o no? Vos sos viudo, yo soy soltera... No hay nada que lo impida. La cuestión es si de verdad querés hacerlo

—le dijo.

Juan sonrió.

—¿Te queda alguna duda, Pau?

Ella lo miró a los ojos.

—Juan, tenemos que dejar algunas cosas en claro...

—Supongo que tienen que ver con... tus deberes de esposa.

Ella asintió.

—Sí.

—No te preocupes. Estaría loco si te exigiera algo, Paulina. Loco o idiota, pero no lo soy. Sólo tengo cáncer —le dijo sonriendo, y muy a su pesar ella rio. Era tan bizarro sonreír luego de decir la palabra “cáncer” pero así era la vida. De alguna forma siempre ganaba.

—Juan, no es por tu enfermedad.

Es por...—comenzó a decir pero luego se interrumpió. ¿Cómo iba a hablarle de su amor por Nacho? No quería hacerle daño.

—Ya sé por qué es, y no vamos a hacer nada que vos no desees, ya te lo dije. Mi agradecimiento hacia vos es infinito...

“Infinito...” pensó Paulina. En su vientre llevaba el nombre de Nacho junto al conocido símbolo. Hacía dos meses tenía otra cosa en su vientre también. Otra cosita... Algo que ya nunca más tendría.

Estaba convencida de que Eva había llegado a su vida para resarcirla de ese dolor, y que a su vez ella estaba en la de la nena, para compensarla de la

posible pérdida de su padre. Ojalá nunca sucediera, pero había grandes chances de que así fuera...

No quería ni pensarlo.

Ahora no era el momento de preocuparse sino de ocuparse, se dijo. Había llegado la hora de dejar su depresión de lado y mirar hacia adelante, pero no demasiado.

“La depresión es un exceso de pasado y la angustia es un exceso de futuro” recordó. Tenía que encontrar el equilibrio, y la forma de mantenerse en el presente, porque era en él que estaban Eva y Juan.

Y en el pasado estaba Nacho.

Su recuerdo la hizo estremecer... Cada vez que pensaba en él, su cuerpo

respondía. Intentaba ahogar sus deseos pensando en que la había traicionado, pero lo cierto es que la imagen de Nacho sonriendo entre los brazos de aquella mujer se le iba tornando difusa. Ya no estaba segura de nada... ¿Sería tan grave como le pareció en su momento? Era un abrazo... Pero esa sonrisa debió ser para ella, sólo para ella. Se aferraba a la idea de que a pesar de todo, no podía condenar a Nacho a renunciar a la paternidad, y eso generalmente bastaba para calmar ese cosquilleo que le nacía entre las piernas e irradiaba todo su cuerpo.

Por las noches era tan intenso que no la dejaba dormir... Y cuando no podía más, bajaba la mano bajo la

sábana y buscaba alivio. Pero eso la conducía siempre al mismo sitio: Ignacio Otero.

A él le encantaba masturbarla como lo había hecho la primera vez que estuvieron juntos. Paulina estaba satisfecha y feliz por el hecho de haberlo tenido dentro de su cuerpo, y haberle dado a él tanto placer era suficiente para ella. Cuando Nacho se sentó y la obligó a situarse entre sus piernas no sospechaba que la tocaría de esa forma... ¿Cómo supo qué hacer, dónde acariciar? Encontró el punto exacto y lo frotó hasta que ella estalló. La hizo acabar otra vez de esa manera, y cuando la escuchó gritar, le introdujo los dedos de la otra mano bien adentro...

Los sacó momentos después manchados de sangre y Paulina se sintió avergonzada, pero Nacho sonrió maravillado. Le dijo que la amaba, la acunó en sus brazos y luego volvió a penetrarla, situándola boca abajo en el sofá. Esa vez fue más lento y ella logró llegar al orgasmo segundos antes que él.

Desafortunadamente en esa ocasión no logró contenerse y acabar afuera, así que pasaron la siguiente semana angustiados, rogando para que no sucediera lo que tanto temían.

Por Dios... Ojalá hubiese quedado embarazada en aquel momento. No tenía la edad, pero sí el amor. Y ahora no tenía nada...

Contuvo el sollozo que se

escapaba de su garganta, y haciendo un gran esfuerzo para no pensar en Nacho, se preparó para esta nueva etapa que iba a comenzar junto a Juan y Eva.



\*\*\*\*\*

Dos meses después, Ignacio terminaba el compromiso asumido en la Universidad de Buenos Aires y regresaba a Montevideo.

El que volvió, no era el mismo

que el que se fue seis meses antes. La sonrisa que lo caracterizaba había muerto, y en su lugar había un rictus de angustia que no podía disimular.

Mientras viajaba en el Buquebus se imaginaba como sería el reencuentro con Paulina... Porque sin dudas lo habría; era imposible imaginar que ella iba a esquivarlo eternamente. Esperaba que sus heridas hubiesen sanado y poder recuperarla, y esa ilusión es lo que lo mantuvo en pie esos cuatro meses que estuvo lejos de ella.

Tenía que reconquistarla porque sino se iba a morir de tristeza. Y de deseo...

Tragó saliva y se revolvió incómodo en el asiento. Cada día le

resultaba más difícil ignorar lo que su cuerpo le pedía. Lo mejor y lo peor de todo es que esas ganas estaban asociadas a ella, y solamente a ella. No concebía tocar a otra mujer, no podía imaginar estar dentro de otra que no fuese Pau.

Tatuada en su alma, así la sentía, pero su cuerpo la necesitaba en su cama.

No... No podía resignarse a no tenerla más. Iba a hacer lo que fuese por ella, estaba decidido a derribar cualquier obstáculo, incluso a su propio padre.

Esperaba no encontrárselo antes de verla, para no tener una discusión. Se fue directo a su antiguo departamento deseando que Pau estuviese allí...

Su deseo se cumplió.

Ella salía de la habitación cuando él entraba a la sala. Llevaba una pequeña maleta en la mano y cuando lo vio, la dejó caer al suelo sin poder evitarlo.

Se miraron sin decir nada durante interminables segundos. Era tal la tensión que había entre ellos que sólo se podía escuchar el latido de sus corazones y sus respiraciones aceleradas.

—Pau... —murmuró él con un hilo de voz. Miles de sensaciones se apoderaron de su cuerpo, y la cabeza comenzó a darle vueltas. No podía creer que podía sentirse así de mareado sólo por estar en la misma habitación que

ella. Inspiró profundo e intentó controlarse, pero lo cierto es que había quedado en estado de shock al verla.

Paulina no estaba mejor que él... Había quedado muda. Pestañeaba una y otra vez, como si una luz la cegara... Y así era. Fue verlo y morirse de amor y de deseo. Tenía unas ganas locas de correr a sus brazos y besarlo, tocarlo... Imágenes de Nacho desnudo se le cruzaron por la mente y en su sexo se formó una hoguera.

Pero no podía ceder a la tentación.

Y no podía hacerlo, entre otras cosas, porque acababa de casarse con Juan.

No había sido una decisión

precipitada sino una muy meditada. Ese casamiento casi secreto, le costó que Andrés no le hablara durante una semana cuando se enteró de lo que iba a hacer. “Es una locura, una completa locura” le dijo, pero Paulina estaba determinada a adoptar a Eva si a su padre le pasaba algo. No le dijo eso, sin embargo. La única que sabía que el matrimonio con Juan era un arreglo, era Gaby.

Habían decidido hacerle creer a todos que se casaba con él porque estaba enamorada, pues Juan temía que sus suegros pudiesen interponer algún recurso que hiciera fracasar los planes que tenían. Si descubrían que el matrimonio era falso, Paulina perdería toda posibilidad de quedarse con Eva.

Así que soportó el enojo de Andrés, que por primera vez pareció solidarizarse con su hijo. “No te casaste con Nacho y ahora lo hacés con un desconocido... Al final resulta que era verdad que lo de ustedes no era muy sólido, y yo tenía razón” le espetó, furioso, pero ella no le confesó la verdad. Y trató de no pensar en lo que diría Nacho cuando se enterase... Porque seguro que Andrés se lo diría.

Y mientras lo miraba con los ojos como platos, intentaba adivinar si Nacho sabía que esa mañana Juan Ledesma y ella se habían casado.

—Hola... —dijo él al ver que Pau no emitía palabra.

Finalmente ella reaccionó.

—Hola, Nacho —Su voz sonó insegura y grave. Es que tenía un nudo en la garganta.

—Estoy... Estoy hecho un estúpido. No sé qué decir...

—No digas nada.

—Es que lo siento todo, Pau. No cambió absolutamente nada...—le dijo conmovido.

—Basta, por favor.

—¿No lo sentís? Me estoy muriendo, mi amor. Te amo más que nunca...

—No hables más...—le rogó mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—Sí que lo sentís...—afirmó él, maravillado, al tiempo que se acercaba.

Paulina retrocedió, aterrada.

—No te acerques, Nacho. Yo ya me voy...—comenzó a decir mientras se inclinaba para agarrar su valija.

Y recién ahí, él la notó.

—¿Te vas de viaje? —preguntó con el ceño fruncido.

Paulina inspiró profundo y respondió:

—No. Me estoy mudando...

Nacho estaba confuso. Nadie sabía que él volvería ese día... ¿Por qué se estaba mudando justo en ese momento?

—¿Adónde? —preguntó casi en un susurro porque adivinaba que la respuesta no le iba a gustar nada.

Y cuando Paulina se lo dijo, se le

vino el mundo abajo.

Retrocedió uno, dos, tres pasos. Cuando su espalda tocó la puerta las piernas dejaron de sostenerlo y se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo con las rodillas contra su pecho y el rostro bañado en lágrimas. Se agarró la cabeza y ya no intentó disimular su dolor. Sollozó como un niño, mientras ella, de pie, también lloraba.

—Te...casaste...con... él — musitó, loco de dolor. —Te casaste con...

No pudo decir más, porque las fuerzas lo abandonaron.

Ella le respondió llorando.

—Perdoname... Yo...—Y de pronto recordó que tenía que mantener la mentira a resguardo para proteger a Eva. —Lo nuestro terminó hace meses, Nacho. Soy una... Era una mujer libre así que...

—¡No! —gritó él poniéndose de pie. El dolor había dado paso a una furia ciega y devastadora. —¡Vos no eras una mujer libre! ¡Eras mía!

Ahora la que retrocedió fue Paulina, asustada, mientras él se acercaba con el rostro congestionado y los puños apretados.

—¡Sos mía! —continuó él fuera de sí. —¡Mirá!— Se abrió la camisa haciendo que los botones saltaran, y se golpeó el pecho donde tenía el tatuaje



lo ames. Y en la puta vida voy a tolerar el perderte...

Y sin poder contenerse la apoyó contra la pared como si fuese una muñeca, y la besó con la misma ansiedad que la primera vez, en ese mismo lugar.

Paulina no sabía lo que hacía... No tenía control sobre sus actos, no era dueña de su voluntad. Ni bien sintió los labios de Nacho sobre los suyos abrió la boca, y sus lenguas se enredaron con desesperación. Le echó los brazos al cuello y se besaron una y otra vez, igual que aquel día en que si no fuese por Gaby, ellos se hubiesen rendido a la pasión, a las ganas que se tenían desde siempre.

Ahora no era Gaby la que se interpuso entre ellos y sus deseos, sino la férrea, la inquebrantable moral de Paulina, que con un sollozo ahogado le puso las manos en el pecho y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Basta!

—No...—murmuró él intentando retomar el contacto pero ella no se lo permitió.

—Te dije que no.

—Cosa hermosa... Vos también querés. No me olvidaste...—le dijo, aunque no se sentía convencido del todo. El deseo era inconfundible, pero no sabía si había amor en ese beso.

—Estoy casada con Juan Ledesma, y te pido por favor que

respètes eso —le dijo, firme.

—¿Que respète eso? ¿Querés que me resigne y te entregue? ¡Nunca lo voy a hacer!

—No me podés entregar porque hace cuatro meses me perdiste.

—No te creo... Te volviste loca por una estupidez y así fue que pasó lo que pasó.

—¿Es mi culpa ahora? ¿Así que yo tengo la culpa de haber perdido a mi bebé?

—Nuestro, Paulina. Nuestro — repitió él, con los dientes apretados. — Pero parece que te consolaste rápido con otro bebé y otro tipo... ¿O ya lo tenías de antes? Decime ¿qué opina Ledesma de que lleves tatuado mi

nombre ahí abajo? —le preguntó con los ojos brillantes.

Paulina se secó las lágrimas y lo miró a los ojos cuando le dijo:

—Sos un sádico hijo de puta.

Y luego tomó la valija y salió corriendo de allí.

\*\*\*\*\*

Fue un mes interminable para Paulina. Primero porque Juan no se sintió nada bien, y segundo porque no podía soportar que Nacho estuviese tan

cerca, y tan lejos a la vez.

Sufría lo indecible recordando la discusión que tuvieron en su antiguo departamento, y sabía que no podía olvidar jamás la expresión del rostro de Nacho cuando ella le confesó que se había casado con Juan. Parecía experimentar un dolor tan inmenso que lo traspasaba... Cuando se abrió la camisa y se golpeó el tatuaje, Paulina sintió que se moría. Estuvo a muy poco de olvidarse de que era una mujer casada, desnudarlo por completo y fundirse en su cuerpo. Se contuvo por Juan, pero también por Eva...

Adoraba a esa criatura. Sentía una enorme conexión con ella, y era su única fuente de alegría en esos días tan

difíciles. Esperaba que la intervención que tenían programada para la siguiente semana fuera exitosa y Eva pudiese adquirir el lenguaje de forma natural. Lamentaba no poder cumplir el sueño de Juan de darle a su hija la posibilidad de disfrutar de lo que más amaba: la música. Pero dadas las circunstancias, el implante coclear colocado en etapas tempranas iba a facilitar muchísimo el correcto desarrollo de Eva.

Los días de Paulina no habían tenido demasiados cambios pues seguía yendo al restaurante y a la Facultad. Estaba preparando su tesis de graduación y debía ver a su tutor con frecuencia. Lo que había cambiado eran sus noches... Jugaba con Eva, la

bañaba, le daba de comer, la hacía dormir.

Y luego conversaba con Juan hasta bien entrada la madrugada. Hablaban de todo menos del cáncer y el dolor, pero ella lo observaba con disimulo y se daba cuenta de que sufría severos dolores de cabeza.

Él se comportaba siempre como un caballero, pero Paulina notaba la intensidad con la que la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta. Ese era otro tema prohibido... Ninguno de los dos quería hablar de lo que él sentía porque sabían que sólo podría traerles sufrimiento. Y lo que menos necesitaba Juan en ese momento era sufrir más.

Era muy valiente. Su tumor no era

operable, y a pesar de que cumplía regularmente con las visitas al médico y tomaba lo que le habían recetado, no quiso someterse nuevamente a quimioterapia.

No le habían garantizado su efectividad en este caso, y no quería que su calidad de vida se deteriorara antes de que Eva se sometiera a su intervención.

Una noche, Paulina despertó de pronto con una rara sensación y salió despacio de la habitación que compartía con Eva.

En la sala estaba Juan, con la frente apoyada en el vidrio de la ventana. Llovía muy fuerte, y él tenía lágrimas en sus mejillas.

Ella se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Juan...

Él levantó la mirada. Tenía los ojos nublados por el llanto.

—No quiero morirme, Pau.

Esa declaración la impactó tanto que rompió a llorar igual que él.

—No... No te vas a... morir. Juan, tenés que luchar...

Quería infundirle ánimo pero no lo estaba logrando.

—¿Para qué? No hay esperanza para mí. Pero no quiero dejar a Eva, y no quiero separarme de vos...

Ella le lo abrazó, conmovida. No sabía qué decirle ni qué hacer... No quería alentarle porque no podía

corresponderle, pero le daba tanta pena verlo así...

Juan lloró entre los brazos de Paulina hasta que no le quedaron lágrimas, y luego le besó la frente y se fue tambaleante a su habitación.

Ella pasó la noche en vela y el día angustiada. Quería ayudar a Juan pero no sabía cómo. Cuando llegó a su casa ya era bastante tarde y la nena estaba dormida.

Lo primero que hizo fue entrar a su habitación y besarle la frente.

—Mi chiquita... —murmuró acariciándole los rubios rizos. Y cuando levantó la cabeza vio a Juan apoyado en el marco de la puerta, mirándola.

—Hola... ¿Cómo pasaste hoy?

Él sonrió y se acercó.

—Parece que el desahogo de anoche sirvió porque hoy pasé mejor. ¿Y vos?

—Bien...

Hablaban muy bajito para no despertar a la nena. Por un momento se quedaron en silencio pero después Juan levantó la mano y le acarició el rostro lentamente. Cuando llegó a la barbilla, la levantó obligándola a mirarlo a los ojos.

—Te quiero —le dijo.

Ella se sintió tentada a decirle lo mismo pero se contuvo. No era mentira, lo quería, pero no era la misma clase de amor que él experimentaba.

Se sintió muy mal por no

amarlo... ¿Por qué no podía hacerlo? No era por su enfermedad, ni por el miedo a sufrir si él moría, porque estaba segura de que ese dolor no lo podría evitar, lo amara o no. Tampoco por era su aspecto... Juan era muy atractivo con su cabello oscuro y los ojos del color del cielo, idénticos a los de Eva. La enfermedad no había hecho grandes estragos en su cuerpo atlético... Si bien estaba más delgado que cuando lo conoció, con esa estatura y su amplia espalda podría ser el sueño de cualquier mujer.

Paulina se preguntó si podía llegar a darle lo que a las claras estaba deseando esa noche, a juzgar por cómo la estaba acariciando.

Cuando Juan se inclinó y la besó, ella no se resistió. Intentó pensar en lo guapo que era, pero eso no fue suficiente para lograr que disfrutara de lo que estaba sucediendo. Se obligó a recordar que estaba enfermo, y que el corresponderle sería un acto piadoso que le alegraría muchísimo la vida, pero tampoco alcanzó. Finalmente se encontró imaginando que era la boca de Nacho la que estaba sobre la suya y con la lengua la apremiaba a abrirla.

Lo logró... Lo dejó entrar.

Con los ojos cerrados fingía que estaba con el único hombre al que había amado y seguramente lo haría siempre.

Le echó los brazos al cuello y pudo sentir la firme erección contra su

vientre, pero como seguía con la fantasía de que estaba con Nacho y no con Juan, no se apartó. Tampoco lo hizo cuando él la obligó a retroceder hasta la cama y la recostó allí.

La besaba con desesperación, y Paulina pensó que tal vez podría seguir adelante pero cometió un error fatal: cuando él se incorporó para sacarse la camiseta, ella abrió los ojos...

Juan se veía hermoso con los músculos abdominales bien marcados y un hilo de vello oscuro que partía de su ombligo y se perdía en sus jeans. Estaba...impresionante, tenía que reconocerlo.

El único problema era que no era Nacho.

Tan simple y tan complejo a la vez...

Cuando él se inclinó buscándole la boca, ella lo rechazó.

—Esperá...Juan, por favor... Perdoname.

Él cerró los ojos y luego se recostó de espaldas en la cama, a su lado.

—Está bien... Era demasiado bello para ser cierto —murmuró y a ella eso le dolió como una patada en el estómago. ¿Qué clase de hija de puta le niega a un hombre enfermo un poco de amor?

“Una que está enamorada de otro” se dijo con amargura.

—Pensé que podía pero... ¡Soy

una estúpida! —exclamó furiosa consigo misma.

—No digas eso. Nadie le dice estúpida a la mujer que amo, ni siquiera ella misma —le dijo él volviendo el rostro, mientras intentaba sonreír.

—No me ames, por favor... No me lo merezco —le rogó.

—Sos perfecta, Pau. ¿Cómo no amarte?

—¿Perfecta? Soy sorda y encima no puedo tener hijos.... No sé por qué me querés —dijo ella en un susurro.

—Por el mismo motivo que Otero se muere por vos...

Ella inspiró profundo, impactada.

—No creo que...

—Pau, yo vi cómo te miraba la

noche en que Eva se enfermó... Y me siento un egoísta de mierda porque sé que vos sentís lo mismo y yo te estoy privando del amor, pero lo cierto es que el remordimiento se me pasa cuando pienso en Eva... —confesó avergonzado.

—Tal vez antes me quería, pero yo lo vi en brazos de otra mujer. Ah, Juan... No hablemos de él, no me parece correcto...—le pidió.

—Está bien. Pero déjame decirte una sola cosa más: cuando yo no esté, quiero que vuelvas con él... Prometemelo Pau, por favor...

—Juan... Falta mucho para eso, si es que alguna vez sucede. No creo que Nacho continúe disponible siendo tan...

—se interrumpió cuando se dio cuenta de que iba a decir algo inconveniente.

—¿Tan qué? ¿Tan atractivo? —inquirió Juan. No había ni un atisbo de celos en su voz, porque sabía disimularlo bien, pero lo cierto es que le dolía mucho.

—Iba a decir tan... sexual, en realidad. Si no tiene ya a alguien que lo consuele, pronto lo tendrá. No va a esperarme tanto tiempo, y no quiero hablar más de esto, Juan. Vos no te vas a morir, y él va a hacer su vida sin mí —le dijo sentándose en la cama.

—No lo va a hacer nunca, Paulina.

—¿Cómo sabés? —le preguntó mirándolo asombrada.

—Porque sé lo que siente. Porque yo también lo siento. Porque no existen dos Paulina Lens en este mundo —le dijo con una sonrisa que a ella le llegó al corazón. —Me duele que no me quieras, pero aun así quiero que me prometas que cuando yo me vaya, vas a volver con él...

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Entrelazó su mano con la de Juan y luego le dijo:

—Te prometo ser feliz.

Y para él, eso fue más que suficiente.

\*\*\*\*\*

Lo primero que había hecho el día que supo que Paulina se había casado con Juan Ledesma, había sido ir al restaurante a increpar a su padre. Pero

para su sorpresa, Andrés estaba tan indignado como él por la decisión de Pau.

—Yo quería avisarte pero Gaby no me dejó —le explicó algo avergonzado. —Ella apoya a Pau en este precipitado matrimonio que no termino de entender...

Nacho se sintió completamente abrumado.

Intentó hablar con Gaby pero ella se mostró hermética.

—Lo siento, Nacho. Paulina es grande y sabe lo que hace.

Se desesperó... Y luego cayó en un profundo pozo depresivo, más profundo aún que el anterior en Buenos Aires.

No retomó sus tareas en el hospital, sino que se fue a Araminda, la cabaña que la familia tenía en la playa.

Por un largo mes no habló con nadie, ni vio a nadie. Después volvió a Montevideo y comenzó a trabajar, pero nunca volvió a ser el de antes. Ahora no sólo era un hombre serio y taciturno, sino también era frío y parecía siempre hastiado de todo y de todos. Incluso de la propia familia...

Explotó cuando volvió a ver a Gaby y a su padre. Ellos lo habían invitado a desayunar, y accedió por inercia, más que nada.

Todo iba bien hasta que Gaby se puso de pie y fue a buscar algo a la cocina. Como estaba demasiado alto

para ella, Andrés fue a ayudarla.

Nacho los estaba observando y vio cómo su padre le pasaba la mano por el culo a su mujer, y luego ella le sonreía. Apartó la vista, pero eso le cayó muy mal. Era envidia, y de la mala, de la que venía con un toque de rencor.

Pero lo peor no fue eso... Lo peor vino después.

Gabriela había ido al baño, y Andrés estaba haciendo más tostadas. Y de pronto se puso a tararear “Infinita tú”.

Era el tema de Chayanne que habían “cantado a dúo” para Pau hacía casi diez años...

Nacho se quedó paralizado. Por su mente pasaron cientos de imágenes

perturbadoras... Pau en su cama de niña, llorando emocionada. El símbolo de “infinito” tatuado en su vientre junto a su nombre. Ellos dos juntos, en la cama, boca con boca, los cuerpos pegados, las almas profundamente conectadas...

No pudo soportarlo más. Se puso de pie, furioso, y en su arrebató barrió con su taza y platillo, que se cayeron al piso.

Andrés se volvió, asombrado y vio a su hijo con cara de loco y los puños apretados respirando con dificultad.

—¿Qué te pasa?

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué?

—Te ponés a tararear el tema que

le cantamos a Pau aquella vez... Me obligaste a dejarla ir, y ahora la perdí. ¡La perdí por tu culpa! —le gritó fuera de sí.

—Ignacio, por favor, no me di cuenta de...

—Me alejaste de ella y ahora me estoy muriendo —le reclamó llorando.

Gabriela entró en la sala frunciendo el ceño. Había escuchado todo desde el baño.

—Basta, Nacho. Yo te pedí que te alejaras de Pau... Ella estaba muy mal y no me arrepiento.

Nacho la miró por un instante y luego replicó.

—A vos no tengo nada que reclamarte. Se lo reclamo a él que es mi

padre y me arruinó la vida...

El silencio no era absoluto, pues los sollozos de Nacho lo rompían. Era desgarrador ver a un hombre de veintiocho años llorando como un niño, pero ni Gaby ni Andrés sabían qué hacer.

—Nacho... No fue Andrés quien te arruinó la vida. Todo esto pasó porque vos lo propiciaste —le dijo Gaby, seria.

—¿Yo? No sé qué te dijo Pau pero te juro que yo no la engañé, Gaby. ¡Ella vio un gesto amistoso y lo malinterpretó! —se defendió.

—No me refiero a eso. Esto pasó antes... Esto pasó cuando vos ignoraste lo que a ella le importaba —replicó

Gabriela.

—¿Qué?

—Pau estaba loca por la chiquita... Te pidió que ayudaras a su padre, y vos no te lo tomaste en serio. No te interesó algo que para mi hija era importante. Te alejamos de ella, pero vos hiciste otro tanto cuando intentaste apartarla de Eva —le dijo Gaby sin ánimo de reproche, pero sí con la intención de hacerlo reflexionar.

Nacho la miraba atónito. No podía creer lo que escuchaba... ¿Él había tenido la culpa de que la mujer de su vida se hubiese casado con otro?

—Es absurdo... ¿Me estás diciendo que Pau se casó con ese tipo porque yo intenté que se olvidara de su

hija?

Gaby sacudió la cabeza, y se fue a su habitación porque sentía que estaba a punto de llorar. Le dolía muchísimo ver sufrir a Nacho y no poder explicarle las motivaciones de Pau para casarse con Juan. Ni siquiera Andrés las sabía...

No podía decirles nada porque pondría en peligro la única posibilidad que su hija tenía de quedarse con Eva si Juan se moría. Así lo habían acordado con Pau, y ella iba a respetar el trato como fuera.

Padre e hijo se quedaron solos y ahí fue que intervino Andrés.

—Lo que Gaby quiso decirte es que al intentar alejarlos los acercaste más. ¿No te das cuenta de que Paulina se

sintió identificada con la nena? ¿Intentaste ayudarla, al menos? No, no lo hiciste. Eso precipitó las cosas, Nacho. Asumilo —le dijo su padre, serio.

—¿O sea que ella se enamoró del padre porque primero se enamoró de la hija? ¿Vos creés que soy estúpido? —preguntó Nacho, aún alterado, pues sentía que su padre se estaba burlando de él.

—No hay nada que una más a la gente que el amor por un niño. Y más si esa criatura está indefensa por una discapacidad, como Eva. La identificación, la empatía, pueden ser tan potentes como el amor —le explicó Andrés, conmovido hasta las lágrimas. —Y sé de lo que te hablo porque a mí

me pasó, Nacho. Yo ya estaba enamorado de Gaby, pero conocer a Paulina fue definitivamente lo que me hizo luchar por este amor... La nena era sorda, como lo había sido yo. Era encantadora, igual que lo es Eva... Fue inevitable.

Nacho tragó saliva. Había comenzado a entender, pero eso lo angustiaba más aún.

—Yo me cavé mi propia fosa... ¿Es eso? Yo la perdí por ignorar sus necesidades, sus intereses...

—En parte sí, Nacho.

—Paulina quería quedar embarazada enseguida y yo quise postergarlo. Quería acompañarme a Buenos Aires y yo insistí para que se

quedara... Intentó que ayudara a esa nena y yo... —no pudo continuar porque un nudo en la garganta se lo impidió. — Ella no puede embarazarse por mi culpa... Se casó con otro por mi culpa... Me quiero morir, papá...

—No digas eso...

—¿Y qué mierda querés que haga? ¡No voy a poder olvidarla! No concibo la vida sin ella y nunca la voy a dejar de amar —confesó. Estaba destrozado por dentro y ya no quería seguir hablando.

No dejó que Andrés replicara nada, y se fue corriendo. Necesitaba alejarse y pensar...

Lo hizo.

Pasó el día dando vueltas, y

cuando regresó escuchó ruido a fiesta en el departamento de su padre. Había mucha gente...

¿Qué día era? Ah, sí. Aniversario de casados. Lo había olvidado por completo.

Se miró en espejo del pallier. Tenía cara de cansado y la ropa arrugada...

De pronto se abrió la puerta. Era Gaby...

—Me pareció escuchar el ascensor —le dijo. Y luego lo tomó de la mano y lo hizo entrar antes de que él pudiese siquiera protestar.

Había unas veinte personas allí.

Entre ellas, estaban Paulina y su marido.

Nacho sintió que se iba a morir, pero su rostro no denotó emoción alguna.

Pau parecía también turbada y para ocultar su confusión se puso a jugar con su sobrino y con Eva, pero sentía los ojos de Nacho fijos en ella... y también los de Juan.

Finalmente se atrevió a levantar la vista. En ese momento, Gaby le ofrecía una copa a Nacho y también un bocadillo. Lo vio sacudir la cabeza, negando, y luego se apartó de la gente. Se fue alejando de a poco hasta el pasillo que conducía a las habitaciones y luego desapareció.

Ella tragó saliva y miró a Juan. Éste asintió con la cabeza y Pau cerró

los ojos, agradecida.

Y luego, con disimulo, abandonó también la sala.

Lo encontró recostado en la pared de su antigua habitación, con los ojos cerrados.

—Nacho...

Él se sobresaltó. No esperaba que Paulina le hablara y mucho menos verla a solas, así que no supo qué decir.

—Me dijo mamá que te vio muy mal hoy... Está preocupada por vos, y también lo está tu padre...

—¿Y vos, Pau? ¿Vos no estás preocupada por mí? —preguntó.

—También, por supuesto. Mirá, no ganás nada con ponerte así. Las cosas son como son y en este punto no sirve

lamentarse por lo que pudo ser y no fue —dijo ella, pero no sonó convincente. Parecía que hubiese estudiado ese discurso, que lo hubiese ensayado, pero no sonó sincero. ¿O eran ideas tuyas? No estaba seguro; no estaba seguro de nada.

Bueno, sí lo estaba. Tenía el pleno convencimiento de que la que tenía enfrente era la mujer de su vida y que jamás podría aceptar que fuese de otro.

Alargó el brazo y le tocó el pelo. La vio cerrar los ojos y se atrevió a acercarse más.

—Nunca lo voy a aceptar, Pau. Voy a vivir sufriendo por esto, pero voy a vivir... Que la familia no se preocupe porque no voy a hacer ninguna locura —

murmuró.

Ella se bebió su aliento como si no pudiese respirar sino a través de él.

—Me... Me alegro... — tartamudeó porque su proximidad la estaba alterando.

—¿Te alegrás de que esté sufriendo?

—No... Me alegro de que sigas viviendo, Nacho. No todos pueden aspirar a lo mismo ¿sabés? —replicó, y luego se mordió la lengua, arrepentida, pero él no se dio cuenta de nada.

Nacho la miró y se mareó. ¡Cómo la amaba! Y la deseaba de forma enfermiza.

—Decime que ya no sentís nada... Matame las ilusiones por favor —le

rogó él.

Pero ella no pudo... Era imposible desmentir lo que sus ojos transmitían, y el latido de su corazón acelerado confirmaba.

Cerró los ojos porque ya no podía soportarlo, y en cuanto lo hizo sintió los labios de Nacho en sus párpados. Primero en uno, luego en otro.

—No podés... No podés negarlo, mi amor. Y yo te voy a querer siempre, siempre. Aunque no pueda tenerte, no hay fuerza en este mundo que pueda matar lo que siento por vos...

No pudo seguir porque apareció Lucía, la mujer de Alejo y los miró con suspicacia.

—Perdón... Voy al baño —se

excusó tocándose el vientre abultado por su embarazo.

Y Paulina aprovechó para escabullirse. Si se quedaba un segundo más, se iba a olvidar de todo... Se moría de ganas de agarrar a Nacho y meterlo en su habitación. Trancar la puerta. Desnudarlo... Besarle todo el cuerpo. Sentirlo dentro de ella, y ver su rostro al acabar.

Se alejó de la tentación porque estaba a punto de caer en ella, y cuando regresó a la sala se sintió culpable y sucia.

Sólo el amor por Eva podía redimirla... La alzó en sus brazos y ocultó su rostro en su cabello.

\*\*\*\*\*

—Ledesma. Soy Ignacio Otero.

Juan se quedó mudo. Estaba solo en casa y con un dolor de cabeza agobiante. Lo que menos esperaba era

recibir una llamada de él.

—Dígame.

—Sé cómo hacerlo...

—¿Perdón?

—Me expresé mal. Creo saber dónde está la punta del ovillo...

—No sé a qué se refiere...

—Al imán, Ledesma. A la música.

¿No quería que pensara en la forma de eliminar el imán que distorsiona los agudos? Bueno, la respuesta no estaba en un dispositivo externo subcutáneo...

—¿No? Entonces dígame dónde estaba porque yo...

—*Wi-fi* —respondió Nacho, satisfecho. Desde la fiesta de aniversario de Gaby y su padre, dos semanas atrás, le venía dando vueltas en

la cabeza ese asunto. Finalmente se dio cuenta de que la solución era tan simple y tan compleja a la vez.

—¿*Wi-fi*? —preguntó Juan, desconcertado.

—Eso. Hay que lograr un dispositivo inalámbrico que funcione a través de *wi-fi*. La maldita red nos rodea y nos va a terminar matando... ¿Por qué no aprovecharla para algo más productivo que el WathsApp?

—No puedo creerlo...

—Créalo. Tengo cierta idea de cómo hacerlo, pero hay ciertas cosas que me gustaría hablar con usted referentes a su especialidad. ¿Podemos vernos? —preguntó intentando parecer despreocupado pero lo cierto es que

temblaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dígame.

—¿Esto tiene que ver con Paulina? —se atrevió a preguntar Juan. La duda lo estaba matando...

Pero Nacho no se amedrentó.

—En cierta forma... Pero no como usted cree. Si mi intención fuese acosar a su...mujer, no estaría hablando con usted sino en el restaurante donde sé que está en este instante. Paulina me importa, no lo niego. Y tampoco niego que mi interés por su hija tiene que ver con ella, pero no quiero...

—No importa.

—¿Cómo?

—No me diga más. Lo único que

me interesa es lo que usted pueda hacer por mi hija...

—Mire, Ledesma. Esto va a llevar tiempo, pero lo voy a lograr. Sé que tiene programada para el viernes la intervención de la nena. Siga adelante con eso porque es lo mejor para ella en este momento y ya habrá tiempo para hacer cambios en el futuro cuando logremos mejorar el dispositivo...

Juan sonrió tristemente. Para él no había futuro, pero no quería parecer vulnerable ni inspirar lástima.

—De acuerdo. Seguimos adelante, entonces.

—¿Me permite que supervise la cirugía? —preguntó Nacho de pronto, sin saber por qué.

—Se lo agradecería mucho —  
respondió Juan sin dudarle un instante.

Y mientras Paulina horneaba muffins en el restaurante, Eva dormía en su cochecito, y su marido y el amor de su vida trazaban las líneas de su destino.

En el momento en que Eva estaba en el quirófano, Juan y Paulina se tomaban de la mano para infundirse ánimo mutuamente.

Ella estaba especialmente preocupada, y no sólo por la nena, sino también por él.

Es que su salud se estaba deteriorando a pasos agigantados... Paulina tenía la firme intención de

obligarlo a que se sometiese al tratamiento de quimioterapia luego de la operación de Eva... No podía verlo dejarse morir así.

Había perdido varios kilos y se veía demacrado. Estaba siempre cansado, dormía muchísimo y cuando estaba despierto sufría de intensos dolores de cabeza.

Por suerte esa tarde parecía estar en uno de sus días buenos, o al menos no se quejaba de nada.

Paulina ignoraba los enormes esfuerzos que hacía Juan por mostrarse bien. Es que no quería que nadie sospechara lo enfermo que estaba, y mucho menos los padres de Sofía, pues temía que le quitaran la tenencia de la

na aun estando casado con Pau. Por eso les había ocultado la fecha de la intervención quirúrgica, así no se hacían presentes.

Paulina también ignoraba también otras cosas... Por ejemplo que Nacho había estado en su casa trabajando con Juan sobre el proyecto del implante inalámbrico. Sólo sabía que él iba a supervisar la intervención de Eva pero creía que eso había ocurrido a instancias de Gaby.

Nacho le había solicitado a Juan que Paulina supiese lo menos posible. No quería que se enterase de que ellos dos estaban en estrecho contacto, para que ella no sintiera eso como una especie de acoso. La amaba tanto que

prefería no introducir en su vida nada que la pudiese hacer sentir presionada o incómoda.

Esa tarde, incluso, apenas la miró cuando se saludaron. Se metió al block quirúrgico de inmediato para no caer en la tentación de observarla con esa expresión de devoción y hambre que seguramente ponía al verla.

Luego se concentró en su trabajo y se obligó a no pensar en ella. Cuando el equipo terminó, salió junto al cirujano coordinador para informar del éxito de la operación.

Paulina y Juan se miraron sonrientes.

—¿Podemos pasar ahora? — preguntó éste, ansioso.

—Por supuesto. Pueden pasar pero de a uno —aconsejó el médico.

Juan se precipitó a la puerta que le señalaba, seguido del cirujano.

Y Paulina y Nacho se quedaron en la sala de espera, mirándose sin saber qué decir. Finalmente él tragó saliva, y la invitó a pasar con un gesto.

—Vení...

—Pero el doctor dijo que pasáramos de a uno...

—Vení, Pau.

Ella lo siguió. Caminaron por un pasillo y luego se detuvieron ante una puerta que tenía un pequeño visor. A través de él, Paulina pudo ver como Juan sonreía y acariciaba a su hija que dormía, y parecía un ángel.

—Qué linda es —murmuró la joven tocando el cristal con sus dedos como si de esa forma también pudiese acariciar a Eva.

—Una muñeca —convino Nacho a sus espaldas. —Igual que vos...

Ella se volvió completamente ruborizada.

—Nacho...

—Es que eso pensé cuando te vi por primera vez —confesó él, y Pau no pudo evitar sonreír.

—Creí que habías pensado que era una mocosa impertinente y de pocas pulgas.

—Eso también... Pero de verdad parecías una muñeca, con ese vestido, los rizos, y...

—¿Y qué?

—Y completamente muda...

Aunque eso no duró demasiado y no sé si festejarlo o patearme las bolas por haberte insistido tanto para que hablaras —le dijo de buen humor.

Ella no pudo evitar reírse de nuevo, pero de pronto todo cambió. El ambiente distendido se terminó, porque la tensión sexual se hizo presente y los envolvió como otras veces.

No fue necesario que ninguno dijera nada en especial... Simplemente estaba ahí. El deseo flotando en el aire.

Las respiraciones de ambos se tornaron pesadas. Paulina bajó la vista porque la mirada de Nacho era tan intensa que su cuerpo se estaba

prendiendo fuego.

Era algo tan fuerte que se tornó doloroso.

—Basta, por favor —rogó ella con los ojos cerrados.

—Perdón —murmuró Nacho, apenado. Y ante la sorpresa de Pau se alejó. Antes de irse se detuvo y se dio vuelta. Ella se atrevió a mirarlo por última vez... No debió hacerlo porque si antes se sintió mareada de amor, en ese instante estuvo al borde del colapso. Lo vio desprenderse un botón de la camisa... Con ese simple gesto, con mostrarle una mínima parte del tatuaje que llevaba en su pecho le decía todo lo que sentía en ese momento, pero él agregó algo más.

—Sigue intacto, sigue ahí.

Pau soltó el aire lentamente, porque sabía que no sólo se refería al tatuaje, sino al amor que sentía por ella.

No pudo replicarle nada... Se limitó a cerrar los ojos y asentir.

Cuando los abrió, Nacho ya no estaba.



\*\*\*\*\*

El mes que le siguió a la intervención de Eva fue al principio muy complicado. La nena estuvo varios días molesta, y Juan sufrió de fuertes dolores de cabeza.

Pero de a poco todo volvió a la normalidad y Pau respiró aliviada. Eva era un sol, y para sorpresa de todos, Juan pareció mejorar un poco. Y a medida que se acercaba la fecha de la activación del dispositivo, parecía recuperar la energía que creían perdida.

Finalmente llegó el gran día. La rehabilitación logopédica iba a estar a cargo de Nacho, que era el director del departamento y quiso encargarse personalmente del tema. Disfrutaba mucho del momento en que el dispositivo se activaba... Ver la cara de asombro de los niños le resultaba fascinante y le recordaba el momento en que Paulina “escuchó” el primer sonido. Debió resultarle bastante molesto el

larguísimo grito de “gol” del relator brasileño, pero su alegría pudo más...

Dios... Esa carita. Esa felicidad... No podría olvidarlo jamás. En eso pensaba justamente, cuando llegaron ellos a la clínica.

Cuando vio a Pau, como siempre, su pene sufrió ese incontrolable cimbronazo y aún con la túnica puesta sintió la necesidad de acomodarse con disimulo mientras se sentaba.

Antes de empezar estuvo jugando un poco con Eva para entrar en confianza. La llamó “muñeca” y Paulina se estremeció. Pero cuando estuvo a punto de caerse de la silla fue cuando lo escuchó decirle “cosa hermosa”.

Tardó un segundo en darse cuenta

de que le hablaba a Eva, pero iba dirigido a ella...

Un súbito calor ascendió por su cuerpo y le tiñó las mejillas de un rojo subido. Nacho lo notó, estaba segura, pero continuó jugando con la nena hasta que llegó el momento clave.

—Como ya saben, este tal vez no sea un momento agradable para ella, más que nada porque no está preparada para lo que va a suceder. Así que no se sorprendan ni se alarmen si se pone a gritar y a llorar —les advirtió.

—Está bien —convino Juan. —  
¿Qué hacemos si eso sucede?

—Caricias, besos... Lo que suelen hacer cuando ella se muestra a disgusto con algo. Créanme que este

momento que puede ser algo tenso dará lugar a otros mucho más agradables, pues al haberlo colocado a los dos años podrá adquirir el lenguaje oral con rapidez y estará a la par de cualquier niño oyente de su edad antes de los tres, seguramente —explicó. —Fue una gran decisión no esperar más, porque de eso depende el éxito del implante. Paulina fue la excepción a la regla, por supuesto. Una especie de milagro médico al haber adquirido no sólo el lenguaje sino una pronunciación perfecta... Eso se debe a una voluntad a prueba de todo.

—... Y a una excelente fonoaudióloga, no lo olvides —aclaró ella, y toda la formalidad que Nacho venía intentando mostrar se fue al carajo

ante esa frase que denotaba familiaridad.

—No lo olvido —afirmó. Y luego de una pausa que dejó bien en claro que eso no era lo único que recordaba, agregó: —De todas formas lo tuyo se considera una especie de milagro, porque nadie notaría que hablás gracias a la colocación de un implante aun habiéndotelo colocado siendo mayor que el promedio.

—No hablo tan bien, Nacho.

Juan intervino esta vez.

—Hablás maravillosamente bien.

Las variaciones se pueden apreciar tal vez como un leve acento extranjero... Cuando hablamos por primera vez me pareció que eras francesa al rato de

escucharte —le comentó haciéndola sonreír.

Ignacio carraspeó incómodo. Se preguntó cómo había sido esa primera vez... Y luego se encontró pensando en las siguientes “primeras veces” entre ellos y el corazón le dio un vuelco.

—Vamos a calibrar el equipo —anunció para disimular su turbación, y de inmediato se puso a digitar en la computadora. —Paulina, ¿podés prender la cámara? Es que el hospital exige que se registre cada paso en las intervenciones que ellos costean para dejarlas documentadas —explicó.

A Juan no le había costado ni un solo centavo el implante. Ni siquiera los cinco mil dólares que era lo mínimo que

se debía abonar por el equipo y que él ya tenía ahorrados, pues Nacho intervino para que no fuese necesario. Al menos eso es lo que le dijo a él, pero lo cierto, y nadie lo sabía, es que lo había pagado de su propio bolsillo.

Al principio no sabía por qué tuvo ese impulso y luego recordó... Su padre la había dicho que lo mejor que alguien podía hacer cuando estaba agradecido por algo, era dar esa misma felicidad a quien lo necesitara.

Y él estaba infinitamente agradecido por la rehabilitación de Paulina, así que esa sería una forma de demostrarlo, aunque nadie lo supiera jamás.

No utilizó lo que había ganado en

Buenos Aires, pues consideraba que eso en parte había causado que su vida perfecta se arruinara. Odiaba ese dinero y todo lo que representaba.

Nunca había tocado el dinero de la herencia de su madre. No era mucho pues sus abuelos maternos eran personas de trabajo, y Nacho nunca volvió a pensar en ese capital que estaba en un plazo fijo desde hacía varios años, y se renovaba automáticamente. Cuando se decidió a hacerlo descubrió que no había crecido demasiado, pero eso no le impidió traspasar los cinco mil dólares a la cuenta del Hospital Británico. Como ya era mayor de edad, y a pesar de que la cuenta estaba a nombre de Andrés también, no requirió de su firma, así que

nadie se enteró de nada.

Bien, había llegado el momento de poner a prueba su “inversión”. Estaba seguro de que todo iría bien, pero siempre sentía esa especie de ansiedad antes de ver el resultado. Y esa vez, la presión era mayor porque Eva se había tornado en alguien significativo para él también, muy a su pesar. Es que Paulina la amaba y era una nena divina. Imposible no sentirse atraído hacia ella, no intentar mejorar su calidad de vida...

Y por fin entendió qué fue lo que su padre sintió por Pau desde que la conoció. Si él mismo se sentía profundamente conectado con una nena que era la hija de su rival, del hombre

que se había llevado lo que más amaba, podía comprender que Andrés se hubiese vuelto loco por la hija de la mujer de la cual se había enamorado, y quisiera protegerla de todo mal. Porque así se comportaba su padre con respecto a Paulina, y Nacho estaba logrando identificarse con él. Sólo que siendo un profesional, debía controlar su apego con los pacientes, especialmente con Eva.

En todo eso pensaba mientras hacía los arreglos necesarios para poner a punto el dispositivo. Finalmente todo estuvo listo y comenzó el proceso que nunca dejaba de emocionarlo.

—¿Listos? Ahora lo voy a activar. Háblenle bajito, díganle palabras

familiares... Ahí va.

Y el milagro sucedió. Otra vez... Su trabajo era revivir el momento en que decidió dedicarse a la Otorrinolaringología y a la Fonoaudiología, cuando vio a Pau “oír” por primera vez, pero esta ocasión era especial porque a ella le importaba tanto...

La vio sonreír, ante la carita de asombro de Eva que no solo no lloró sino que emitió gozosos gritos que dejaron a todos sorprendidos.

—Parece que le gusta —murmuró Nacho fascinado, y por unos momentos se olvidó de lo que había perdido, y disfrutó de esos primeros instantes de Eva como oyente.

Paulina y Juan no estaban menos maravillados... Él tarareó una canción infantil de un juguete a pilas, que la niña jamás había podido escuchar, pero siempre se ponía contenta al ver las luces de colores que se encendían al ritmo de la música. Lo tenía allí y lo puso sin sonido para no molestarla, pero ella de inmediato entendió que con él, las luces brillaban más, y ya no quiso dejarlo. Cuando Juan se detuvo, Eva le puso la mano en el cuello para invitarlo a tararearla otra vez.

Mientras tanto, Paulina los observaba emocionada. En un momento levantó la vista y vio a Nacho a través de un espejo. Se había cuidado de observarlo directamente porque sino no

podría concentrarse en nada, pero ese encuentro inesperado de miradas la dejó sin aire.

Él entreabrió los labios, mostrándole que le estaba pasando lo mismo, y con disimulo hizo eso que a ella la perturbaba en extremo: se desabrochó el segundo botón de la camisa.

Paulina no llegaba a ver nada del tatuaje, pero sabía lo que significaba.

“Sigue ahí... Sigue intacto...”

Ella lo sabía. Estaba el tatuaje, el amor y también el deseo. Lo sabía porque sentía lo mismo.

Y cuando Nacho movió los labios formando un mudo “te amo” ella apartó la vista y se precipitó al suelo, donde

Juan jugaba con su hija, ignorando todo lo que se había suscitado a sus espaldas.

Una vez más Paulina se sintió una traidora, y eso empañó un tanto la felicidad que les había traído el “milagro” de Eva.



\*\*\*\*\*

A causa de dos cirugías de urgencia, Ignacio no pudo estar presente en las siguientes sesiones de rehabilitación de Eva, que fueron

llevadas a cabo por una fonoaudióloga y una psicóloga.

Eran tan grandes los deseos de ver a Paulina que tuvo que obligarse a concentrar toda su atención en lo que estaba haciendo, que no era una tontería, sino que tenía la vida de la persona que estaba interviniendo en sus manos.

Cuando llegó el día de la tercera sesión estaba libre y no pudo resistir la tentación de presenciarla. A través de la puerta de vidrio pudo ver que Juan Ledesma no estaba, y eso lo sorprendió, pero se dijo que tal vez un tema laboral le impidió asistir. En ese momento se dio cuenta de que no sabía cómo se ganaba la vida.

Sabía que era ingeniero y también

músico, pero no tenía idea de cómo mantenía a su familia. Vagamente reparó en que él le había comentado que iba a trabajar día y noche en el implante que quería lograr, pero también recordó que en un momento le dijo que tenía poco tiempo. Ahora que lo pensaba no tenía claro a qué se dedicaba ni cuánto tiempo le insumía.

Solamente esperaba que no estuviese viviendo a costa del trabajo de Paulina; por lo demás le importaba un comino la ocupación de Ledesma.

Paulina... Ahí estaba. Linda, linda, linda...

“Cosa hermosa”, pensó. Y de inmediato recordó que no era suya. En realidad nunca lo había sido y en los

últimos tiempos había caído en la cuenta de ello.

Paulina no era un trofeo; Paulina era un don. Se podía disfrutar, pero jamás poseer. Había sido un egoísta y había tardado una eternidad en comprenderlo, pero ya nunca lo olvidaría.

Y por eso es que observó toda la sesión desde el otro lado del espejo bidireccional. No se resignaría nunca a perderla, y tendría que vivir con la culpa por haber propiciado la ruptura, pero no iba a arruinarle la vida.

Sabía que si presionaba, era probable que Paulina le fuera infiel a su marido pero también sabía que eso le traería mucho sufrimiento. Y no quería

verla sufrir... La amaba demasiado como para eso.

Estaba seguro de que Pau aún lo amaba y que no estaba enamorada de Juan Ledesma, y suponía que su sorpresivo matrimonio tenía que ver con Eva.

Le dolía saber que la hija de un desconocido pudo más que él inmenso amor que se tenían desde siempre, pero podía tolerarlo.

Lo que nunca podría comprender es por qué tuvo que casarse para estar cerca de la niña. ¿El despecho podría haber sido el determinante? ¿La presión ejercida por Ledesma? ¿El encontrarse sola y vulnerable? Tal vez nunca lo sabría...

Tendría que conformarse con amarla en silencio, sin apremios, con la esperanza de que algún día reaccionara y entendiera que su cariño por Eva y su amor por él no eran incompatibles.

Hubiese deseado que no fuera tan tarde para demostrarle que estaba dispuesto a todo por tenerla y que lo que era importante para ella también lo era para él. Pero era consciente de que por el momento eso no era posible, pues Paulina estaba completamente abocada a lograr progresos en la nena. Y lo estaba logrando...

No tenía más que observar para darse cuenta de eso. Era tal el cariño y la dedicación que ponía en la tarea de enseñarle a emitir sonidos, que él se

emocionó.

En un momento Paulina levantó la cabeza y miró hacia el espejo. Ignacio dio un paso atrás, abrumado por tanta belleza... Parecía que lo estuviese mirando directo a los ojos... Era esa la sensación que tenía, aunque sabía que era imposible. Tan imposible como su amor.

Ignacio observó cada sesión sin hacerse notar.

Siguió admirando a Paulina y su increíble dedicación y paciencia, y poco a poco se fue enamorando también de Eva.

No sentía odio hacia Juan

Ledesma por tenerlas a ambas, sino una envidia insana. ¿Cómo era posible ser tan afortunado?

Si hubiese sabido el horrible drama que él estaba viviendo, no lo hubiese considerado un hombre de suerte, precisamente.

La salud de Juan se estaba deteriorando a pasos agigantados. Parecía que había concentrado todas sus fuerzas en la intervención de Eva, y luego de la primera sesión de rehabilitación se le hubiesen terminado.

Decayó rápidamente... Los médicos dijeron que no podían hacer otra cosa que darle cuidados paliativos. Le suministraban morfina para calmar el dolor y nada más...

Paulina estaba desesperada. Gaby se encargaba de acompañar a Juan mientras ella llevaba a Eva a la clínica... Si no fuese por el apoyo de su madre, ya se hubiese derrumbado.

Tenía mucha rabia, mucha bronca. Era horrible ver cómo un hombre que poco tiempo antes era atlético y guapo, se transformaba en un montón de huesos y dolor.

Por las noches lo acunaba en sus brazos y le besaba la frente... Eso parecía aliviarlo, y también consolarlo...

Una de esas noches, mientras Paulina le leía un fragmento de “Entrégate” la novela que Gaby le había prestado, supo que el final se estaba

acercando.

—...“Ah, qué linda frase: *Ayer fue historia. Mañana es un misterio. Y hoy es un regalo, por eso se llama presente.* Más cierto imposible pero una cosa el leerlo y otra muy diferente es saber qué hacer con ello...” —leyó para Juan, y luego hizo una pausa y lo miró. Él estaba llorando.

—Juan...

—...Maribel tiene razón, cuando dice que una cosa es leerlo y otra... —murmuró con voz ahogada, y no pudo continuar.

A Paulina se le cayeron las lágrimas. No sabía qué decirle para animarlo, así que se limitó a abrazarlo y besarle, y llorar con él.

Juan se durmió entre sus brazos, y ella hizo lo mismo pero a antes de medianoche despertó debido a una notificación del celular.

*“Pau, Lucía está con contracciones. Voy para allá porque Alejo dice que ella pide por mí y no por su madre. Te aviso ni bien tenga novedades. Te quiero. Mamá.”*

Paulina sonrió... Su mamá sería abuela por segunda vez, de una nena tan hermosa como su hermano, y ella sería tía. No tendría jamás un bebé pero estaría rodeada de niños adorables, pensó. Luego volvió la cabeza y miró a Juan...

Tenía el rostro morado.

—¡Juan! —gritó, desesperada.

Tuvo la suficiente lucidez como para hacerle respiración boca a boca y cuando lo sintió reaccionar llamó a una ambulancia.

—Lo tenemos que trasladar al hospital ahora mismo —le dijeron.

Paulina levantó a Eva, tomó el bolso y subió al vehículo. Juan estaba inconsciente pero respiraba.

No sabía qué hacer... Andrés había viajado a New York. No podía llamar a su madre para que se quedara con Eva, y no quería recurrir a los abuelos maternos por nada del mundo. Los había conocido y le resultaron tan fríos como Juan le había contado...

Y de pronto lo supo. Tomó el celular y escribió rápidamente:

*“Nacho, voy camino a la Emergencia del Británico. Juan está enfermo y no tengo con quien dejar a Eva para poder acompañarlo. ¿Podrías quedarte con ella hasta que mamá esté disponible?”*

La respuesta fue inmediata.

*“Por supuesto que sí. Te espero en la Emergencia. ¿Qué le pasó, Pau?”*

Titubeó un instante antes de escribirle, pero finalmente lo hizo.

*“Se está muriendo”* le puso.  
Y luego rompió a llorar.



\*\*\*\*\*

Ni bien se abrieron las puertas de la ambulancia lo vio. Tenía la preocupación reflejada en el rostro pero nada preguntó; se limitó a extender los

brazos y ella le pasó a Eva sin decirle tampoco una sola palabra.

No era necesario. En ese segundo en que sus miradas se encontraron, Nacho supo que ese era un momento crítico para Paulina y que lo único que podía hacer por ella era darle la tranquilidad de que Eva estaba en buenas manos.

La vio desaparecer con la camilla que trasladaba a Juan, detrás de la puerta de la Emergencia, y luego subió con la nena dormida en sus brazos, a un lugar que los médicos tenían para tomar un descanso. A esa hora de la noche y con la sala de urgencias a tope, no había nadie allí así que acostó a la nena en un sofá y la cubrió con su manta. Por unos

minutos se dedicó a observarla, mientras las preguntas se agolpaban en su mente y las conclusiones se empezaban a tejer una detrás de la otra sin que pudiese evitarlo.

Una hora después, recibió un mensaje de Pau: “¿*Dónde están?*”

Él le indicó como llegar y a los pocos minutos ella estaba allí. Entró a la habitación; se arrodilló junto a Eva y le besó la frente con cuidado para no despertarla.

—Mi amor... —murmuró sollozando.

A Nacho se le rompió el corazón al verla sufrir así. Se olvidó por completo de que su dolor tenía que ver con otro hombre. No había ni rastros de

celos en él en ese instante, sino una profunda compasión y un deseo inmenso de consolarla de alguna forma.

—Pau... Contame. Tal vez pueda ayudar —le pidió al tiempo se sentaba en el sofá junto a Eva y le tomaba una mano.

Ella levantó la mirada... Tenía la visión nublada por las lágrimas.

—Tiene un tumor en el cerebro —murmuró con un nudo en la garganta. — Está en... Está en su etapa terminal...

—¡Por Dios!

—Estoy muy enojada con Dios, Nacho —confesó ella con amargura. — ¿Cómo es posible que permita esto? Tiene treinta y dos años nada más... Es injusto y cruel —se lamentó.

—Voy a bajar a ver como está. Quedate acá con la nena y tratá de descansar un poco.

Ella se secó las lágrimas y lo miró agradecida.

—Por favor... Quizás a vos te digan algo más...

Nacho asintió. Cuando bajó se enteró de que lo habían pasado a Terapia Intensiva.

No sabía si estaba consciente y si era conveniente que lo viera allí, pero tenía la necesidad de saber de primera mano algo sobre su estado.

Cuando lo vio tan desmejorado, inconsciente, y monitoreado por varias máquinas, se asustó. De veras era tan grave como Paulina le había dicho.

No podía creer como no notó nada cuando estuvo en su casa a espaldas de ella, discutiendo detalles del implante que quería lograr. Ahora entendía tantas cosas... La dedicación completa al proyecto, el apremio del tiempo, su aspecto algo demacrado, y...el repentino matrimonio.

Era evidente que Pau se había casado con él porque estaba enfermo...

—Doctor Otero —dijo una voz a sus espaldas y él se volvió. —¿Conoce al paciente?

—Así es, doctor Carreras. Lo conozco, y tengo entendido que el pronóstico no es bueno.

Su colega asintió.

—Melanoma, fase terminal. Nada

qué hacer... —le confirmó.

Nacho se lo quedó mirando un instante, y luego preguntó:

—¿Está sufriendo?

—Lo mantenemos sedado para que eso no suceda —le explicó el médico. —Voy a estar por acá por si necesita saber algo más.

—Gracias.

Cuando Carreras se fue, Nacho se acercó a la cama donde Juan yacía inmóvil. Permaneció en silencio observándolo hasta que lo vio abrir los ojos. No pareció sorprendido de encontrarlo junto a él, en lugar de Paulina.

—Otero...

—¿Cómo se siente, Ledesma?—le

preguntó intentando no sonar preocupado, pero lo cierto es que no lo logró del todo.

Juan lo intentó. De veras intentó responderle pero no pudo articular palabra así que cerró los ojos, frustrado... Se notaba que estaba muy mal y Nacho no sabía qué decir para infundirle ánimo. No fue necesario, pues finalmente Juan habló.

—Cuídelas —le pidió en un susurro.

Nacho inspiró profundo y asintió, conmovido. Tenía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar.

Cuando Juan se sumió nuevamente en la inconsciencia, salió de la habitación, convencido de que esa había

sido la última vez que hablarían. Y una súbita tristeza se apoderó de él y lo abrumó.

Si Ignacio se sentía abrumado por la tristeza, Paulina estaba completamente devastada. No fue necesario que él le dijera nada cuando volvió. La expresión de su rostro era por demás elocuente, pero Pau no se permitió llorar, pues Eva había despertado y estaba en sus brazos chupándose el dedo.

—Está en Terapia Intensiva, Pau. Es en el tercero. Andá que yo me quedo con Eva.

Ella asintió y la pasó a la nena, que aceptó de buen grado los brazos de

Nacho, e incluso le dio un beso inesperado que lo hizo sonreír a pesar de todo.

Pero Paulina no pudo hacer lo mismo. Se limitó a decirle “gracias” con un hilo de voz, y Nacho le puso una mano en el hombro para mostrarle que en cualquier circunstancia estaría junto a ella.

Dos horas después, recibió el mensaje:

*“Ya está... Se fue”*

Nacho miró a Eva que dormía sobre su pecho y una súbita ternura lo invadió de pronto. Le besó la frente y se sintió capaz de todo por esa criatura. La iba a cuidar, claro que iba a hacerlo. Iba a cumplir con lo que Juan le pidió y las

cuidaría a ambas si es que Paulina se lo permitía, pero en ese momento lo único que quería era ir junto a ella y calmar su dolor de alguna forma.

Su celular emitió una notificación desconocida. El grupo de WathsApp de la familia Otero hacía mucho que no se activaba, pero al parecer la ocasión lo ameritaba:

*“Familia: acaba de nacer Jazmín. Mamá y bebé están bien. Besos. Gaby”*

Era evidente que no sabía que Juan agonizaba y lo que acababa de escribir explicaba su ausencia. Y mientras Nacho reflexionaba esto, volvió a vibrar su teléfono.

*“La vida siempre gana, siempre.”*

*Bienvenida, Jazmín. Mami, vení por favor. Estoy en el Británico. Juan acaba de morir. Pau”*

Se quedó mirando el celular pues sabía que la respuesta no se haría esperar demasiado, y no se equivocó.

*“En diez minutos estoy allí, mi amor”*

Ignacio sonrió, triste. Estaba orgulloso de formar parte de esa familia, pero sobre todo sentía un gran orgullo por Pau, por su valentía, por su abnegación... Era una mujer con agallas y ojalá pudiese superar pronto el dolor que estaba sintiendo en ese momento, y recuperar la alegría, por Eva y por ella misma.

No sabía cuán lejos estaba ella de

eso.

Ni bien llegó su madre se desahogó en sus brazos como cada vez que su corazón sangró. Le pidió que se encargara de Eva, que la sacara de allí. Gaby buscó a Nacho y se hizo cargo de la nena.

—Dejo a Pau en tus manos, Nacho. Nadie mejor que vos para consolarla ahora —le dijo antes de irse.

Eso iba a hacer. Iba a estar al lado de la mujer que amó toda la vida para lo que ella necesitara. La iba a acompañar, la iba a contener...

No sería el hombre hasta que ella lo quisiera así. Por ahora sería parte de la familia Otero que se hacía presente, en las buenas y en las malas.





\*\*\*\*\*

Durante el sepelio se mantuvo cerca.

Durante los trámites para obtener la tenencia de Eva, más cerca aún.

El juez atendió de inmediato la declaración de Juan ante escribano público, de lo que deseaba para su hija ante su fallecimiento inminente.

Y fue así que Eva y Pau se mudaron al departamento de Gaby y Andrés, quienes las recibieron con mucha alegría.

Y mientras tanto Nacho continuaba cerca, más cerca que nunca, con una presencia silenciosa, cargada de respeto, de paciencia y de un amor inmenso. Le resultaba muy difícil verla cada día y resistirse a las ganas de comérsela a besos, de llamarla “cosa hermosa”, de hacerle el amor, pero estaba decidido a respetar sus tiempos y a no ejercer presión alguna sobre ella.

Paulina tenía sólo veinticuatro años y había pasado por varias experiencias traumáticas últimamente, y lo que menos quería era hacerle más daño.

La amaba más que nunca y los deseos de su cuerpo lo estaban matando, pero mantuvo la distancia que creyó conveniente durante varios meses, hasta que finalmente ocurrió el milagro que tanto ansiaba.

Regresaba al departamento luego de una larga jornada, y antes de que el ascensor se cerrara, una mano de uñas rojas detuvo la puerta.

—Te grité para que esperaras — le reprochó Paulina casi sin aliento. Se notaba que había corrido para

alcanzarlo.

—No te escuché —replicó él, mientras su propia respiración se aceleraba y una sensación de *deja vu* comenzó a inquietarlo. Las pupilas de Pau se dilataron y los segundos comenzaron a correr, pero ellos no lo notaron.

La magia del momento había congelado el tiempo, mientras en ese ascensor se desarrollaba una escena muy similar a la ocurrida diez años atrás.

Ella se levantó la camiseta y se señaló el vientre.

—Me hice un tatuaje —le dijo con una sonrisa, pero la voz sonó extraña por la emoción que la embargaba.

Ignacio contuvo el aliento mientras devoraba con los ojos aquello que tanto ansiaba observar y disfrutar... Su nombre en el cuerpo de Paulina, la marca de su amor en la piel.

—¿Ahora el sordo sos vos? O te hacés el sordo, porque yo sé que me estás escuchando, y también que estás mirando... —continuó ella, segura de lo que hacía y hasta dónde quería llegar.

Cuando el ascensor estaba a punto de tocar el piso once, él por fin pudo hablar.

—Te escucho, pero tus locuras me tienen sin cuidado. Si querés llamar tanto la atención... ¿por qué no entregás la tesis y te graduás de una vez? —preguntó para terminar de recrear aquel

momento que ambos recordaban tan bien.

Pero faltaba algo y Paulina se encargó de eso.

Cuando las puertas se abrieron ella se acercó y le dijo sin dejar de mirarlo a los ojos:

—Yo te gusto —y antes de que él pudiese reaccionar se escapó corriendo y se detuvo en la puerta del departamento de Nacho.

Él salió del ascensor como en sueños...

Caminó despacio y cuando llegó hasta ella inclinó la cabeza y entrecerró los párpados.

—¿Cómo sigue esto, Pau? — preguntó en un susurro.

—¿Cómo querés que siga, doctor Otero?—dijo la joven sosteniéndole la mirada.

Él inspiró profundo y luego desenganchó la llave de su cinturón y se inclinó para abrir la puerta.

Paulina cerró los ojos deleitada cuando su cálido aliento le acarició el rostro.

—Cómo quiero que siga... Entrá que te explico —murmuró con la respiración entrecortada.

Una vez que cruzaron el umbral y la puerta se cerró, las palabras sobraron. Cuando sus labios se encontraron quedó todo dicho y si en el ascensor se congeló el tiempo, allí el espacio se convirtió en una hoguera que

lo encendió todo.

Fuego en sus bocas, en sus sexos,  
en sus almas...

Ella le destrozó la camisa buscando el tatuaje con su nombre, verdaderamente desesperada, hambrienta, loca de deseo. Cuando lo encontró lamió la piel tantas veces fantaseada, y comprobó que su sabor era tan exquisito como lo recordaba.

—Tu corazón... va muy... rápido  
—susurró mientras no dejaba de besarle el pecho.

—Se está recuperando, Pau. Dejé de latir cuando te perdí —le dijo él con voz ronca y de inmediato le correspondió rasgándole la camiseta de algodón como si fuese de papel. En un

solo movimiento se deshizo de ella y luego le siguió el resto de la ropa.

Era tal la necesidad de ella que esta vez no llegaron al sillón, y cuando la tuvo completamente desnuda la elevó y la penetró hasta el fondo contra la puerta.

—Quedate ahí para siempre —le rogó ella entre gemidos. —No salgas nunca más...

—Cosa hermosa... te extrañé tanto... Me muero de amor —confesó él y luego le devoró la boca una y otra vez sin dejar de embestirla como un animal hasta que Paulina le gritó su orgasmo con los ojos cerrados. Él no hizo lo mismo con los suyos; los mantuvo abiertos para verla acabar, y sólo

después de eso pudo dejarse ir... Eyaculó bien adentro, soltando todas las ganas contenidas, la bronca por el desencuentro, y el dolor de todos esos meses sin Paulina, sin su cuerpo, sin su alma...

La hizo descender despacio, y se arrodilló a sus pies. Mientras el semen se deslizaba por los muslos de ella hasta mojar el suelo, Nacho recorría con un dedo su propio nombre tatuado bajo el ombligo de Pau.

Y casi se muere cuando la escuchó decir:

—Jamás lo vio, Nacho. Era parte del trato... y se cumplió.

Él levantó la mirada y soltó el aire lentamente. El trato... Sospechaba

que el matrimonio con Juan Ledesma había sido una especie de arreglo, un poco por su enfermedad y otro poco por Eva, pero al escuchar la confirmación de sus sospechas, al saber que Pau y él nunca habían estado juntos, se sintió demasiado bien.

No debería alegrarse por eso, lo sabía. Era una actitud infantil, machista y poco compasiva hacia un hombre que había sufrido tanto, pero lo cierto es que le gustó lo que escuchó y se sintió muy mal por eso.

—Algún día quizás quieras contarme los detalles de ese trato, pero ahora...

—¿Ahora qué?—preguntó ella con fingida inocencia.

—Ahora te voy a llevar a la cama, cosa hermosa, y te voy a coger una y otra vez...

—Quiero. Compró. Dame. Te voy a exigir que cumplas —le dijo, sensual.

La respuesta de él fue tomarla en brazos.

—Te voy a llenar de leche, *sis*. Toda la que vengo acumulando durante estos interminables meses sin vos — afirmó con los dientes apretados mientras caminaba hacia la habitación.

Y durante las tres horas que siguieron, cumplió con creces.

La cabeza de Nacho descansaba sobre el vientre de Paulina. Se sentía en

paz por primera vez en casi un año... Por fin estaba en el lugar donde debía estar y ya no se movería de allí.

Había aprendido mucho en los últimos tiempos, pero lo principal había sido a valorarla como lo máspreciado en su vida, y anteponer su felicidad a la de él.

Y también había aprendido a amar a Eva.

—Pau...

—Decime.

—Las amo. A vos y a Eva...

Hagamos lo que sea para que la tenencia se transforme en una adopción con todo en regla —le pidió. —No sé si es lo que Juan hubiese querido, pero a mí me gustaría que ella sea nuestra hija...

—¿Te referís a cambiarle el apellido? —preguntó ella acariciándole el pelo.

—Sí. Quiero darle mi apellido —le dijo incorporándose.

—Es lo que Juan deseaba... Me lo dijo, Nacho. En realidad me lo pidió.

Y de pronto se encontró contándole como fueron los últimos momentos de Juan Ledesma, el hombre que la había amado tanto que le había dejado lo máspreciado: su hija.

*“Abrió los ojos un momento y se aferró a mi mano con desesperación.*

*—Paulina... ese hombre te ama... Y estoy seguro de que... amará también a...*

*No podía seguir porque le*

*faltaba el aire. Le hice señas para que no se esforzara, pero él insistió.*

*—Hagan lo necesario, Pau... Que Eva crezca... como si fuese... hija de ustedes...*

*—Juan, tranquilo...*

*—En serio... Cuando sea grande podrán... contarle de mí... y de su mamá... Prometemelo, por favor...*

*Yo no aguantaba más y me puse a llorar.*

*—¿Querés que te prometa que le voy a poner mi apellido? —le pregunté entre lágrimas, y él me respondió:*

*—No... Quiero que lleve... el apellido de Ignacio... porque ustedes...*

*—Basta, por favor.*

*—Ustedes... El destino los*

*quiere... juntos, Pau...*

*Y luego de eso tuvo una convulsión y me sacaron de allí. Quería que muriera entre mis brazos pero se fue en los infructuosos intentos de reanimación, rodeado de extraños...”*

Cuando Paulina terminó de contarle, Nacho tenía los ojos llenos de lágrimas.

—A mí me dijo que las cuidara, Pau. Pero no es por eso que quiero a Eva en nuestra vida... La miro y te veo a vos cuando eras chiquita. Me vuelve loco... Definitivamente necesito que me dejes ser su papá —le pidió.

Paulina le enmarcó el rostro con ambas manos.

—Vas a tener que casarte

conmigo, doctor Otero. Y te advierto que sos el segundo hombre que embauco para que lo haga, utilizando a Eva... — le dijo sonriendo.

Él le besó la mano, más feliz que nunca.

—Manipuladora hermosa —le dijo. —Creo que me voy a dejar seducir por mis dos chicas a menudo...

Paulina se acercó a sus labios mientras su mano descendía por el cuerpo de Nacho.

—Creo que voy a empezar a manipularte... ahora...—susurró mientras le acariciaba el pene, y luego le introdujo la lengua en la boca.



*Cuatro meses después*

Ignacio jugaba con Eva en la alfombra cuando Paulina llegó.

—Pau, vení. Escuchá esto... Eva:  
¿quién soy yo?

—*Pony mío* —respondió ella sin dudarlo.

—No, gorda. Hace un rato era tu pony y ya tengo la espalda arruinada por eso. Recién lo dijiste... ¿Por qué siempre me hacés quedar mal? No te costaba nada decirme “papi” para que mamá lo oyera —le dijo riendo, pero su risa se congeló cuando miró a Paulina y le vio la cara. —Pau ¿qué te pasa?

Se la veía angustiada y nerviosa, y parecía no haber escuchado nada de lo que Nacho había dicho.

—Nacho, ¿podrías llevar a Eva a lo de mamá y volver? —le pidió con voz tensa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Hacelo, por favor. Quiero

mostrarte algo.

El corazón de Nacho dio un vuelco. Siempre era aterrador escucharla decir que quería mostrarle algo pero esta vez era peor que nunca porque se adivinaba que no era nada bueno.

No tardó más que un minuto en volver, pero ella ya no estaba en la sala.

—¿Pau?

—Estoy acá, en la habitación.

Él corrió hacia allí y la encontró tendida en la cama, boca arriba, mirando el techo.

—¿Qué pasa, mi amor? Contame que me estoy muriendo de la angustia.

Ella suspiró y le alcanzó un papel que tenía en la mano.

—Esto es lo que quería mostrarte...

Nacho lo tomó y cuando leyó lo que decía casi se desmaya.

*“Paulina Lens-25años-Ultrasonido.*

*Edad gestacional según ultrasonido:  
14 semanas*

*Placenta: ubicación anterior.*

*Líquido amniótico: adecuado para  
edad gestacional.*

*Perímetro cefálico, longitud de fémur,  
perímetro abdominal...”*

Un montón de números bailaban delante de sus ojos, pero él no podía asimilar lo que leía. Pasó directo al informe mientras la sangre se agolpaba en sus sienes y luchaba por recuperar el aire porque sentía que había corrido una

maratón.

*“Feto único. Anatomía fetal no se observan alteraciones patológicas. Crecimiento adecuado para edad gestacional, percentil 50. Fecha probable de parto: 11 de septiembre”*

Cuando levantó la vista tenía el rostro bañado en lágrimas y las manos le temblaban.

—Pau...

—No sé qué... No entiendo cómo... Se supone que no podía... Me acaban de decir que cada doscientas ligaduras, una falla. He menstruado en forma irregular pero nunca creí que...

—murmuró ella asustada.

—Mi amor... Tranquila.

—Decime “cosa hermosa” por

favor, porque me estoy volviendo loca.

—Tranquila, cosa hermosa... Esto es maravilloso ¿por qué estás tan aterrada? —le preguntó besándole la frente.

—¡Porque tengo miedo! Ahora tengo pánico de perderlo... Mi útero no va a poder resistir, y no sé qué voy a hacer si...

—Pau, mírame. Sentate y mírame.

—No, no me voy a sentar. Me voy a quedar acostada porque si me muevo tengo miedo de que...

—Paulina, por favor. ¿Te acordás de lo que hicimos anoche? Te cogí en la ducha, y casi te hago traspasar la mampara... El bebé ya estaba allí y no le pasó nada. La ecografía está

perfecta... ¿Qué te dijo el médico?

Ella suspiró.

—No me dijo nada porque salí corriendo ni bien me dieron el resultado. Bueno, corriendo no. Más bien salí como pisando huevos y no sé cómo llegué sin desmayarme —confesó.

—¿Y por qué te la hiciste? No me dijiste nada...

—Es que no sabía que me la iban a hacer. Estábamos colgando las guirnaldas para la fiesta de graduación y vomité. Me obligaron a ir al hospital, y cuando me hicieron las preguntas de rutina salió a colación el tema del método anticonceptivo. Les dije que no usaba ninguno y antes de poder explicarles por qué, ya me habían

coordinado la ecografía... Primero me hicieron una intravaginal, y después me hicieron esta... —le contó, retorciéndose las manos.

—¿Por qué no me llamaste, mi amor?

—No quería preocuparte, y cuando me dieron el informe la preocupada fui yo y lo único en lo que podía pensar era en contártelo y acostarme para no perderlo —le dijo angustiada.

Nacho se mordió el labio, maravillado. Una sonrisa boba se había instalado en su boca y estaba seguro que allí se quedaría por mucho tiempo.

—¿Sabés que voy a hacer, cosa hermosa? Voy a llamar a tu ginecólogo y

le voy a leer la eco —le dijo, y antes de que ella pudiese opinar ya estaba marcando.

Paulina no entendió ni una palabra de lo que Nacho y su médico parecían estar hablando, y cuando lo vio cortar lo miró con ansiedad.

—¿Qué te dijo?

—Que quería vernos mañana, y que fueras en ayunas para hacerte un análisis de sangre. Que no necesitás hacer reposo por el momento. Que si ocurrió el milagro de la concepción, y ya pasaste los tres meses haciendo vida normal, es altamente probable que resulte un embarazo viable. Que si tu útero resistió este tiempo sin problemas, es señal de que la perforación cicatrizó

mejor de lo que se esperaba. Que el hecho de que la placenta esté situada en la parte anterior es muy favorable. Y que tal vez la única complicación sea que el bebé resulte demasiado grande y para no distender el músculo y prevenir un nuevo desgarro, te tengan que hacer una cesárea cuando llegues a las veintiocho semanas —le dijo mirándola a los ojos.

Paulina tragó saliva.

—¿Entonces voy a tener un bebé dentro de catorce semanas?

—No, cosa hermosa. Vamos a tener un bebé... Te prometo que esta vez vas a llorar pero de alegría, Pau, cuando te pongan en brazos a nuestro hijo —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Ella lo abrazó, también

conmovida. No podía creer que algo tan maravilloso que ella había considerado que le estaba vedado, finalmente estuviese sucediendo.

—Estoy como en las nubes, Nacho.

—Yo también...

—¿Es muy prematuro pensar en el nombre?

—¿Cómo te gustaría ponerle?

—Espero que no te moleste, pero si es varón quisiera ponerle Juan como primer nombre.

—Me gustaría mucho, Pau. ¿Y como segundo nombre?

—Andrés, por supuesto. Juan Andrés... ¿Te gusta? —preguntó entusiasmada.

—Cómo sabés que no te voy a poder decir “no” a nada de lo que me pidas... Será Juan Andrés, por supuesto. ¿Y si es nena? ¿Puedo elegir yo?

—No creo. Lo va a elegir su hermana...

—¿Y yo que voy a hacer?

—Amarnos y cuidarnos... ¿Podés con eso, doctor Otero?

Él rio, feliz.

—Puedo —respondió sin dudarlo.

Ella pareció satisfecha. Le dio un beso en los labios y luego preguntó:

—¿Y yo puedo moverme, entonces?

Nacho volvió a reír.

—Absolutamente. Vida normal dijo el doctor Medina, y eso incluye

sexo —le dijo con una sugerente mirada.

Ella se mordió el labio.

—Bueno, pero hoy sólo habrá gula. Dejemos la lujuria para después de que el médico me confirme que podemos hacerlo.

—La gula está bien para mí, pero qué desconfianza... No creés en mi palabra, y eso que también soy médico —le reprochó él con una sonrisa.

—Pero sos Otorrino, no Ginecólogo, doctor Otero —replicó ella sonriendo.

—En ese caso...—comenzó a decir mientras se ponía de pie y se bajaba el cierre. —Abrí la boca, Paulina...

Ella obedeció, pero antes

preguntó:

—¿Qué tengo que hacer, *bro*?

—En principio no castrarme, acordate que gracias a esto estás embarazada, *sis*...

Se sorprendió de encontrarse tan excitada, aun estando emocionada por la reciente noticia, pero lo cierto era que en ese momento lo único en lo que podía pensar era en el pene que palpitaba y crecía dentro de su boca.

Lo chupó con ansias, y recibió la ardiente catarata en su garganta con verdadero deleite.

Los gemidos de él, las manos en su cabeza... Todo la excitaba, y por un momento se sintió tentada a caer en las redes de la lujuria también, pero se

contuvo pues necesitaba que su médico le confirmara que todo estuviese bien. No era que desconfiara de su Otorrino preferido pero el hecho de que sus tratamientos siempre terminaran con una eyaculación en la boca la hacía sospechar de su idoneidad. Como fuera, ahora le tocaba a ella recibir de la lengua de él un tratamiento intensivo.

—¿En qué estás pensando que sonreís así, Pau? —preguntó él sentándose en la cama junto a ella.

—Tengo muchos motivos para sonreír, pero estaba pensando en que si todo sale bien, nuestros hijos van a asistir a nuestra fiesta de casamiento, tal como lo planeamos, mi amor...

Ignacio le acarició el rostro.

—Me gustaría que nos casemos antes, pero se hará como vos lo quieras. Lo único que deseo es que Eva, vos, y el nuevo bebé sean felices —confesó.

—Estoy segura de que tus deseos van más allá —aventuró Paulina sonriendo.

—Tenés razón —admitió él. — También deseo encontrar pronto la forma de mejorar el implante de Eva, tal como le prometí a Juan.

—Lo vas a lograr, lo sé. ¿Algo más que desee el doctor? —preguntó ella esperando que él se diera cuenta de lo que estaba necesitando en ese momento.

Ignacio inspiró profundo y se acercó al rostro de Pau hasta quedar a

sólo unos centímetros, y al parecer entendió porque su mano comenzó a recorrer el camino que conducía al centro de su deseo.

—A vos, cosa hermosa. A vos...

Ella se entregó como siempre, en cuerpo y alma, con el corazón rebosante de una dicha infinita...

FIN

*“ Infinita tú, que mi cielo eres,  
la felicidad vienes tú y la  
enciendes.*

*Infinita tú, con esa mirada  
que inspiras mi historia  
tatuándome el alma”*

Chayanne



## Agradecimientos

Gracias infinitas a todas mis lectoras porque es por y para ustedes que escribo, y hacerlo me alegra la vida.

Esta historia nació y creció alimentada por sus bellos comentarios y sus palabras de aliento, así que es un poco de ustedes y quiero que así lo sientan, y se apropien de mis fantasías

como si fuesen tuyas.

En esta ocasión entonces, mi agradecimiento les pertenece en exclusividad a mis lectoras, por su constancia, fidelidad, y apoyo incondicional.

Infinitas ustedes, chicas.

Mariel.

Nota: Me he tomado las licencias que me otorga la ficción en todo lo relacionado a los implantes cocleares. Por ese motivo quiero aclarar que nada

de lo que aquí se menciona sobre los mismos tiene rigor científico, sino que es producto de mi imaginación, es posible que sea inexacto, y puede no corresponder con la realidad.

¿PENSARON QUE LAS IBA A DEJAR  
SIN BONUS TRACK?

*Querido Diario:*

*Empiezo este cuaderno por culpa*

*de mamá que dice que no escribo nada manuscrito, y que si sigo con la Tablet me voy a olvidar de qué letra tengo. También dice que ella empezó uno como este cuando tenía mi edad y que cuando lo vuelve a leer se siente muy feliz... Le pedí que me lo dejara leer a mí, y me dijo que ni muerta. No sé qué tendrá su diario que no me lo quiere mostrar, y tampoco sé qué tendrá el mío porque no tengo idea de qué cuernos poner.*

*A ver... Lo voy a intentar sólo para que cuando sea grande y tenga una hija, pueda decirle que no se lo dejo leer ni muerta, y que se quede pensando en que su madre tiene muchos secretos.*

*Pero lo cierto es que sólo tengo uno, y no sé si me animaré a contarlo, así que voy a empezar presentándome: me llamo Eva y tengo doce años. Voy al colegio Santa Teresita de Jesús, pero no a la escuela sino al secundario, y vivo en el barrio de Punta Carretas. Tengo una perra que se llama Vanina y un gato que se llama Salideacá (porque así le dice papá cada vez que lo ve) pero le decimos Salí.*

*A ver qué más... Ah, sí. Tengo un hermano que es un fastidio. Se llama Juan Andrés, tiene ocho años, juega al fútbol y su ídolo es Luis Suárez, el entrenador de la selección. Quiere ser como él... Una vez mordió a un compañero para imitarlo, y por ese*

*motivo lo llevaron a una psicóloga que se llama Mariel y es amiga de mi abuela, porque mi mamá es psicóloga pero no puede atender a sus hijos...*

*No entiendo por qué no puede. Mi papá es doctor y me operó la cabeza, así que no sé por qué él sí, y ella no... En fin, son adultos y no los entiendo. Mamá dice que es porque soy una adolescente, y que a ella le pasó lo mismo a mi edad, así que espero que al crecer pueda entender por qué son tan complicados.*

*Bueno, no todos. Mi abuelo Andrés es lo más sencillo que hay, y es quien me enseñó a cocinar. Tengo muchos abuelos, pero Andrés es mi preferido. Tengo una abuela que se*

*llama Gabriela y no le decimos abuela sino Gaby, porque dice que se ve demasiado joven para ser abuela, y es verdad; parece una estrella de cine de tan linda que es. Tengo otro abuelo en Francia, una abuela y un abuelo en Punta del Este y otro en Suecia al que nunca conocí y no sé si sabe que existo. Soy la chica de los mil abuelos parece... Y también tuve otra mamá y otro papá cuando era bebé, que murieron muy jóvenes así que no me acuerdo de ellos. Sólo sé que me amaban mucho y les gustaba la música, y por eso papi inventó un aparato que ahora está dentro de mi cabeza y me permite escucharla.*

*Ah, olvidé decirte que nací sorda,*

*igual que mi mamá, pero gracias al implante mi cerebro escucha los sonidos. Es raro pero no son mis oídos sino mi cerebro el que escucha... No todos lo entienden, pero a mí no me molesta. Con oídos o no, puedo hacer lo mismo que cualquiera, hasta tocar el piano. Mis primeros papás lo tocaban y querían que yo amara la música... Y se les cumplió el deseo porque de verdad la amo.*

*Mamá no. La aguanta por mí, porque el aparato que vive en su cabeza no es igual al mío, pero no quiere que se la abran para cambiárselo. No sabe lo que se pierde... Por eso digo que no entiendo a los adultos.*

*De todas maneras, mamá es genial y papi... Ah, mi papá. Es el mejor papá del mundo y si no fuera porque me cuida tanto, diría que es perfecto. Es tan pero tan guapo que todas mis amigas están enamoradas de él. ¡Qué tontas! Es guapo pero es viejo, y además está loco por mamá.*

*La mira de una forma... Ellos se conocieron cuando eran chiquitos y se enamoraron. ¡Se hicieron tatuajes con sus nombres! Y a mí no me permiten hacerlo... Si me dejaran, ya sé qué nombre me pondría...*

*Bueno, llegó la hora de contar mi secreto.*

*Tengo un primo que se llama Renzo que tiene exactamente mi edad.*

*Bueno, él cumple diez días antes que yo. También tengo una prima que se llama Jazmín. Es una niña y sólo dice tonterías como mi hermano, pero Renzo es distinto.*

*Es mi mejor amigo en todo el mundo. Su papá es mi tío Ale, el hermano de mamá. Tengo tantas cosas para decir de Renzo que puedo llenar todas estas páginas en poco tiempo, pero no sé... ¿Y si lo encuentra? Si llegara a leer las cosas que pienso de él, me moriría de vergüenza.*

*No tiene por qué hacerlo. Voy a esconder bien este cuaderno; lo voy a poner dentro de la funda de mi almohada y nadie lo va a encontrar.*

*Nadie va a saber que sueño con*

*que cuando seamos grandes nos pongamos de novios, y que ese sueño se hará realidad.*

*Lo supe cuando tenía ocho años...*

*Mis padres por fin se iban a casar. Él se lo pedía todos los años en Navidad, en su cumple, en el de ella, pero no lograba nada porque mami se había empeinado en esperar a que Juan Andrés y yo creciéramos lo suficiente como para recordarlo siempre.*

*Una mañana estábamos desayunando, se acercaba el cumple de papá y ella le preguntó qué quería de regalo.*

*—Vos sabés lo que quiero —dijo*

*él, pero mamá se hizo la desentendida.*

*—¿Un reloj?*

*—No.*

*—Un auto nuevo.*

*—No.*

*El tercer intento no lo escuchamos porque ella se lo dijo al oído y el río.*

*—Y pensar que con esa misma boquita le decís “te quiero” a tus hijos... —comentó, y Juan Andrés y yo nos miramos sin comprender. —Eso también lo quiero, pero todos los días... Para mi cumple deseo algo especial, y vos ya sabés qué es.*

*—No tengo idea.*

*—¿No tenés idea? Quiero que nos casemos. Los chicos ya crecieron,*

*Pau, y también quieren.*

*Mamá suspiró.*

*—Bueno, pero si me lo pedís como corresponde. Vas a tener que ir a hablar con Andrés y pedirle mi mano —le dijo, y ahí hasta mi hermano entendió que bromeaba y se rio.*

*Pero papá permaneció serio y nos miró. Había llegado el momento de hacer lo que habíamos planeado.*

*—Tengo una mejor idea para hacerte “la propuesta” y esta vez te juro que voy a obtener un “sí”, cosa hermosa —le aseguró y luego nos hizo una seña, para que Juan y yo nos preparáramos.*

*Corrí a buscar mi órgano y lo puse bien bajito. Juan Andrés comenzó*

*a cantar y papá también pero en lenguaje de señas.*

*No conozco a ese Chayanne, pero es el ídolo de Gaby, de Esme, la mamá del abuelo Andrés que tiene como noventa años, y también de mami.*

*El día anterior papá nos había hecho escuchar la canción, y preparó todo. “Esta vez no fallamos, enanos” nos dijo.*

*Entonces cantamos “Infinita tú”.*

*Cuando vimos que ella lloraba supimos que lo habíamos logrado...*

*Y tres meses después se casaron en la playa. Fue algo tan romántico... Mamá estaba hermosa, con un vestido blanco, flores en la cabeza, y descalza.*

*Todos estábamos descalzos...*

*Juan Andrés y Jazmín fueron los pajes que llevaron los anillos de boda. Renzo y yo no quisimos porque ya estábamos muy mayores para eso.*

*Y en un momento sucedió eso que vengo recordando cada día desde hace cuatro años y dos meses.*

*Cuando mis padres se besaron, Renzo me tocó la mano.*

*—¿Qué? —le dije algo molesta, porque no quería perderme nada de la boda.*

*Entonces él me señaló el suelo.*

*Sobre la arena había escrito “Eva y Renzo” dentro de un corazón.*

*Casi me muero. Sentí como un calor rico en la panza y en las mejillas. No me animaba a mirarlo... Finalmente*

*lo hice.*

*—Algún día —me dijo riendo, y luego salió corriendo y se puso a patear espuma en la orilla.*

*Jamás volvimos a hablar de eso, y a mí me quedó la duda de si éramos novios o no, por mucho tiempo. Pero ahora lo sé: no lo éramos, no lo somos, pero algún día lo seremos. Algún día tendré un tatuaje que diga “Renzo” y él tendrá un “Eva” en su cuerpo.*

*Algún día me va a dar un beso...*

*Algún día me va a decir “hermosa” y me va a pedir que me case con él.*

*Y si no es así, se lo pediré yo, porque papá me enseñó que hay que ir tras lo que queremos. Y yo lo quiero a*

*Renzo.*

*Pero por ahora, lo mantengo en secreto. Al final este diario va a ser una buena forma de contar sin que nadie se entere... Como siempre, mamá tenía razón al insistirme en llevar uno.*

*Te lo contaré todo, querido Diario. Mis sueños, mis secretos, y lo que mi corazón me dicte, hasta que llegue el día en que no necesite escribir más, porque estaré muy ocupada... viviendo.*

*Eva*



